

Selección de relatos fantásticos
y ciencia ficción

Nº 5

UMBRAL TIEMPO FUTURO



EL HOMBRE TRANSPARENTE

un cuento de Juan Norberto Comite

LA CIENCIA
EN EL COSMOS
HISTORIA
DE LOS VUELOS
ESPACIALES

ROBERT A. HEINLEIN:
**TODOS VOSOTROS
ZOMBIES...**

Revista

CUARTA DIMENSION

LA MEJOR INFORMACION
SOBRE VIDA EXTRATERRESTRE

Dirige: **FABIO ZERPA**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Selección de relatos fantásticos
y ciencia ficción

**UMBRAL
TIEMPO FUTURO**

Biblioteca "CUARTA DIMENSION",
es una publicación DE CIELOSUR
EDITORIA S.A.C.I., Editora y distri-
buidora.

Miembro de la Asociación Argenti-
na de Editores de Revistas.
Administración: Av. de Mayo 1324,
1er. piso, of. 21 - Tel. 37-3265
37-3769 - Buenos Aires, Argentina.
Dirección Telegráfica: Cielosur
Baires.

Director Ejecutivo:
RUBEN S. ALPELLANI

Asesores de Dirección:
SUSANA ITZCOVICH y
OSCAR H. VIGLINO

Director: NAHUEL VILLEGAS
Diseño Gráfico: JUAN ZAHLUT
Corrección: JULIO BANIN
Tráfico: RITA G. PIOLI

Colaboradores:
Juan-Jacobo Bajarlia, Hermes Gos-
so, Juan Norberto Comte, Eduardo
S. Aquila, Eduardo J. Lynch, Igna-
cio Fabré, Alfredo Ernesto Grassi,
S. Marié Fuser, Carlos A. Maga-
llanes.

Los trabajos publicados son de
absoluta responsabilidad de sus
autores.

Derechos reservados. Prohibida la
reproducción total o parcial.

Copyright 1978 by Cielosur Edito-
ra S.A.C.I.

Reg. Nac. de Prop. Intelectual: En
trámite.

Distribuidor en Capital: Troisi y
Vaccaro, Catamarca 675, Bs. As.

Distribuidor Interior: Cielosur Edi-
tora S.A.C.I., C. de Correo 4504.

Exterior: Suscripción (12 números):
US\$ 30.

Ejemplar atrasado: Su precio de
venta al público será igual al
precio de la última edición circu-
lante.

Se deja constancia que los hechos, lu-
gares, nombres de personajes, etc., in-
cluidos en las narraciones son de fic-
ción. Cualquier semejanza con los de la
vida real es pura coincidencia.

SUMARIO

ASESINOS DE LA HISTORIA: JACK, EL DESTRIPIADOR,
por Juan-Jacobo Bajarlia Pág. 4

CUENTO DEL LECTOR, LAS GRANDES JUGUETERIAS
REF, por Ricardo Horacio Sorzoni Pág. 15

LA CIENCIA EN EL COSMOS: HISTORIA DE LOS VUE-
LOS ESPACIALES, por Ignacio Fabré Pág. 16

CUENTO: EL HOMBRE TRANSPARENTE, por Juan Nor-
berto Comte Pág. 26

TEMATICAS DE LA CIENCIA FICCION: "LA HEROIC
FANTASY, por Eduardo J. Lynch y Milton Neri Pág. 37

LOS INMORTALES DE LA LITERATURA FANTASTICA:
LA LEYENDA DE LA TEJEDORA CELESTE, cuento de
Lafcadio Hearn Pág. 42

HISTORIA DE KIANG-SU, cuento de J. Batharly. Sty-
ller Pág. 70

CRITICA LITERARIA, por Eduardo S. Aquila Pág. 52

REPORTAJES: JUAN-JACOBO BAJARLIA Pág. 56

CORREO LASER DE LECTORES Pág. 67

CINE: El genio creador de George Lucas, por Eduardo
S. Aquila Pág. 76

Los sobrevivientes de la Tierra, por Alfredo S. Grassi,
2001: Odisea del Espacio, por Eduardo J. Lynch.

NOVELA: LA TRISTE SOMBRA DEL VIEJO FARO, por
Nahuel Villegas Pág. 86

CUENTO: TODOS VOSOTROS ZOMBIES... por Robert
A. Heinlein Pág. 114

Correo Argentino Central (B)	Franqueo Pagado Concesión N° 4052
	Tarifa Reducida 3092

Asesinos de la Historia

JACK EL DESTRIPIADOR

por JUAN-JACOBO PAJARLIA

LA SERIE SANGRIENTA

El 6 de agosto de 1888 comienza la historia criminal más desconcertante del Londres de fin de siglo. Es una historia con su ciudad maldita: el distrito de Whitechapel, con sus calles oscuras, sus casas miserables, sus prostitutas, el hampa agazapada a la espera del primer desconocido. Transitar entonces por Whitechapel era aventurarse en la ciudad de Dite, descrita en el *Infierno* del Alighieri. Sólo tenían cabida el azar y los impulsos demoníacos.

Ese día, 6 de agosto, alguien, no importa quién, descubre el cadáver de una mujer que todos conocían en Whitechapel. Era una prostituta, Emma Smith, que solía recorrer sus callejuelas tenebrosas adivinando miradas. Estaba degollada de oreja a oreja, y su vientre seccionado verticalmente desde el ombligo hacia abajo. Al lado de ella, de

sus trenzas revueltas, sobre el pavimento de la maldita callejuela, se hallaban los intestinos, manoseados y dispuestos como un símbolo sinusoidal. Detrás de este dibujo macabro aparecían unas huellas de sangre que se perdían en una acequia. Ahora hubiéramos dicho que un ser incorpóreo, fantasmal, había cometido un crimen para desaparecer en el líquido turbio de una ciénaga que comunicaba con el más allá. El criminal se había diluido como si la acequia lo hubiera devorado.

Examinado el cadáver por la policía, se advirtió en seguida que le faltaba una oreja. Se pensó por un instante que podía tratarse de una muerte por *libidine* seguida de antropofagia. Krafft-Ebing ya la había descrito en su *Psychopathia sexualis* (c. VIII). Pero no se trataba de esto, porque al día siguiente, entre la correspondencia anónima del correo apareció una cajita con des-

Jack, el Destripador



tino a Scotland Yard. En el interior de ella, envuelta en papel de seda, el criminal había colocado la oreja que le faltaba al cadáver de la Smith. Asesinato y desafío que comenzó a inquietar a todo Londres. Las características del hecho probaban ya que el desconocido manejaba el bisturí y tenía excesivos conocimientos de anatomía. Probaba, inclusive, que una vez degollada y destripada la víctima, el asesino se había recreado con los intestinos hasta disponerlos sobre el pavimento como si buscara un ordenamiento determinado. Por último, con el envío de la oreja a Scotland Yard, habría que pensar en un humorista macabro. (Probablemente es el padre de ese humor negro que luego exaltarían los surrealistas encabezados por André Breton.)

El envío de la oreja, por otra parte, incluía un desafío a continuar. El reto de las tinieblas contra la policía.

El segundo crimen acaeció en el mismo mes: el 31 de agosto de 1888. La víctima fue Martha Traban, una prostituta de 35 años, de larga cabellera rubia y ojos azules. Degollada y destripada. Y también en Whitechapel, a poco trecho del lugar en que había sucumbido la Smith. Pero esta vez los intestinos no habían sido ordenados simbólicamente.

Estaban desparramados. Tampoco faltaba una oreja. El desconocido había extirpado un riñón como si hubiera trabajado sobre una mesa de operaciones.

Londres comenzó a temblar. Las puertas y ventanas comenzaron a cerrarse muy temprano. Las calles se volvieron solitarias. Alguna vez, en la neblina densa y deletérea, sólo se oía el ritmo de unos cascos que avanzaban hacia el misterio. Después se supo de la humorada macabra del asesino. De la reiteración obsesiva. Este había enviado el riñón a la policía en otra cajita similar a la primera. Scotland Yard quedó escarnecida. Todo Londres se convirtió en una protesta contra su imbatible cuerpo de seguridad. Conan Doyle, que un año antes había creado a Sherlock Holmes en su *A Study in Scarlet* (1887), sintió lástima por los investigadores de Londres.

El 8 de setiembre se reanudó la serie sangrienta. La víctima, otra muchacha que vendía su cuerpo al primero que pasara, se llamaba Mary Anne Nichols. Murió de la misma manera que las anteriores, con las vísceras sobre el suelo o estampadas sobre las viejas paredes de Whitechapel. Pero ahora aconteció una variante totalmente nueva. El asesino se retiró con una parte de las

vísceras. Posiblemente para conservarla y recrearse con su contemplación, como lo hicieron mucho antes, en la historia del crimen, Gilles de Rays y el Asesino de la Medianoche que aterrorizaba en Notting Hill. O bien aquel otro que se llamó Vincenzo Vernezi, tan estudiado por Lombroso (*L'huomo delinquente*, II, 168 y ss.), el cual se llevaba la ropa y las vísceras de la víctima para palparlas secretamente.

La cuarta prostituta asesinada fue hallada el 30 de setiembre en Hambury Street. Se llamaba Annie Chapman, acaso un nombre falso para ocultar la miseria y el delito. Y a ésta también le faltaba un riñón que tampoco fue a Scotland Yard. El asesino se había vuelto coleccionista (un coleccionista infernal para otros demonios del más allá). O bien se había desayunado con esa parte del cuerpo humano. Es una hipótesis posiblemente humorística que hubiera entusiasmado a Thomas de Quincey, cuya definición del delito (*On murder considered as one of the fine arts*, I, II), no deja de tener una idea obsesiva sobre la importancia de la bolsa como instrumento para la conservación y el desayuno. Y como hipótesis no era una mera suposición, sino algo terminante, incuestionable. El asesino había cometido el crimen entre

la medianoche y la madrugada. La antropofagia pudo haber sido estimulada por la hora, en un amanecer neblinoso, lleno de signos imprevisibles. Ahora, sin embargo, hay un hecho insólito. Sobre la pared, a poco trecho del cadáver, escrito con tiza (la letra es impecable), hay un mensaje que incluye un desafío a todas las policías del mundo:

Esta es la cuarta y mataré muchas más antes de desaparecer.

Jack the Ripper

El asesino, insistiendo en su desafío a Scotland Yard, se autodenomina para mayor escarnio. Ahora es sencillamente *Jack el Destripador*.

Y el Destripador se burla de las reglas. Y también del Comité de Vigilancia, formado ante la indignación de la reina Victoria y la impotencia del jefe de policía, sir Charles Warren. En los primeros días de octubre, en una plaza, al oeste de Whitechapel, da cuenta de la quinta prostituta, Catherine Eddowes. Ahora, en un nuevo alarde de disección, le extrae los ovarios. (Cien años después un argentino recluido en Sierra Chica realizará idéntico trabajo en los ovarios, "cazando" mujeres en La Pampa).

El 9 de octubre, en Berner Street, siempre al filo de la medianoche, fue hallado el cadáver de Elizabeth Stride. Era la sexta prostituta. La séptima fue una muchacha de 20 años, asesinada en Dorset Street 26, en la misma casa en que recibía a su clientela. Se llamaba Mary Jane Kelly, y tenía fama de mujer hermosa. El *Times*, en una transcripción de Alan Hynd (*Sleuths, Slayers and Swincklers*, 1954), decía:

La infeliz estaba echada de espaldas sobre la cama, totalmente despojada de sus ropas. Tenía la garganta seccionada de oreja a oreja, pero éstas y la nariz habían sido arrancadas por el asesino. Lo mismo sucedía con los pechos, colocados a su vez en una mesita. El estómago y el abdomen estaban abiertos. El rostro mutilado, irreconocible en sus rasgos. Los riñones y el corazón, extirpados y puestos en la mesita, junto a los pechos. El hígado, también extirpado, sobre el muslo derecho. El útero había desaparecido. Los muslos, por último, estaban lastimados. No puede imaginarse una visión más espantosa.

El asesinato de la Kelly fue el único hecho del monstruo en un lugar cerrado. Y acae-



ció cuando el Comité de Vigilancia había reforzado sus cuadros. Indudablemente, Jack el Destripador seguía puntualmente las reacciones de sus crímenes. Al advertir que las calles de Londres estaban vigiladas, optó por cambiar de táctica. Inclusive la que iba a ser su víctima creyó que estaba protegida esperando a la clientela en su propia casa. Aquí termina o se interrumpe la historia de Jack el Destripador. Y es aquí donde comienza otra historia que me propongo relatar.

LAS HUELLAS DEL DOCTOR JEKYLL

Nunca se supo quién había sido Jack the Ripper. Conan

Doyle, su contemporáneo, creador un año antes de Sherlock Holmes, en *A Study in Scarlet* (1887), aventuró la posibilidad de su presencia mediante la aplicación de los estudios dactilares emprendidos por Francis Galton en 1886. (El argentino Juan Vucetich no había publicado aún su *Dactiloscopia comparada*, que data de 1904.) Pero nadie siguió sus consejos. Scotland Yard, adherida al sistema de las fichas antropométricas del criminalista francés Alphonse Bertillon, perdió definitivamente las huellas del Destripador.

Al llegar a Londres en 1963, una circunstancia imprevista me hizo entrever la identidad del asesino. Transitaba yo por

las calles del Soho cuando de pronto me detuve ante la vidriera de cierta extraña librería que semejaba el escaparate de un anticuario. Un título borroso sobre fondo amarillo, sin indicación de autor, decía sencillamente: *In Memoriam: Jekyll the Ripper*. A su izquierda se veía la primera edición de *The strange case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*, de 1886, y a su derecha las *Some college memories* (1886), también de Stevenson. Sobre el primer libro, a una distancia de medio centímetro, había una estatuilla de madera que representaba, según averigüé después, una deidad demoníaca de Samoa, lugar en el que Robert Louis Stevenson falleciera a los cuarenta y cuatro

años, como consecuencia de un derrame cerebral.

El título del primer libro (*In Memoriam: Jekyll the Ripper*) me dejó fascinado, pegado a la vidriera. El apelativo, *the Ripper*, el Destripador, no correspondía al doctor Jekyll, el personaje de Stevenson, sino a Jack, el famoso asesino que se burló de Scotland Yard. Había una confusión deliberada, agravada por la falta de indicación autoral. Cuando entré por fin, el librero sonrió. Me dijo que el libro lo había escrito el mismo Stevenson en 1894, año de su muerte en Samoa, pero sin aditarle su nombre. Posteriormente sus herederos lo declararon apócrifo. No obstante, él, bibliólogo más que bibliófilo, creía en la paternidad stevensoniana de la obra. El estilo de ésta y su enfoque psicológico eran similares a los de *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*. No discutí con el bibliólogo. Adquirí el *In Memoriam* por un precio muy elevado, y compré también las *Some college memories*.

Después volví a la habitación del hotel. Me senté junto a la estufa con mi pipa, una botella de whisky y los libros. Afuera, golpeando la ventana, el viento más frío de Londres paralizaba todo fervor. Cuando comencé a leer el *In Memoriam: Jekyll the Ripper*, tuve

un estremecimiento premonitorio. Stevenson había conocido a Jack el Destripador mucho antes de que éste atemorizara a Londres. Inclusive había permanecido indiferente cuando Conan Doyle buscaba una solución por medio de las huellas dactilares. La razón de todo esto podría estar, sin embargo, en que al publicar *El extraño caso del doctor Jekyll y del señor Hyde*, Stevenson ya daba por muerto al doctor Jekyll cuando en realidad seguía viviendo. El capítulo I de *In Memoriam: Jekyll the Ripper*, estaba dedicado a la descripción del doctor Jek ("alto, de ojos azules, de fina sensibilidad"), *especialista en incisiones anatómicas*, según una expresión de la época. El capítulo II describía los efectos de una droga inventada por éste para obtener la duplicidad del ser: "Mezcló los elementos. Vio cómo hervían y humeaban en la copa. Esperó el punto final de la ebullición y bebió la droga. Entonces sintió dolores desgarradores, como si todo el esqueleto se le descoyuntara. Tuvo náuseas. Su rostro, en el espejo, comenzó a ennegrecerse, como si un segundo ser, el yo profundo que llevaba oculto, pugnara por salir. Luego, aterrorizado, el doctor Jek se contempló distinto. Ya no era Jek. Era un desconocido con

Jack, el Destripador



una mirada siniestra, llena de fuego, y un ímpetu que le recorría por la sangre y lo hacía estremecer. Espantado ante esa imagen del mal, volvió a tomar la droga y se recuperó en un instante". Pero el doctor Jek (cap. III) volvió al experimento, y cierta noche, convertido en una encarnación demoníaca, se lanzó hacia las callejuelas tenebrosas de Whitechapel, iluminadas apenas por los languidecientes mecheros de gas. Este segundo ser, el espíritu del mal, o Mr. Hyde en *El extraño caso...*, fue haciéndose más necesario para el doctor Jek. Más imprescindible. Sin embargo, sus fechorías estaban signadas extrañamente por cierta tendencia a eliminar el mal en los otros, algo así como si la *parte buena* de Jek se lo impusiera en el desdoblamiento de la personalidad.

En Whitechapel, donde el doctor Jek se hacía pasar por Jekyll (*In Mem.*, IV y VII), asesinó a dos prostitutas, una de las cuales ejercía de proxeneta entre los burgueses adinerados. Y en ambos casos las víctimas presentaron la misma incisión en el vientre: un tajo desde el ombligo hacia abajo, en una línea vertical, casi perfecta, y los intestinos dispuestos en un símbolo sinusoidal. Stevenson (o el supuesto Stevenson) no decía que

también estuvieran degolladas de oreja a oreja. Pero no había duda de que Jek era ya el que luego habría de llamarse *Jack el Destripador*, modificando el Jek en Jack. Lo más arbitrario y oscuro de esta historia es que la policía no investigó los hechos. Jamás supo de nadie que se llamara *Jekyll the Ripper*. Sólo hay una referencia perdida en el capítulo VII: un abogado de nombre Patterson (Utterson en *El extraño caso...*) se dedicó a investigar por su cuenta la historia del doctor Jek en el barrio de Soho, a mucha distancia de Whitechapel.

La botella de whisky estaba ya por la mitad y el viento seguía arremetiendo contra el vidrio. Los relojes borraban la noche de Londres. Cuando dejé el *In Memoriam: Jekyll the Ripper*, pensé que todo estaba claro. Jek, convertido en Jekyll el Destripador, segundo Yo obtenido por retroversión de la personalidad, proceso esquizofrénico no muy estudiado entonces, era el mismo que luego habría de volver a su estructura demoníaca en el Londres de 1888. Pero ya no sería Jekyll el Destripador sino *Jack el Destripador*. En *El extraño caso del doctor Jekyll y del señor Hyde*, la segunda persona, el segundo Yo, habría de llamarse *Hyde*. Stevenson, indudablemente, tenía interés

en ocultar la verdadera identidad del sujeto para convertirlo en personaje de su novela. No hubo mala fe. Incluso, cuando pudo haber aclarado los asesinatos de Jack el Destripador, ya estaba en camino de Samoa, en donde se recluyó hacia 1889, en el instante en que todavía parecía seguir actuando el asesino. Otra hipótesis que no deriva de la lectura del *In Memoriam*, es la de que el doctor Jek y Jack el Destripador eran expertos en el manejo del bisturí. Utilizaban el mismo procedimiento para las incisiones y desparramaban las vísceras formando extrañas figuras. Además, el título completo de la obra *In Memoriam: Jekyll the Ripper*, anunciaba implícitamente que se trataba de la misma persona. Pero, ¿por qué fue escrita en 1894 y no antes? Creo, sin lugar a dudas, que el sentimiento de culpabilidad llevó a Stevenson a confesar tardíamente una realidad que antes había callado o había visto como posibilidad creadora. Y para que nada se le imputara, negó inclusive la paternidad de la obra. Porque al negarla quedaba a cubierto de toda sospecha, pero con la tranquilidad, para su conciencia, de haberse confesado.

Para mayor confusión, en las *Some College Memories* había una frase según la cual



Stevenson estaría dispuesto a *modificar la realidad*. ¿Tendría esto algo que ver con la historia de Jek-Jekyll-Jack? Las memorias y el caso del doctor Jekyll databan de 1886, y el asesino, dos años antes de aparecer en Whitechapel, ya se dedicaba a iguales víctimas que las enumeradas por Scotland Yard en 1888. La confusión se hizo más acuciante con un tercer elemento que por lo ridículo he dejado para el final. El bibliólogo del Soho me mostró un pantalón azul, muy oscuro, que él había adquirido en Portland Street (a poco trecho de un hotel donde se alojara Mr. Hyde), que tenía dos iniciales tejidas con el "hilo peculiar" de la época: J. J. Estas iniciales respondían a la manía del doctor Jek de

inicialarse toda su ropa. Cuando le observé por qué dos veces la inicial del apellido, me respondió: "Un desafío a Scotland Yard para que descubriera sus crímenes. Jek, como Jekyll en *El extraño caso...*, también se llamaba Henry".

Con esa contestación incoherente di por terminada en Londres mi investigación de Jack el Destripador. Al regresar a Buenos Aires, revisando mi archivo de crímenes, tuve una evidencia sobre la cual no me atrevo a escribir todavía. Jack el Destripador, desaparecido de Londres, había muerto en Buenos Aires, a los 75 años, en un hotel de la calle Leandro N. Alem, frente a la plaza Mazzini, hoy Roma, una mañana lluviosa de octubre de 1929.

VACUNAS Y QUEMADURAS

Varios sabios ingleses acaban de descubrir una poderosa vacuna, con la que se espera salvar a enfermos afectados por quemaduras de gravedad. La vacuna actúa, a diferencia de otras, directamente sobre la infección, es decir, una de las causas que motivan el mayor número de muertes.

Las personas afectadas por quemaduras de gravedad son vulnerables a los gérmenes microbianos. El organismo, con sus defensas debilitadas, plagado de heridas, es materia fértil para todo tipo de procesos infecciosos. La comisión médica a cargo de la investigación ha declarado que, gracias a la nueva vacuna, es posible estimular los anticuerpos y permitir que el organismo afectado quede inmunizado en un espacio de 24 horas.

Cuento del Lector

LAS GRANDES JUGUETERIAS REX

por RICARDO HORACIO SORZONI



El hombre vestido de rojo entró en una de las Jugueterías Rex, acompañado de una criatura más pequeña, aunque parecida.

—Buenas tardes, señor —dijo el empleado.

—Buenas —respondió el que había entrado.

—¿Qué desea? —preguntó el primero.

—Uno de esos nuevos juguetes llamados aviones —los ojos color índigo de la pequeña criatura brillaron cuando lo dijo.

—Veré si el materializador puede atrapar alguno...

—Aquí el piloto del Boeing 747, vuelo 549. Estamos sobre

el Triángulo de las Bermudas y no pasa nada —dijo en tono sarcástico.

—Pero, un momento, la brújula se ha vuelto loca, y todos los instrumentos, no distingo ni cielo ni mar... Niebla... SO-CORR...

—Aquí Torre de Control, conteste vuelo 549...Conteste por favor.

—No contesta, debe haber caído al mar. Llamen a los guardacostas... y a los aviones de rescate, si perdemos este avión quebraremos, NO PODEMOS PERDERLO.

—Aquí está, señor, ¿lo quiere con muñequitos o sin ellos...?

LA CIENCIA EN EL COSMOS

Einstein y su teoría de la Relatividad

Los primeros ensayos coheteriles

La V-1 y la V-2: Los lanzamientos de posguerra

El Sputnik

por IGNACIO FABRE

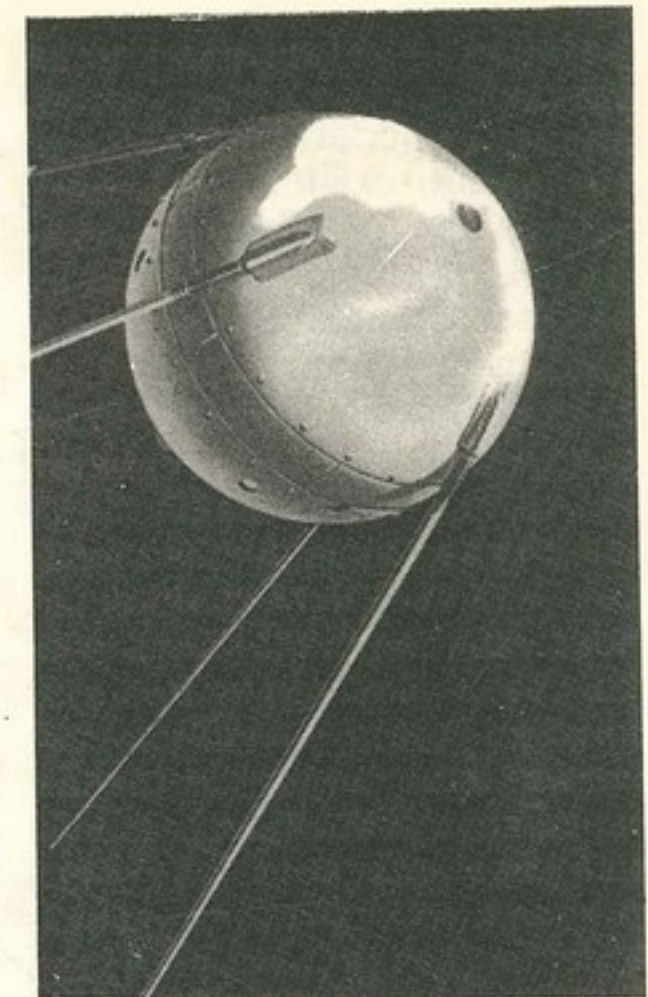
La primera parte de esta serie la concluimos con una referencia a Einstein, proponiéndolo como arquetipo de la nueva era científica. Nacido en Ulm en 1879, Albert Einstein testimonió con su vida los avatares de este siglo XX. Hijo de un empleado de escasos recursos, emigra con su familia a Suiza, donde se gradúa en 1901 en el Instituto Politécnico de Zurich. Adopta la nacionalidad suiza ese mismo año y se dedica a la docencia. Primero en Zurich, luego en Praga, y en 1913 (ya conocido por su primera Teoría de la Relatividad) es nombrado director del **Kaiser Wilhem Institut**, cen-

tro de investigaciones alemán —y europeo— de primera línea, donde bajo la dirección de Einstein se logrará la primera fisión del átomo en 1919. En 1933 debe abandonar su puesto y emigrar —es judío—, pese a haber logrado el Premio Nobel en 1921. Radicado en EE. UU., se instala en la Universidad de Princeton, y se ciudataniza norteamericano. Militante sionista desde la década del 20, una vez formado el Estado de Israel, en 1952, le ofrecen la presidencia y la rechaza. Pacifista a ultranza, de ideas liberales, poco antes de morir, en 1955, firma una



Albert Einstein, creador de la teoría de la Relatividad, junto al físico J. Robert Oppenheimer, que desarrollara con la colaboración de Federico Fermi la Bomba Atómica arrojada en Hiroshima.

El Sputnik I, primer satélite que surcó el espacio, iniciando la Era del Cosmos. En su interior, una potente radio lanzaba señales que fueron captadas en toda la Tierra.



declaración en contra de la guerra atómica.

Einstein deja con su Teoría General de la Relatividad (1917) las puertas abiertas para una nueva Física, y al poner en observación los conceptos de **espacio, tiempo y movimiento**, también presagia una nueva Ciencia.

Su célebre fórmula, llamada **Ecuación Einstein**, $E = m \cdot v^2$ (Energía es igual a la masa multiplicada por la velocidad de la luz en el vacío —300.000 Km./seg.— al cuadrado), es el inicio de una serie de investigaciones y experiencias que hasta hoy no han concluido. Pero en su enfrentamiento con

la Física Newtoniana, las divergencias serán notables.

La Física conocida determinaba, entre otros fenómenos, que las dimensiones de un cuerpo rígido y el tiempo no sufrían alteraciones, cualquiera fuese el movimiento y la velocidad del observador. Paralelamente, la posición de un cuerpo en el espacio está referida siempre a un sistema de ejes absolutos (también llamados ejes en reposo).

Einstein, en su obra **Über die spezielle und allgemeine Relativitätstheorie** especifica, sin embargo, que:

a) En todo campo gravitatorio existe un **tiempo local**,

LA CIENCIA EN EL COSMOS

Einstein y su teoría de la Relatividad

Los primeros ensayos coheteriles

La V-1 y la V-2: Los lanzamientos de posguerra

El Sputnik

por IGNACIO FABRE

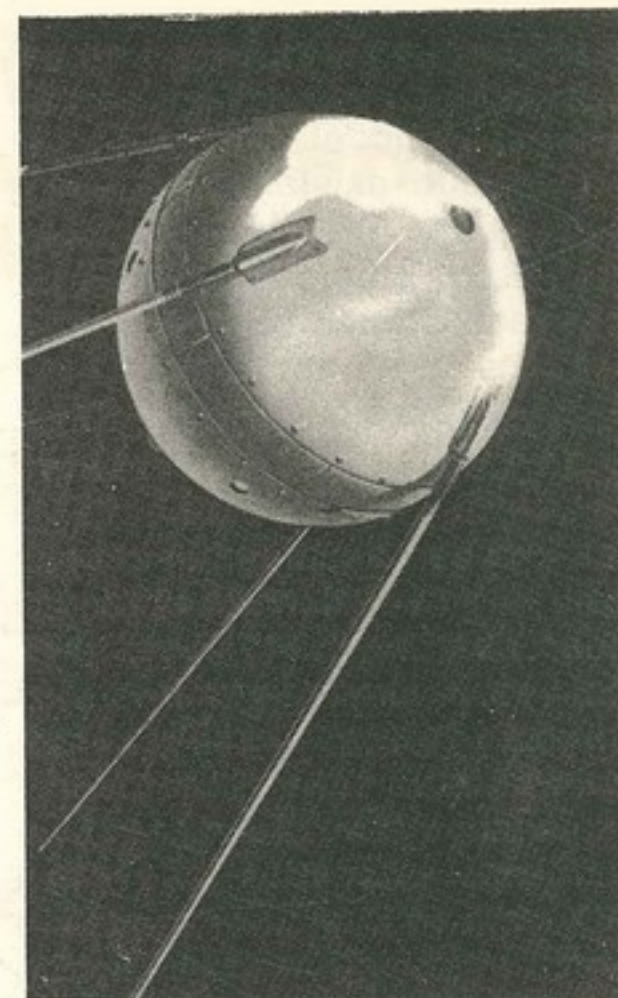
La primera parte de esta serie la concluimos con una referencia a Einstein, proponiéndolo como arquetipo de la nueva era científica. Nacido en Ulm en 1879, Albert Einstein testimonió con su vida los avatares de este siglo XX. Hijo de un empleado de escasos recursos, emigra con su familia a Suiza, donde se gradúa en 1901 en el Instituto Politécnico de Zurich. Adopta la nacionalidad suiza ese mismo año y se dedica a la docencia. Primero en Zurich, luego en Praga, y en 1913 (ya conocido por su primera Teoría de la Relatividad) es nombrado director del **Kaiser Wilhem Institut**, cen-

tro de investigaciones alemán —y europeo— de primera línea, donde bajo la dirección de Einstein se logrará la primera fisión del átomo en 1919. En 1933 debe abandonar su puesto y emigrar —es judío—, pese a haber logrado el Premio Nobel en 1921. Radicado en EE.UU., se instala en la Universidad de Princeton, y se ciudataniza norteamericano. Militante sionista desde la década del 20, una vez formado el Estado de Israel, en 1952, le ofrecen la presidencia y la rechaza. Pacifista a ultranza, de ideas liberales, poco antes de morir, en 1955, firma una



Albert Einstein, creador de la teoría de la Relatividad, junto al físico J. Robert Oppenheimer, que desarrollara con la colaboración de Federico Fermi la Bomba Atómica arrojada en Hiroshima.

El Sputnik I, primer satélite que surcó el espacio, iniciando la Era del Cosmos. En su interior, una potente radio lanzaba señales que fueron captadas en toda la Tierra.



declaración en contra de la guerra atómica.

Einstein deja con su Teoría General de la Relatividad (1917) las puertas abiertas para una nueva Física, y al poner en observación los conceptos de **espacio, tiempo y movimiento**, también presagia una nueva Ciencia.

Su célebre fórmula, llamada **Ecuación Einstein**, $E = m \cdot v^2$ (Energía es igual a la masa multiplicada por la velocidad de la luz en el vacío —300.000 Km./seg.— al cuadrado), es el inicio de una serie de investigaciones y experiencias que hasta hoy no han concluido. Pero en su enfrentamiento con

la Física Newtoniana, las divergencias serán notables.

La Física conocida determinaba, entre otros fenómenos, que las dimensiones de un cuerpo rígido y el tiempo no sufrían alteraciones, cualquiera fuese el movimiento y la velocidad del observador. Paralelamente, la posición de un cuerpo en el espacio está referida siempre a un sistema de ejes absolutos (también llamados ejes en reposo).

Einstein, en su obra **Über die spezielle und allgemeine Relativitätstheorie** específica, sin embargo, que:

a) En todo campo gravitatorio existe un **tiempo local**,

dependiente de la velocidad del punto que se considere en él, tiempo local que es distinto del que existe fuera de dicho campo gravitatorio.

b) La velocidad de la luz, que es constante en el vacío, disminuye al entrar en un campo gravitatorio y deja de ser constante.

c) La masa y la energía son equivalentes, estando la energía dotada de inercia y sujeta, como todos los cuerpos pesados, a ser atraída o desviada por la acción de un campo gravitatorio.

d) El espacio por sí no tiene forma; la medida y forma del espacio quedan definidas en cada caso por la situación de las masas contenidas en él.

e) El Universo es finito.

f) No existe ninguna clase de movimientos absolutos.

g) La luz se desvía de su trayectoria recta al pasar por un campo gravitatorio, siendo la desviación tanto mayor cuanto más intensa es la acción gravitatoria del campo.

Einstein, en sus postulaciones, invade territorios casi lindantes con la Filosofía y la Teología, pero, por sobre todas las cosas, posibilita la irrupción de una nueva Física, la del Átomo. Aunque por circunstancias especiales en la segunda parte de este artículo debemos referirnos al átomo

y a la bomba neutrónica, en la próxima entrega veremos paso a paso el desarrollo de las distintas armas atómicas.

En forma paralela al desarrollo de la Física del Átomo, la Astronáutica siguió su camino. Pero un camino a menudo lento. Las dificultades provenían, como ya se dijo anteriormente, de las altas velocidades requeridas para impulsar los vehículos, ya que es necesario vencer la **fuerza de atracción** de la Tierra para cualquier intento de lanzamiento espacial. La velocidad de liberación de la tracción terrestre está calculada en 11.200 metros por segundo, con lo cual el navío espacial deberá desarrollar una velocidad de 39.320 km por hora si quiere vencer la atracción. Si el cohete lleva una velocidad superior, se libera de la atracción siguiendo una trayectoria hiperbólica. Si la velocidad es igual a la de atracción, la trayectoria de escape es una parábola. En caso de ser menor la velocidad, el cohete no se libera de la atracción terrestre y describirá —dentro de la órbita terrestre— una trayectoria elíptica. Ahora bien, aproximadamente con una velocidad de 28.000 km por hora, el cohete alcanza la llamada **velocidad de satelización**, y puede describir una órbita circular, a unos 400 km de altura, ya que se ha equili-



R. H. Goddard, considerado padre de la astronáutica norteamericana, en uno de sus primeros ensayos cohetiles, durante el mes de julio de 1929.

brado la fuerza centrífuga del engendro con la atracción terrestre. A velocidades menores a los 28.000 km/h, el satélite cae.

Retomando la historia de los precursores, cuando se citó a Ziolkovski, Esnault Peltre y Gauswindt, sólo podía hablarse hasta ese momento de

trabajos teóricos, pero inmediatamente después, en la década del 20, comienzan las experiencias prácticas. Robert H. Goddard (1882-1945), que puede considerarse el padre de la astronáutica norteamericana, ya en 1923 prueba en banco el primer motor a chorro y en 1926 lanza un cohete

con combustible líquido que alcanza una altura de 30 metros. En la década siguiente las experiencias se acelerarán, sobre todo en Alemania, y ya 1931, integrantes de la "Asociación para los viajes al espacio", con un cohete impulsado por motor que quema alcohol y oxígeno líquido —Kegeldüse—, logran una altura de 60 metros.

Al año siguiente, con un motor de 750 kg. de empuje se logrará una marca record en altura: 4.000 metros. En 1933 los rusos hacen su primera experiencia con un cohete de combustible líquido, y en 1935, Goddard logra un nuevo record con un cohete menor de tres metros: 2.286 metros de altura.

Pero la guerra se cierne sobre la cohetaría, y el interés por su desarrollo deja de ser un pasatiempo para aficionados y científicos y se transforma en una razón de Estado. Hitler es el primero en avizorar las posibilidades de la cohetaría como arma, y encarga al general Dornberger la construcción de un centro científico donde pueda desarrollarse. Así nace **Peenemünde**, en medio de la Selva Negra, donde un grupo escogido de científicos —uno de los cuales, y tal vez el más destacado, fue von Braun—, logró poner a punto una bomba voladora, la

famosa V-1. El 3 de octubre de 1942 será disparada la primera de ellas. Básicamente es un cohete portador de explosivos y combustible (alcohol etílico, agua y oxígeno líquido) y un turborreactor que lo impulsa. Desarrolla una velocidad de 580 km/h, que no es la suficiente, ya que son derribadas por la aviación inglesa. Peenemünde, sin embargo, no se duerme sobre los laureles. Conscientes de la escasa velocidad de la V-1, los científicos alemanes se lanzan al diseño y construcción de un nuevo aparato. Lograrán producir la V-2, un cohete de 14 metros de altura y más de metro y medio de diámetro, con un peso de 12 toneladas, ocho de las cuales son combustible. Esta mezcla impulsora está compuesta por oxígeno líquido y alcohol, que arde en menos de un minuto (3.000 grados), impulsando al cohete hasta una altura de 96 kilómetros. Llegado al límite del impulso, desciende velozmente, alcanzando en 5 minutos una distancia de 354 kilómetros. El 7 de setiembre de 1944 Londres recibía la atroz visita de la primera V-2, lanzada desde Wassenaar, al norte de La Haya. Pero la guerra estaba prácticamente terminada...

Finalizada la contienda, los vencedores se reparten los despojos de Peenemünde.

Norteamérica alberga a Werner von Braun, y con él implementará su política de desarrollo espacial. Los trabajos comienzan a dar frutos de inmediato, ya que en julio de 1947, dos años apenas de concluida la Segunda Guerra, un cohete V-2 norteamericano logra una altura de 183.000 metros. Un año y medio más tarde, en febrero de 1949, lanzan los norteamericanos un navío formado por una V-2 y un WAC-caporal, y logran traspasar los límites de la atmósfera. La nueva marca de altura: 402.000 metros. El desarrollo no es fácil, ya que no hay conciencia aún de las posibilidades de la astronáutica y en más de una oportunidad los organismos estatales bloquean fondos requeridos para la investigación espacial (proyecto **Vanguard** de la Marina, en 1948, por ejemplo). Continúa, aunque desordenado, el desarrollo cohetil. En 1952 los primeros cohetes **Vikings** (derivados de la V-2), alcanzan los 205 kilómetros de altura de promedio, iniciando una serie de exploraciones en la ionósfera. Tres años más tarde, en el VI Congreso Astronáutico, en Copenhague, los EE.UU. hacen pública la aprobación por parte del presidente Eisenhower para lanzar un satélite durante el Año Geosífico Internacional de 1957-58. Más

que el anuncio de un lanzamiento es el anuncio de una política: los EE.UU. se disponen seria y ordenadamente —y con todos los recursos a su alcance— a la conquista del espacio. Retoman nuevamente el proyecto Vanguard, que consiste sumariamente en un satélite pequeño —una esfera de 50 centímetros de diámetro y diez kilos de peso— impulsado por un cohete **Viking** de tres etapas, que lograría una velocidad de entre 4.800 y 6.000 m/segundo, es decir, unos 29.000 kilómetros por hora, y pondría al satélite en una órbita a 480 km de altura.

Mientras tanto, la otra superpotencia había seguido el mismo camino que Norteamérica. Rusia, luego de experimentar con aparatos similares a la V-2, continúa sus experiencias, casi todas ellas desconocidas en Occidente.

Llegamos así a los finales del año 1957. En Barcelona —es el 4 de octubre—, se desarrolla el VIII Congreso Astronáutico. La delegación rusa hace una entrada silenciosa... y triunfal. Su relator principal anuncia que un cohete portador **T-2** ha colocado en órbita un satélite, cuyas emisiones radiales son captadas en ese momento en la Tierra. El nombre del aparato ya es histórico: **Sputnik I**. El hombre ha logrado pisar una nueva Era.

LA BOMBA NEUTRONICA

Si bien esta sección está dedicada a la astronáutica, también debemos entender que el desarrollo del espacio ha logrado sus mayores avances, urgido por las necesidades político-militares de las superpotencias. Por eso, UMBRAL TIEMPO FUTURO considera de interés para sus lectores incluir una referencia a la tan mentada Bomba Neutrónica, casi desconocida, salvo en los núcleos científicos.

El presidente de los Estados Unidos, Jimmy Carter, luego de postergar durante largos meses la decisión de fabricar la "bomba neutrónica", ha pospuesto "indefinidamente" la posibilidad de producir el arma. Sin duda, las implicancias internacionales al tomar esta decisión abren un paréntesis a partir de lo dispuesto por Carter.

La Bomba Neutrónica, también denominada **bomba N**, no es una novedad en el campo de la ciencia atómica, ya que son conocidos sus fundamentos científicos desde hace casi dos décadas.

Pero antes de saber cómo funciona y cuáles son sus efectos, es necesario repasar breves conceptos sobre la energía nuclear.

El **átomo** es un corpúsculo que forma parte de la molécula en los elementos químicos. Consiste en un **núcleo** cargado de energía, que alberga a los **protones** (carga negativa) y a los **neutrones** (sin carga o carga neutra) y una envoltura de **electrones** que circundan al núcleo y que tienen carga po-

sitiva. Las dimensiones de este corpúsculo son infinitesimales, y se considera que el radio de un átomo mide la cienmillonésima parte de un milímetro. El radio del núcleo es cien mil veces menor que el radio del átomo. Para darnos una idea más acabada, amplíemos las dimensiones, y podría decirse que, en el hipotético caso de que el radio del núcleo midiese un milímetro, el radio del átomo debería medir cien metros, y el milímetro —siempre en el campo de las hipótesis— debería medir la friolera de diez mil kilómetros.

Ahora bien, este corpúsculo posee energía, la llamada energía del núcleo o **energía nuclear**, que en el caso de los



cuerpos radiactivos sufre un proceso de **desintegración**.

Esa energía de desintegración del núcleo se libera por la expulsión por parte del átomo de diversas partículas **alfa** (núcleos de helio) y **beta** (electrones). Es así que un kilogramo de **uranio** se transforma en **plomo inactivo** mediante ese deterioro. Esa desintegración produce una energía equivalente a 700.000 kilos de carbón al arder. Pero esta reacción es lentísima, ya que en 1.750 años se habrá deteriorado la mitad del kilo de uranio del ejemplo. El tiempo, entonces, diluye los efectos de la desintegración.

Pero esta energía del núcleo del átomo puede utilizarse si

se acelera el proceso de deterioro, desintegrando el núcleo. Además, hay que tener en cuenta que en todo núcleo de un átomo su masa es **menor** que la suma de las masas de sus componentes (protones y neutrones). Esa masa **desaparecida** es energía **latente** en el núcleo. Para aprovecharla se pueden seguir dos caminos:

- Romper el núcleo de un átomo pesado y transformarlo en dos más livianos. De esta manera se liberaría energía nuclear por ruptura (fisión).
- Unir dos núcleos livianos para hacer uno más pesado. Esta unión se llama fu-

sión y también libera energía nuclear.

Tanto se trate de un núcleo de un átomo pesado fisionado, como de dos núcleos livianos fusionados, en esa operación hay una liberación de energía y de neutrones muy grande.

Para lograr la fisión o ruptura del núcleo del átomo, el conocido "bombardeo", deberán lanzarse partículas que puedan penetrarlo. No olvidemos que el núcleo contiene protones que poseen carga positiva, o sea que repelerá a otros protones, de ahí que solamente se pueda efectuar la **ruptura** mediante bombardeo con **neutrones**, que no tienen carga alguna, y por esa característica pueden penetrar con mayor facilidad en el núcleo bombardeado.

En la primera bomba atómica, el neutrón sirvió de detonador, ya que fue el encargado de fisionar el núcleo. Pero anteriormente dijimos que en la fisión hay una considerable liberación de energía (que es la utilizada como explosivo) y de neutrones. Dadas las características del neutrón, que no posee carga, no puede ser desviado o frenado por los campos eléctricos existentes en el átomo, es decir, no pierde velocidad ni energía hasta chocar con otro núcleo que lo absorba. De esta manera, el neutrón es prácticamente imparable,

sobre todo para los organismos vivos.

La Bomba Neutrónica consistirá, entonces, en un artefacto que pueda liberar a innumerable cantidad de neutrones y con la velocidad necesaria como para proyectarlos a los cuatro vientos. Mediante esta "lluvia" los neutrones se comportarán como si fuesen millones de pequeñísimas agujas, penetrando todo lo que encuentren a su paso, y continuarán su camino, sin perder velocidad, hasta chocar con un núcleo que los frene. De más está decir que todo organismo vivo puesto en su camino será atravesado, con las consecuentes destrucciones irreversibles en sus estructuras celulares. Hombres, animales y plantas mueren, de esta manera, en poco tiempo, como consecuencia de los destrozos internos.

Lo paradójico de esta arma terrible es que, una vez disipados sus efectos inmediatos, no deja secuelas en los edificios y construcciones, ya que son inertes y no sufre por el "atravesamiento", con lo cual permite —en caso de una guerra— utilizar toda la infraestructura del lugar bombardeado (ferrocarriles, caminos, comunicaciones, etc.).

Por otra parte, casi no hay blindaje posible contra el bombardeo neutrónico, ya que el

neutrón —con suficiente velocidad— penetra la materia y no pierde mayormente esa velocidad hasta que no es absorbido por otro núcleo.

El potencial militar de la nueva bomba es demoníaco, ya que posibilita su uso en áreas determinadas, y luego del exterminio —al que no se le puede oponer casi ninguna medida de seguridad— permite apropiarse de grandes territorios despoblados, pero con su potencial productivo intacto, al contrario de las áreas afectadas por explosiones nucleares convencionales, donde los residuos radiactivos y el exterminio ecológico imposibilitan por mucho tiempo su habitabilidad.

No se conoce a ciencia cierta el método que utilizarían los norteamericanos para la fabricación de esta bomba, ni tam-

poco el método para liberar los neutrones del que harían uso. En los métodos conocidos se presenta un gran inconveniente: a la par de liberar neutrones, se libera energía en grandísimas cantidades, con lo cual se estaría ante el cuadro de una bomba nuclear de tipo convencional, es decir, con gran poder calórico y muchos residuos radiactivos. Sea cual fuere la tecnología a emplear por parte de los EE.UU., es evidente que habrán logrado superar el escollo de la energía liberada, es decir, habrán obtenido una bomba capaz de liberar grandes cantidades de neutrones y poca energía. Si esto llegase a su concreción, el hombre, con su infinita y torpe soberbia, estaría rompiendo la ya tenue barrera que separa el bien del mal.

CANGREJOS GIGANTES

El Instituto Oceanográfico de Woods Hole, a cargo del Dr. Ballard, realizó una investigación en las islas Galápagos, en el Pacífico. La expedición partió en busca de yacimientos minerales (especialmente cobre), y sorpresivamente se encontró frente a un nuevo misterio: cangrejos gigantes y millones de mejillones que superaban tres veces el tamaño de los españoles, así como almendras de mar y otras especies cuya envergadura mínima era de 40 centímetros. Sin salir de su asombro el equipo de estudiosos declaró que esta fauna excepcional podría ser debida a la temperatura particularmente cálida del agua y a su alto contenido de hidrógeno sulfurado. El reporte (extraído de la *Scientific Gazette*) no aclara si los buzos norteamericanos se atrevieron a hacer honor a esos mariscos y crustáceos tan poco comunes.

EL HOMBRE TRANSPARENTE

por JUAN NORBERTO COMTE

...—Sí —asintió Kemp—, pero el hombre no es vidrio molido.
—No —replicó Griffin—, es más transparente.

"El Hombre Invisible" de H. G. Wells.

Lo escuché sin decir palabra. Luego hice un gesto automático, extraje mi *meerschbaum*, la llené con tabaco de algas y aguardé a Babil, el robot de Esquelli que, como un bailarín de antaño, se deslizó por el piso y me la encendió servilmente con sus dedos metálicos.

Me apoltroné en el sillón de fines del siglo XX, mi preferido por sus innumerables arabescos y los ojos multicolores que lo adornaban. Aquellos ojos humanos vitrificados, tan comunes en los ornamentos de 1990, que los hábiles ebanistas habían incorporado en los muebles de entonces para darles un toque de macabra distinción.

Desde mi precaria fortaleza contemplé a mi amigo, que sonreía enigmáticamente.

—No me crees, ¿verdad? —me preguntó con un tonillo burlón.

—Te creo —fue la lacónica respuesta. Siempre creí en las cosas que Esquelli me contaba, aunque fuesen por cierto hartas fantásticas y descabelladas. Yo era simplemente un botánico, él un genio renacentista imbricado anacrónicamente en el siglo XXII. Altivo, diabólico, había logrado sobrevivir en aquella mansión dos veces centenaria de cemento armado y acero, rodeado de obras de arte, incunables y libros prohibidos en esos días, cuando semejante sacrilegio se pagaba con la



pena capital. Yo lo admiraba incondicionalmente, con espontánea franqueza, no como el grupo de "amistades sociales" que lo adulaba, lo temía y deseaba íntimamente su destrucción.

Esquelli era, en apariencia al menos, el secretario privado del Regente mendocino, ese patriarca que, como recordarán mis contemporáneos, había transformado una célula de ignorantes en la comunidad más floreciente de nuestra Argentum.

El viejo dependía incondicionalmente de mi amigo. Detrás de cada decreto, de las decisiones sacerdotales, de todo proyecto del Supremo Consejo estaba él. La vastísima erudición y el magnetismo

que emanaban de esa individualidad no provenían de las Programadoras Públicas o de los Centros Educativos orientados por nuestros pedantes tecnócratas donde yo, como otros cientos de millones de argentinos, nos habíamos educado.

El patriarca fingía ignorar además que su brillante, ortodoxo y bibliófilo asistente poseía una valiosísima (y comprometedor) colección de arcaicos tratados, manuscritos, folios y mapas impresos entre los siglos XV y XX. El anciano condescendentemente hacía la vista gorda no sólo a estos delitos, sino a las permanentes excentricidades de Esquelli, a quien quería como a su hijo, muerto en el planetoide

Kowal, y sin cuya ayuda poco hubiese logrado en la faz burocrática del *Mandato*.

De tal suerte Esquelli, verdadero dueño del poder político, vivía a la sombra y protección del Regente, lo cual lo hacía, de hecho, invulnerable a la curiosidad del Departamento de Seguridad y de sus implacables sicarios.

—¿Por qué confías en mi, Esquelli? —atiné a expresarle una duda que me perturbaba desde hacía algún tiempo. La contestación llegó a través de un largo silencio impregnado del aroma envolvente del tabaco.

—Mi querido Norberto, naciste del amor del hombre y la mujer; eres, a pesar de tu bien intencionada torpeza, leal y reservado. Es un secreto a voces que en tu último viaje a Marte el Exarca Lusán, durante el banquete planetario, intentó sonsacarte referencias íntimas sobre el patriarca. Tú nada dijiste a pesar de que bien sabías las prerrogativas que por esas infidencias te hubiese concedido ese imbécil infatuado.

Continué chupando mi meerscham y las volutas amarinas me envolvieron en forma de capullo fosforescente.

Sin ambages cedí al impulso de la curiosidad. —¿Qué resultado has obtenido hasta el momento con tu gimnasia de la invisibilidad? —ardía por



averiguar sus progresos en el último e imposible *hobby* de mi amigo.

—Muchos —contestó lacónicamente, con el esbozo de la eterna sonrisa burlona.

Y luego agregó para ilustrar la vaguedad expresiva: —Te sorprenderá saber que ayer mismo pasé al lado del ujier y no me vio.

—Eso nada tiene de sorprendente. Pudo haber sido distracción del ujier —repliqué tímidamente.

—No, no fue negligencia de su parte, pues volví a salir y a entrar al Palacio, caminé frente a sus narices, y ni él ni los guardias que operan los monitores sensoriales repararon en mi presencia. Con todos ellos alcancé al menos el éxito de la invisibilidad, el bloqueo de mis pensamientos, la cesación de la actividad electrocerebral, el control absoluto de mis funciones respiratorias.

—¿Y con los demás. Esquelli? ¿Con Sental, por ejemplo?

Me lanzó una mirada azul, lacerante como el láser. —No, con ella no tuve ni tendré éxito, pues me une un sentimiento profundo que trasciende el amor de ustedes, los humanos —replicó en voz muy baja, como si tuviese vergüenza de admitirlo. Es más, me pareció que detrás de semejante revelación ocultaba cierto dejo inefable de congoja o me-

lancolía, pero pronto descarté esa primera impresión. Esquelli era incapaz de la pena. Los de su raza no conocían el dolor físico o moral que aún hoy atormenta a los hijos del hombre.

—Sé cuánto la amas a tu manera —atiné a balbucear— y me alegro.

Se hizo nuevamente el silencio. En la penumbra de aquel living, entre el perfume del tabaco y la embriaguez de la mateína verde esmeralda que nos había servido generosamente Babil escapé a la realidad del entorno. La mateína es dulce afrodisíaco. Quizás fue este brebaje el que con su mágica alfombra desinhibitoria me transportó a Buenos Aires, donde aquella noche me aguardaba Atira. Sentí el terciopelo de sus ingenuas caricias, me perdí entre los rubíes de sus labios y la blancura de sus pechos.

—No te alegres, Norberto, porque deberé matarla.

La voz terrible de Esquelli resonó como el eco de las montañas azules de Ushuaia. Gélida, lejana, luego más cerca, insoportablemente cerca y desgarrante.

Volví a mis cabales y comprendí que mi amigo acababa de enloquecer.

—¿Matarla? —repetí espantado—. ¿Y por qué, Esquelli; por qué?



—Es el único ser ante quien permaneceré siempre visible. El patriarca está muy enfermo y pronto morirá, según me confió el Amauta del Templo; entonces será también mi fin. Sanastis y Fernando me aborrecen. Ellos compartirán por derecho sucesorio la Regencia y decretarán mi aniquilamiento. Aunque invisible para todos no habrá lugar donde pueda esconderme. Sental los conoce de memoria y ella, como tú, es débil; no resiste la tortura. Revelaría mis posiciones y tarde y temprano caería en las trampas de mis enemigos.

—Pero Esquelli —le rogué—, tú puedes destruir los papeles, tus libros, los tesoros prohibidos del pasado. Sin esa evidencia el Consejo rehusaría los cargos que en tu contra presente la Regencia. Eres personaje influyente.

—Jamás arrasaría con 600 años de civilización por un estúpido altruismo irreflexivo. Tengo una misión, un propósito. Tú no comprenderías. No te suplico que me entiendas. Te exijo, sí, que me escuches.

Lo escuché. Escuché a aquel monstruo egoísta, a ese alucinado que ya no consideraba mi amigo.

—Con la ayuda de Babil —continuó parsimoniosamente—, he comenzado el traslado de mis pertenencias a un lugar ignoto, inaccesible, más allá de los pantanos de Achalay Grande. Allí no podrán hallarlos y para ese entonces tampoco me verán aunque yo esté frente a ellos, a sus carros o a sus perros. Babil es inocuo. Su programación elemental es mi seguro de vida. Lo mantendré conmigo en el escondrijo hasta que el tiempo de la persecución haya prescrito.

—¿Pero por qué a ella? —le supliqué con ira y agre-

gué casi furioso—: Después de todo sigues siendo visible para mí. ¿Es que también intentas matarme?

—No soy un asesino —contestó impasible, añadiendo—: No, Norberto, a ti no será necesario sacrificarte. Dentro de días tú tampoco podrás verme.

—¿Le has dicho a Sental lo que piensas hacer con ella? —mi voz sonaba ronca, mi garganta estaba reseca.

No me contestó enseguida. Me extendió una pastillero esmaltado con el soma tranquilizante y sin vacilar tragué ávidamente dos cápsulas.



—Si —contestó por fin—. *Ella lo sabe y está dispuesta a ofrendar su vida bajo una condición.*

—¿Cuál? —mi curiosidad resultó más fuerte que la anestesia que ya carcomía mi voluntad.

—Que le dé un hijo.

—¿Que le des qué? —repliqué azorado.

—Un hijo.

—¡Pero por los Dioses del Templo de Rosario! Conoces mejor que yo la jurisprudencia y el castigo que pesa sobre el paria. Aunque asumamos por un instante que tus desatinos tengan éxito; ¿quién se haría cargo del pequeño? ¿Quién cuidaría de él? ¿Qué matrimonio santificado podría adoptarlo y hacerlo suyo para evitar la represalia?

—Tú —me respondió con insolencia autoritaria—. *Tú y Atira tienen derecho a la procreación irrestrictiva. Nadie sospechará de ustedes. Ambos serán sus legítimos padres.*

Me incorporé. Mis piernas eran de plomo. Las paredes parecían querer derrumbarse. Estaba obviamente intoxicado. —¿Por qué me diste exceso de droga? —alcancé a preguntarle. Esquelli se rió, me tomó de un brazo y con la ayuda de Babil me condujo a la salida.

Cuando hoy trato de evocar aquella velada pienso que en el pastillero había algo más que soma. Un hipnótico tal vez, como el mescal, que emplean los de Seguridad con los disconformes y traidores.

—¿Harás lo que te pido?
—me susurró al oído.

—Sí —enfaticé con el sí del juramento de lealtad a los dioses.

—Me haré cargo de tu hijo.

—O hija —profetizó con su habitual sonrisa de hiena.

De repente se echó a reír, quizás por lo absurdo de la situación, quizás por la expresión que debía tener mi rostro. Sus carcajadas eran inconfundibles, torrenciales, desbordantes. Sólo conservo como últimos recuerdos de esa noche las maneras simiescas e imperturbables del mudo Babil que me acompañó hasta el aerotransporte mendocino.

//

No volví a ver a Esquelli y dos meses más tarde fui enviado nuevamente a Marte por la Federación Agrícola para promover la siembra de soja y lino híbrido en las colonias. Fue allí que, casi un año después, me enteré consternado de la muerte del Regente y del extraño fallecimiento de Sental, hechos separados entre sí por días de diferencia y que, inexplicable o deliberadamente, las autoridades no asociaban con Esquelli. Mi amigo de antaño había desaparecido, y aunque las fuerzas de Seguridad lo buscaban por presunto magnicidio y alta trai-

ción, aún no lo habían localizado.

Los boletines de las emisoras terrestres repetían hasta el cansancio detalles panegíricos de la vida del extinto gobernante y, con el transcurrir de las horas, los informativos dieron nuevas versiones del caso. La Prana consideraba ya a Esquelli el asesino del patriota mendocino, aunque confesaba públicamente no poseer indicios ni pistas conducentes a su arresto. Pensé en la ironía de los acontecimientos, en la estupidez burocrática, en la mediocridad de los agentes de la Prana que no habían advertido que la verdadera víctima había sido la pobre Sental y no el viejo. Aunque existía también la posibilidad que Sanastis y Fernando, el novísimo binomio reinante, supiesen como yo que el patriarca había fallecido de muerte natural y que la devota amante de Esquelli había sido eliminada por éste.

Era impensable que conocieran el asunto del hijo, pero sí la inocencia de mi amigo en cuanto al supuesto magnicidio. Sin embargo, cargarle a éste el terrible crimen haciendo pasar el de su amante como un deceso aislado, sin relación alguna con Esquelli, favorecía sus planes de suprimir para siempre al odiado adversario.

III

Vivía como troglodita en mi gigantesco laboratorio subterráneo, trabajando incesantemente en compañía de siete androides y de Ponia, una enjuta asistente nacida en la base lunar argentina. La vida en Marte es dura, especialmente para botánicos, genetistas, ingenieros y agricultores. Con mis colaboradores logramos hacer milagros en las cruas y mutaciones de la soja, el lino y hasta el maíz. Durante las horas de ocio en mi lecho, compartía el ardor intermitente de Ponia, cuya fealdad de rostro se veía compensada por la perfección de las líneas corpóreas y una inteligencia peligrosamente desmesurada para su sexo.

Sin embargo, la selenita no conseguía hacer olvidar mi gran amor por Atira, a pesar de que por momentos me turbaba en tal grado que confundía mi pasión con cariño y sus ojos violáceos me arrastraban hacia su cautivante y caprichosa voluptuosidad.

El tiempo de la partida llegó. Para entonces había logrado dos cosas: librarme del hechizo de Ponia y olvidarme de Esquelli. El Exarca Lusán, a quien Esquelli tanto menospreciaba, me dio muestras de sincero reconocimiento por la labor llevada a cabo con los cul-



tivos y ofreció en mi honor un fastuoso agasajo. Ponia, después, en la intimidad, brindó conmigo. Tomamos vino italiano del 80, esa ambrosía terrestre, y confundidos en un abrazo, incursionamos en los jardines de un febril erotismo.

Aquel viernes de la *Hoja Plateada*, a la hora crepuscular, me despedí de la voluble selenita sin reproches. El Aguila Espacial estaba repleta de tecnócratas y turistas. Pedí a la azafata el *soma* y, sin aguardar el despegue del suelo marciano, caí en profundo sueño.

En el cosmopuerto de Buenos Aires me esperaba Atira, con su atuendo de seda escamada y el hermoso arreglo floral de las novias que realizaba sus cabellos dorados.

Para el mes de las lluvias solicité la autorización a los sacerdotes y me uní oficialmente en matrimonio con Atira. Me asignaron la vivienda esférica de los de mi casta y fuimos a convivir junto a los lagos púrpura de San Isidro, entre *matecas* y árboles de pan, inmersos en el aroma de pinos enanos; amapolas blancas y pastos más rojos que los que cubren las planicies subterráneas de Marte.

Una tarde particularmente silenciosa, cuando la lluvia rozaba incesantemente con los pliegues de su finísimo manto

los ventanales del jardín, escuché la vibración armoniosa del llamador de la puerta principal.

Atira dormía bajo los efectos del *soma*. Yo estaba diagramando un nuevo estudio relacionado con las posibilidades del cultivo del arroz en las regiones frías. Me levanté ensimismado, con la mente concentrada en un complejo de fibras, suelos y cifras. Abrí mecánicamente la puerta y me encontré frente a frente con Babil, que portaba en sus delgados brazos metálicos una suerte de caja plástica similar a las cápsulas de las *Incubadoras Estatales*. Sin articular palabra me dio telepáticamente la orden:

—Tómala: es tu hija, ahora.

La tomé y el robot se elevó rápidamente con el *levitador* perdiéndose tras las copas verdes, la lluvia y la bruma del río.

—¡Esquelli! —exclamé, evocando la antigua promesa.

Ansioso, levanté la vítrea envoltura. Una hermosísima niña de unos once meses me clavó un par de extraños ojos dorados y sonrió tiernamente.

Me sentí desconcertado aunque contento, muy contento. Sería una deliciosa sorpresa para Atira cuando despertara. Ella sabía de mi trato forzado con Esquelli y de todo lo

ocurrido. Me había dicho una y otra vez desde nuestra noche de bodas que el bebé de Sental llegaría.

Bueno, allí estaba la preciosa criatura dorada como el otoño terrestre. Súbitamente *sentí* que en la sala de opalina, sobre cuya mesa de ónix había depositado a *mi hija*, había alguien más. Pensé en Atira. Miré a mi alrededor pero no vi a nadie. Entonces recordé.

—¿Dónde estás, Esquelli?
—pregunté en voz alta, tenso, igual a un zorro acosado por los galgos.

No hubo respuesta. Escuché en cambio aquella risa llena de soberbia tan familiar y aho-

ra detestable, que parecía venir de ninguna parte.

—¡Lo lograste, maldito!
—grité con furia descontrolada. Luego miré a la niña que me observaba y reía, dorada, radiante de diáfana hermosura como la inmolada Sental.

Emocionado la tomé en mis brazos y también eché a reír histéricamente. La estrujé contra mi pecho hasta que lenta, imperceptiblemente aquella loca risa mía se hizo llanto y mis lágrimas se derramaron como el agua bautismal de los monoteístas y bárbaros antepasados sobre el pequeño capullo de oro que, a partir de aquel momento era, por la fuerza del destino, mi hija.

GATOS MOMIFICADOS

Los antiguos egipcios no sólo momificaban los cadáveres de sus reyes y de los individuos pertenecientes a las clases ricas sino que también lo hacían con sus gatos. El descubrimiento de este hecho tuvo su origen en el hallazgo de una cámara subterránea por un agricultor egipcio, llamado Jabí Abu Arlaj.

Este descubrió, mientras araba la tierra, una construcción en la cual se hallaban, en nichos especiales, una gran cantidad de bultos amarillentos de pequeño tamaño. Al desenvolver uno de aquellos extraños paquetes descubrió el cuerpo de un felino, perfectamente embalsamado y cubierto por un vendaje similar al de las momias.

El suceso atrajo la atención y el interés de un célebre egiptólogo inglés, sir Robert Tullet-Dull, quien desenterró cerca de 3.000 cadáveres de gatos y los remitió a Gran Bretaña para su estudio. Sin embargo, el descubrimiento resultó un verdadero fracaso, puesto que las investigaciones revelaron que el proceso de momificación de los felinos era demasiado reciente (unos cuatrocientos años) como para pertenecer a la época de los faraones.

Sir Tullet-Dull, bastante contrariado, se limitó a decir a la prensa que "todo parecía ser obra de algún taxidermista maniático".

TEMATICAS EN LA CIENCIA FICCION

LA HEROIC FANTASY

por EDUARDO J. LYNCH y MILTON NERI

UMBRAL TIEMPO FUTURO inicia una sección dedicada a explicar las subespecies de la ciencia ficción. Esto no se había hecho aún, y será de gran interés para el aficionado y el estudioso. En esta sección se hallarán, por lo tanto, con las distintas dimensiones de la ciencia ficción, como la "heroic fantasy", la "hard science fiction", la "space opera", la ciencia ficción "clataclísmica" y otras, términos que en muchos casos no pueden traducirse literalmente, pero en cuyos artículos el lector accederá a su significación.

Los héroes previos

Robert Erwin Howard, el creador de Conan, nació en Preaster, Texas, el 22 de enero de 1906. Su padre fue Isaac Howard, uno de los primeros médicos en ese territorio del sudoeste de los Estados Unidos. Relata Sprague de Camp (*Fantastic*, junio de 1971, en su artículo *Skald in the Post*), que su infancia estuvo signada por la enfermedad y la introversión. Era un muchacho diminuto y afecto a la lectura, con una personalidad esquizoide.

En la adolescencia, para combatir sus deficiencias vitales, ejerció tenazmente todo tipo de deportes, llegando a convertirse en un atleta.

En 1921, cuando Howard tiene quince años, escribe su primer relato, que es rechazado por los editores de la revista *Adventure Magazine*. Dos años después, sin embargo, consigue que *Weird Tales* (una de las principales publicaciones por aquel entonces) le publique su cuento *Spear and Fang*, por el cual recibe la suma de 16 dólares. Desde ese instante, continúa escribiendo para *Weird Tales* (dirigida por Farnsworth Wright), en cuyas páginas lanza algunos relatos más: *The Lost Race*, *The Hyena* y *Wolfhead*, entre otros.

En 1928, Howard delinea la figura de Salomon Kane, un personaje que difiere, en cuanto a sus características, de los

que creará con posterioridad. Atildado en su manera de vestir, rígido en lo que respecta a su moral, y poseído por un afán desmedido por la aventura y lo maravilloso, Salomon Kane será, de todas maneras, el boceto de ese personaje que le dará la fama: **Conan, the Cimmerian**. Salomon Kane surgirá en **Weird Tales** (agosto de 1928), en un cuento titulado **Red Shadows**, y preparará el terreno a la serie de relatos de espada y brujería (**sword & sorcery**) que serán, desde entonces, la obsesión de Robert Howard.

En los años treinta, con posterioridad a la creación de **Red Shadows**, comienza a vivir de sus relatos, vendiendo material a **Weird Tales**, **Argosy-All Story Weekly** y **Fight Stories**. Pero **Weird Tales** es la publicación principal, en la que vuelca su creación que por esa época se repartía entre la poesía y el cuento.

Dice Sprague de Camp, a quien seguimos en este artículo, que su prosa presenta influencias de Jack London (uno de los autores predilectos de Howard), Robert W. Chambers, Talbot Mundy, Harold Lamb, Sax Rohmer, Edgar Rice Burroughs y, particularmente, de Howard P. Lovecraft. Expresa también que obraron en él tres influencias fundamentales: el

romanticismo primitivo de Jack London, la magia de Edgar Rice Burroughs, y, finalmente, la fascinación que ejercían sobre su personalidad la historia de las eras primitivas y los mitos célticos. A todo esto es imprescindible agregar que Howard era un profundo conocedor de la historia de los mundos desaparecidos (tales como la Atlántida) y que dominaba todo lo referente a la hechicería de los pueblos presocráticos, o primitivos. Este cúmulo de datos e inquietudes iban formando al futuro gran escritor, que como todos los adeptos al círculo de Lovecraft fueron negados en vida.

King Kull, otro de sus grandes protagonistas y también precursor de Conan, fue creado en 1929.

En los años 1929-1932 escribió una serie de cuentos relacionados con los **Mitos de Cthulhu**. También se dedicó a producir novelas de aventuras, detectivescas, y obras de corte histórico, aunque sin mayor éxito.

Howard ya estaba preparado para su creación original que fue, indudablemente, la serie de relatos que llevan el título de **Conan, the Cimmerian**, publicado en 1932.

Este Conan, que es un personaje bárbaro y heroico al mismo tiempo, es una variante

de King Kull y una idealización en cuyo centro se encuentra al insaciable Howard con su atletismo y su amor por testimoniar ese pasado de oscuridad y barbarie que tanto había arraigado en su imaginación.

Junto con el personaje, creó un mundo fantástico, con sus leyes y su lenguaje, con sus monstruos y sus doncellas. Al igual que Tolkien en **El Señor de los Anillos**, y Charles De-fontenay en **Los Libros Starianos**, este mundo regido por la espada y la brujería contenía un detalle completo de lugares, regiones inhóspitas que podían desmenuzarse en un mapa, y situaciones hábilmente hilvanadas para que estas extrañas tierras resultaran reales.

La edad hiboria

Howard imagina a Conan en una era hipotética de la historia del mundo que él denomina **Edad Hiboria**, la cual habría transcurrido hace 12.000 años. Le dedica un ensayo que se publica parcialmente en **The Phantagraph**, en 1930. Sus amigos, con el título de **La Edad Hiboria**, lo publicarán completo en 1938, dos años después de su suicidio. Hace **historia-ficción** sin pretenderlo y nos explica que los sucesos del mundo, en esa época,

están demarcados por cierto **Cataclismo** que el historiador deberá tener en cuenta para fijar las fechas: **edad precataclísmica** o antes del Cataclismo, y **edad después del Cataclismo**. El Cataclismo, a su vez, señala el hundimiento de la **Atlantis** y la **Lemuria** que desaparecen en el océano mientras se elevan las islas **Pictas** para formar "la cadena montañosa de un nuevo continente".

En carta a su admirador P. Schuyler, enviada desde Cross Plains, Texas, el 10 de marzo de 1936, Howard da una explicación del personaje que transcribimos:

"(Conan) Nació en el campo de batalla durante una refriega entre los de su tribu y una horda de invasores de Vanir (...). Conan descendía de distintos pueblos, aunque era de pura raza cimeria (...). El abuelo de Conan había tomado parte, en su juventud, en numerosas incursiones contra los países hiborios, antes de la huida, y fue tal vez el relato que hizo a Conan de esas tierras más suaves lo que incitó a éste, ya desde niño, a conocerlas.

"En Vanaria ya era Conan un formidable antagonista, aunque sólo contaba 15 años. Medía algo más de 1,80 de estatura y pesaba 82 kilos, si

bien se hallaba lejos de haber completado su desarrollo.

"(...) Pasó algunos meses entre los miembros de una tribu de los **aesiros**, luchando con los vaniros y los hiperbóreos. Allí surgió en él un odio profundo contra estos últimos, odio que duró toda su vida y que posteriormente influyó en su actuación como rey de Aquilonia. Tras ser capturado por los hiperbóreos, Conan logró huir hacia el sur y llegó a Zamara a tiempo para hacer su presentación en letras impresas.

"Conan contaba unos 40 años cuando ciñó la corona de Aquilonia (...). Por aquel tiempo no tenía ningún heredero varón (...) y en cuanto a los hijos de sus concubinas, de los que poseía abundante número, no eran reconocidos como herederos al trono".

En carta del 23 de julio de 1935 a Clark Ashton Smith, después de expresar que Conan es el personaje más real que ha descripto jamás, agrega de qué manera lo concibió: "Cierta mecanismo de mi inconsciente reunió las características dominantes de diversos boxeadores, pistoleros, contrabandistas, tahúres y honrados obreros, que al combinarlo todo se produjo la amalgama que yo llamo Conan, el cimerio".

Subgénero de novela

Si Robert Howard fue el creador máximo de esta nueva clase de relatos, L. Sprague de Camp fue, en cambio, quien ideó la denominación de **heroic fantasy**. "Fantasía heroica" —expresa en la Introducción al volumen I de **Conan**, publicado por Bruguera, en Barcelona, en 1973— es el nombre que he aplicado a un **subgénero de novela** que otros llaman **narraciones de hechicería y espada**. Se trata de historias de acción y aventuras que se desarrollan en un mundo más o menos imaginario en el que la ciencia y la técnica modernas aún no han aparecido. Los sucesos pueden ocurrir (como en las demás historias de Conan) en nuestro planeta Tierra, tal como se cree que fue hace ya mucho tiempo o como será en un futuro remoto, o bien otro planeta e incluso en otra dimensión".

La fantasía heroica es una aleación del romance histórico y los temas sobrenaturales. O como él dirá: "Estos relatos combinan el colorido y la vivacidad de los romances históricos con la emoción y el atractivo de los cuentos de aparecidos y de temas sobrenaturales".

Este subgénero de novela ya había sido intentado por William Morris y Lord Dunsany en

Inglaterra. Este último había escrito **Don Rodríguez: Chronicles of Shadow Valley** (1922), cuya acción se desarrolla en una región desconocida de España que el autor describe como el Valle de la Sombra. Después de 1930 los relatos de fantasía heroica aparecen en las revistas **Weird Tales** y **Unknown**. Se inscriben ya en esta dimensión autores como Clark Ashton Smith, Fritz Leiber, Henry Kuttner y el mismo Sprague de Camp. Será, sin embargo, J. R. R. Tolkien, con **The Lord of the Rings** (1954-5) quien lleve todo esto a su jerarquía de gran escritura.

Robin Erwin Howard, o, sencillamente, Robert Howard, sólo vivió 30 años, entre 1906 y

1936. El mismo había manifestado muchas veces su deseo de suicidarse. Llevaba, indudablemente (se nos ocurre), un gran complejo de frustración que Adler hubiera estudiado lleno de asombro. Y así murió, descerrajándose un tiro el día en que su madre agonizaba o estaba próxima a morir. No pudo resistir la noticia de su enfermedad, y a pesar de su atletismo, a pesar de los héroes que había creado, puso fin a su vida como quien suprime un personaje que ya no sirve para emocionar a los lectores. Ahí está Conan, sin embargo. Débil o no como protagonista de la ficción literaria, él es suficiente para perpetuar la memoria de su creador.

LUCHA CONTRA EL CANCER

París. En el hospital Saint-Antoine una mujer de sesenta años, que padecía cáncer de sangre, luego de dos meses de intenso tratamiento está llevando una vida casi normal. Los síntomas de su afección han desaparecido por completo merced a un nuevo sistema de curación. La paciente, que hace ocho meses estaba prácticamente condenada a muerte, fue inyectada e injertada con células de su propia médula ósea, previamente congeladas durante un período de tres meses en nitrógeno líquido a una temperatura de 196°. Gracias a este revolucionario procedimiento, cuyo éxito se debe en gran parte a los avances logrados en el campo de la biología del frío, los enfermos de cáncer pueden asegurarse en la actualidad de que uno de sus propios órganos, si es varios meses más joven que ellos, y por consiguiente está menos afectado por el mal, puede ayudarlos a salvar su vida y a vencer una enfermedad que hasta hace pocos años considerábamos mortal.

INMORTALES DE LA LITERATURA

LA LEYENDA

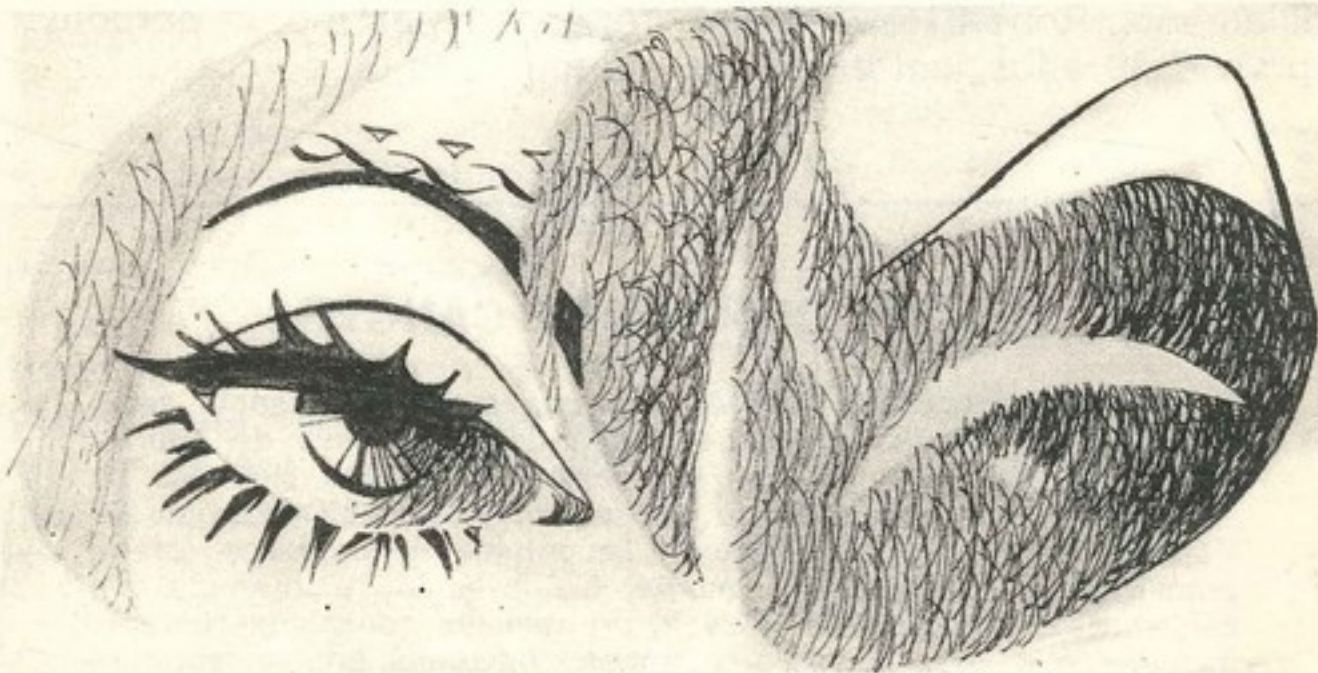
DE LA TEJEDORA

CELESTE

por LAFCADIO HEARN

Sones de los "gongei", sones de las canciones. Es el canto de los sepultureros que preparan las tumbas.

*Khuitchi, ying-ying
Tou-tchi houg-houg
To-tchi ting-ting
Sio liu ping-ping*



La extraña acotación al texto sagrado de Lao Tse —el *Libro de las Recompensas y las Penas*—, contiene una breve historia, tan antigua, que el nombre del que la escribió por primera vez ha sido olvidado

hace más de mil años. Esta leyenda es tan sugestiva que persiste todavía en la memoria de millones de personas, como perdura en nosotros la oración aprendida en la infancia.

El chino que la introdujo en el reino fascinante de la literatura no la ubica en ninguna de las provincias, ni aun en el relato de las leyendas más primitivas. Se concreta a decirnos que el héroe de la historia se llamaba Gracia Oriental, y vivía en la época de la Gran Dinastía del Vallado Vivo, veinte siglos atrás.

Gracia Oriental era un niño cuando su madre murió. Pero a pesar de su absoluta pobreza, el padre se impuso los más grandes sacrificios para hacer instruir a su hijo. No ahorró una sola de las monedas de cobre que recibía por sus trabajos. Acababa de cumplir 19 años Gracia Oriental cuando el padre falleció, dejándolo sólo, sin parientes ni recursos.

Gracia Oriental quedó desconsolado. Lo que más le afligía era que su miseria no le permitía honrar la memoria de un padre excelente, celebrando los ritos funerales de costumbre y erigiéndole una tumba esculpida en algún sitio adecuado.

En todas las tierras del mundo los pobres son los únicos amigos de los pobres. Pero entre todos los conocidos de Gracia Oriental ninguno podía ni siquiera ayudarlo a pagar los gastos del entierro. No le quedaba más que un recurso para procurarse el dinero que le era menester: venderse co-

mo esclavo a algún terrateniente. Esto fue lo que decidió en definitiva.

Sus amigos, para que postergara esta decisión, le hicieron halagüeñas promesas de que lo ayudarían en breve. Gracia Oriental les contestó sencillamente que estaba dispuesto a vender cien veces su libertad antes que renunciar a las honras fúnebres debidas a la memoria de su padre.

Confiado en su juventud y en su fuerza decidió, además, para poder erigir un monumento ejemplar, venderse a un precio tan elevado que nunca pudiera rescatarse de la esclavitud.

Entonces Gracia Oriental se dirigió a la gran plaza pública, donde los esclavos y los deudores insolventes se exhibían en venta. Se sentó en un banco de piedra y suspendió de su cuello un cartel en el cual había escrito sus aptitudes, las condiciones de su esclavitud y el precio de venta.

Todos los que fueron a leer el cartel de Gracia Oriental se alejaron sonriendo ante las pretensiones de éste. Otros le prodigaron elogios irónicos, algunos se burlaron de su falta de egoísmo y de su piedad pueril.

Transcurrieron largas horas de monotonía. Comenzaba a temer que no hallaría comprador, cuando se acercó un alto



dignatario de la provincia que venía a caballo.

Era un hombre elegante, amo de mil esclavos y de vastas tierras. Se detuvo frente a Gracia Oriental para leer el cartel. Después examinó al joven. Se limitó a anotar el precio de venta y a ordenar a su nuevo esclavo que el acta del negocio fuera redactada correctamente, en concordancia con las prescripciones legales.

Gracia Oriental pudo cumplir con su deseo. Buscó un hábil artista y le hizo dibujar el plano de un monumento pequeño, pero hermoso. Luego encargó a un buen escultor que lo ejecutara.

Entretanto, dispuso que comenzaran los ritos funerarios.

El mismo colocó la moneda de plata en la boca del difunto. Hizo colgar las linternas blancas en la puerta de la estancia mortuoria y ordenó que recitaran las oraciones. Luego, en la hoguera ritual, quemaron los moldes de papel de todos los objetos que el difunto podía necesitar. Encargó a un nigromante que buscara para la sepultura un sitio en el cual no brillara ninguna estrella de mal augurio, un lugar de reposo que ni demonios ni dragones pudieran perturbar.

Elegido el sitio, comenzó la construcción de la hermosa tumba. Terminada ésta, Gracia Oriental desparramó el dinero simbólico a lo largo del camino, desde la estancia mortuoria hasta la tumba.

Luego, con plegarias y lamentaciones, la procesión fúnebre llevó hasta la tumba los despojos mortales del excelente padre de Gracia Oriental.

Satisfecha así su piedad filial, el joven entró como esclavo al servicio de su dueño. Este lo hizo acompañar hasta la choza que en adelante habitaría. Gracia Oriental colocó en un sitio adecuado las tablitas de madera en que están escritos los nombres de los antepasados y ante las cuales la piedad filial debe quemar todos los días el incienso de la plegaria, según lo exige el culto de la familia.

La primavera había perfumado tres veces con sus flores la tierra, y tres veces Gra-

cia Oriental había celebrado el día de la adoración universal de los antepasados, la fiesta de los muertos que llaman Barrer las Tumbas. Tres veces había barrido la tumba de su padre y renovado su quíntuple ofrenda de manjares y frutos. El duelo estaba terminado. No por esto dejaba de llorar a su padre. Los años pasaban con sus lunas sin traerle un día de dicha, una hora de reposo feliz. Pero nunca se quejaba de su esclavitud.

Día tras día practicaba religiosamente el rito del culto a los antepasados.

Un día cayó enfermo. No pudo levantarse. Era la fiebre de los rizales.

Sus compañeros de trabajo temieron que muriera.

Un mediodía tempestuoso, mientras el adolescente dormía con el sueño agitado del agotamiento, soñó que una mujer extraña y bella se inclinaba hacia él y le acariciaba la frente con sus dedos largos y demacrados. Un estremecimiento suave y profundo reanimó su ser. Sus venas acentuaron las pulsaciones como refrescadas con sangre nueva. Abrió los ojos, maravillado, y vio inclinada hacia él la forma encantadora que había soñado, y supo que una mano flexible había refrescado el ardor de su frente.

La llama de la fiebre se había apagado. Una fresca deliciosa renovaba ahora su ser, y el íntimo estremecimiento que lo había despertado de su sueño persistía en su sangre como una dicha inefable en los suyos. Eran bellísimos: brillaban como grandes diamantes negros.

Su serena mirada parecía atravesarlo como la luz atraviesa el cristal. Un temor indefinido se apoderó de Gracia Oriental, tanto, que no osó hablarle.

Acariciándolo siempre, ella sonrió y dijo:

—He venido para curarte y para ser tu esposa. Levántate y ven conmigo.

Su voz era clara. Ondulaba en acentos melódicos, pero en su mirada había una po-



tencia imperiosa que Gracia Oriental no podía resistir. Se levantó pues de su camilla y quedó pasmado al verse sano nuevamente. La mano fresca y fina de la dama misteriosa tomó la suya y lo hizo caminar. Gracia Oriental habría dado varios años de su vida por poderle hablar de su miseria, por confesarle la imposibilidad en que se hallaba de proveer el sostén de una mujer.

Sin embargo, los largos ojos sombríos de su compañera le impusieron silencio. Y como si su pensamiento más íntimo fuera visible para ella, le dijo con su voz clara:

—¡Te ayudaré!

Entonces, recobrando su aspecto harapiento, enrojeció de vergüenza. Mas en ese instante, Gracia Oriental observó que ella también estaba ves-

tida pobremente y caminaba con los pies desnudos como él.

Antes de que pudiera hablarla se hallaron ante las tablillas de los antepasados. Ella se arrodilló con él y se puso a orar en voz alta. Juró que se daba a él como esposa y tendió una copa de vino, llegada instantáneamente de quién sabe dónde. Juntos adoraron el cielo y la tierra, y así se desposaron.

Fue un matrimonio misterioso, pues ni ese día ni nunca Gracia Oriental osó preguntar a su esposa el nombre de su familia, el lugar de dónde venía, ni la razón oculta de su llegada. Y no supo cómo contestar las preguntas indiscretas que a propósito de ella le hicieron los demás esclavos.

Por su parte, ella jamás habló de sí. Se limitó a decirle que se llamaba la Tejedora.

En efecto, desde el alba hasta la noche, sentada ante la lanzadera, tejía la seda de un modo nuevo, desconocido en el país. En tanto tejía, la seda iba fluyendo como una lenta corriente de oro tornasolado, en cuyos cambiantes reflejos florecían fantásticos dibujos violetas, escarlatas y verdemar. Eran siluetas de caballeros arcaicos, carros de guerra tirados por dragones. En la barba de cada dragón fulgía la perla mística. En el casco de cada caballero brillaba el signo de su rango. Todos los días la Tejedora tejía un gran corte de seda bordada. Y el prodigio de su confección, la fama de su arte, se

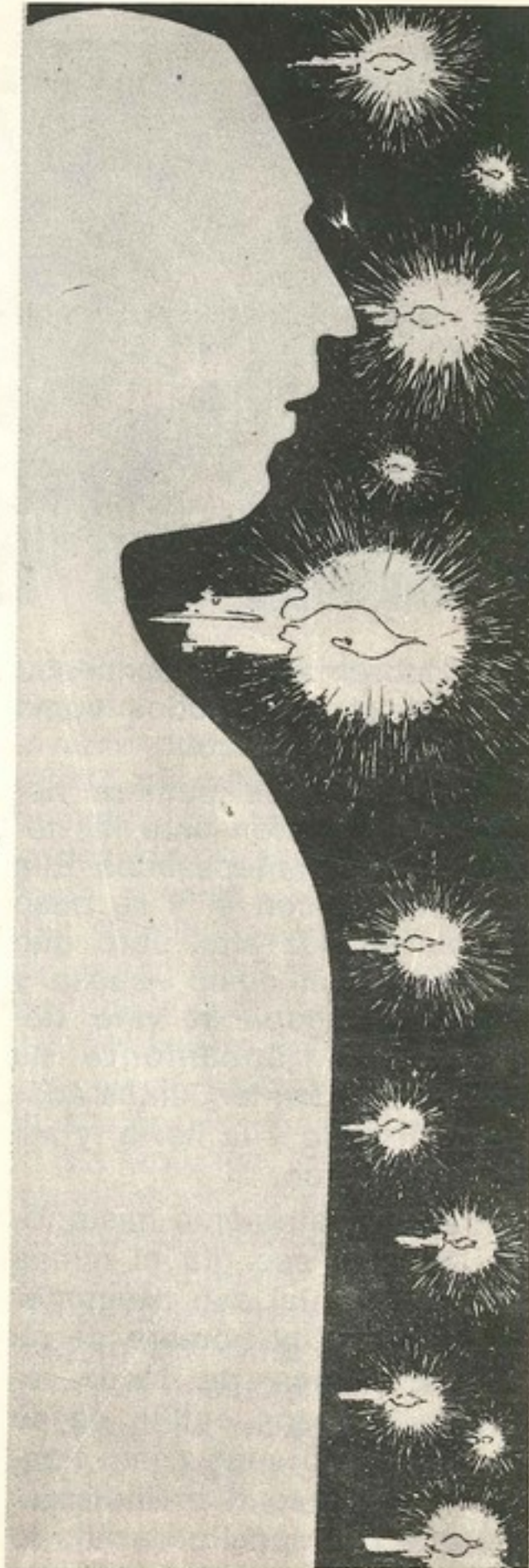
extendía más allá de la provincia. De todos lados llegaban viajeros deseosos de admirar su labor. Los mercaderes de seda de las grandes ciudades oyeron hablar de la Tejedora y mandaron mensajeros para pedirle que trabajara para ellos y les comunicara su secreto. La Tejedora trabajaba para ellos a trueque de los cubos llenos de plata que le enviaban. Pero cuando le suplicaron que les enseñara su arte, ella se echó a reír y dijo:

—En verdad, nunca podré hacerlo, pues ninguno de ustedes tiene dedos como los míos.

Efectivamente, nadie podía distinguir sus dedos cuando tejía, como no es posible percibir las alas de una abeja en el vértigo de su vuelo.

Las estaciones transcurrieron, y Gracia Oriental no supo más de necesidades. Su bella esposa había cumplido fielmente la promesa: "yo te ayudaré". Y los cubos de plata traídos por los mercaderes de seda llenaban cada vez más el gran cofre esculpido que la Tejedora había comprado para guardar los bienes domésticos.

Una mañana, después del desayuno, Gracia Oriental se encaminaba al campo, cuando de improviso la Tejedora le rogó que se quedara. Abriendo el gran cofre extrajo un docu-



mento escrito en los caracteres oficiales llamados Li Shu y se lo alargó. Gracia Oriental, apenas lo leyó, comenzó a dar saltos y a gritar de alegría. Era el certificado de su rescate. La Tejedora, con las ganancias de su maravillosa labor, había reivindicado secretamente la libertad de su esposo.

—Desde hoy —dijo ella— no trabajarás más que para ti. He comprado también esta casita, las plantaciones que se extienden hacia el sur y los boscajes de morera que las rodean. Todo eso es tuyo.

Entonces Gracia Oriental habría querido en su inmensa gratitud prosternarse a los pies de la Tejedora.

Ella se lo impidió.

Así Gracia Oriental reconquistó su libertad, y la prosperidad no se hizo esperar. Sembrara lo que sembrara, la tierra sagrada se lo devolvía centuplicado. Sus servidores lo amaban, y bendecían a la bella Tejedora, siempre silenciosa y dulce con los que la rodeaban.

Un día, el Gran Oficio tuvo que ser abandonado, pues su esposa dio a luz un niño tan bello que Gracia Oriental lloró de dicha al contemplarlo. Desde entonces la madre se dedicó por completo a su cuidado.

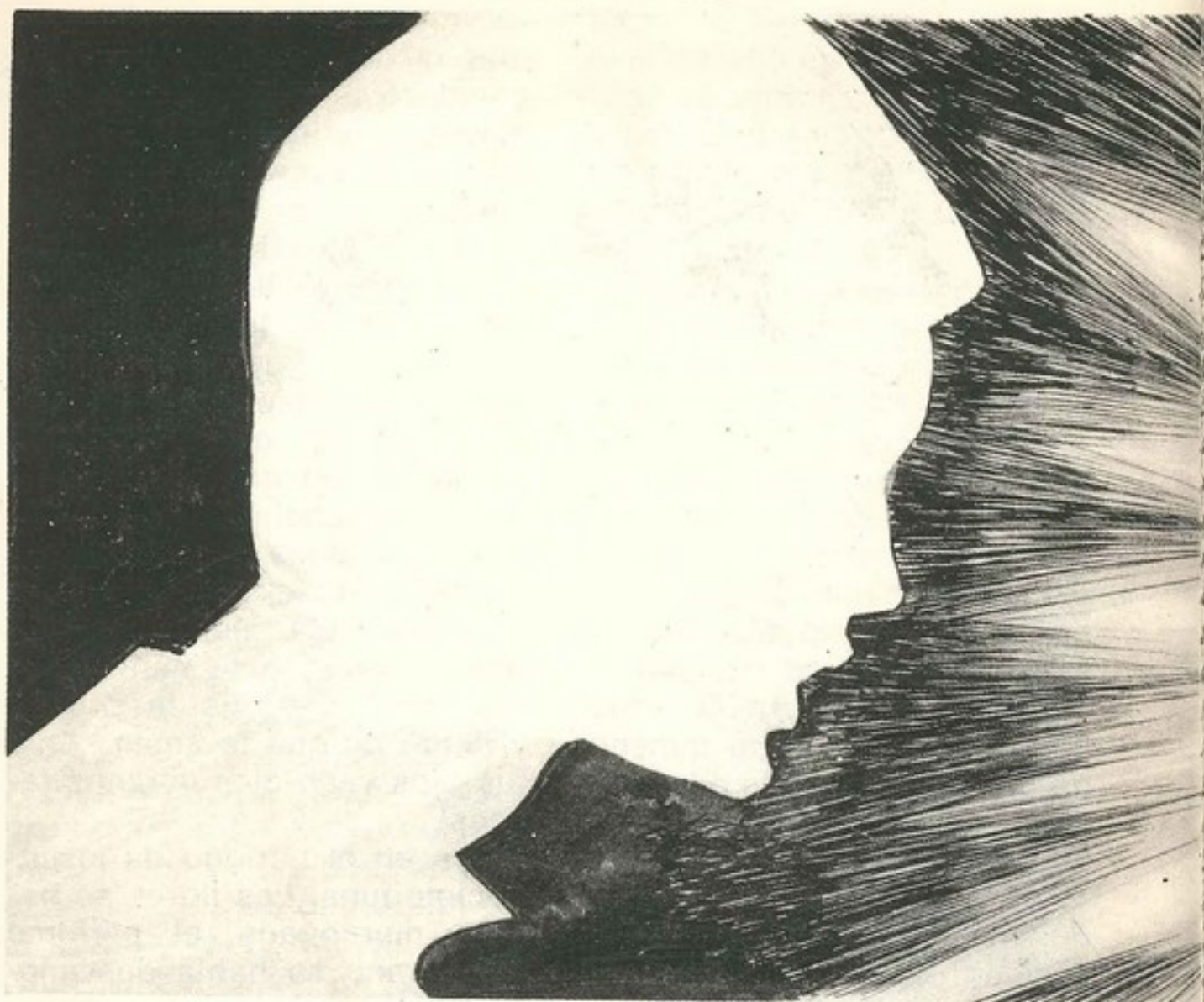
Pronto advirtieron que el niño no era menos prodigioso

que la madre. Al tercer mes comenzó a hablar. A los siete meses repetía de memoria las oraciones sagradas y los proverbios de los sabios. Antes de los dieciséis meses escribía diestramente con el pincel y copiaba con letras artísticas los preceptos de Lao Tse. Los sacerdotes vinieron a verlo para hablar con él y se maravillaron del encanto del niño y de la sapiencia de sus palabras. Después bendijeron a Gracia Oriental.

—Sin duda alguna tu hijo es un don que te han hecho los inmortales. Es la prueba viviente de que te aman. ¡Que tus ojos vean cien veranos felices!

Era en el período de la undécima luna. Las flores se habían marchitado, el perfume del verano se había desvanecido, los vientos refrescaban. En casa de Gracia Oriental encendieron el fuego de la noche. Largo tiempo la esposa y el esposo permanecieron así juntos a la dulce irradiación del hogar. El hablaba de sus esperanzas, de sus alegrías, de su hijo, que seguramente llegaría a ser un hombre célebre. La Tejedora callaba. Lo escuchaba, volviendo hacia él sus ojos maravillosos, y sonreía aprobando.

De improviso se levantó, tomó la mano de Gracia Oriental y lo llevó dulcemente, co-



mo en la mañana de sus extrañas bodas, hasta la cuna donde el niño dormido sonreía a sus sueños. En ese instante Gracia Oriental sintió el mismo temor que había tenido cuando los ojos de la Tejedora se clavaron en los suyos por primera vez: un temor análogo al que inspiran los dioses. Inconscientemente, como cediendo a la presión de manos invisibles, se inclinó arrodillándose ante ella como ante una divinidad. Cuando levantó los ojos hacia el rostro de la

Tejedora, volvió a cerrarlos en seguida con espanto. Ella se erguía ante él más grande que ninguna mujer, y a través de sus ropas toda su agigantada figura resplandecía como un sol. Sin embargo, su dulce voz resonó con la misma ternura de siempre, diciéndole:

—¡Mira, querido! Ha llegado el momento de irme, porque no soy humana, y los invisibles sólo pueden encarnarse por poco tiempo. Pero te dejo la prueba de nuestro amor: este dulce niño que te será siem-



pre fiel y tan dulce como tú. Has de saber que he sido enviada a ti en recompensa de tu piedad filial. Ahora debo irme. Yo soy la Tejedora Celeste.

En el mismo instante en que la diosa dejó de hablar, la irradiación de su cuerpo se extinguió.

Entonces Gracia Oriental comprendió que Ella se había ido para siempre, tan misteriosamente como se van los vientos del cielo. Que ella se había desvanecido irrevoca-

blemente como la llama de una lámpara agotada.

Sin embargo, todas las puertas, todas las ventanas estaban cerradas. El niño dormía sonriendo a las visiones de su sueño. Fuera, la oscuridad se disipaba. El cielo comenzaba a entredorarse. Hacia Oriente los dedos de oro del sol —aún oculto— tejían en lo alto, con vapores matinales y nubes opacas, formas extrañas, como los sueños de seda tejidos por la Tejedora Celeste.

Versión de Eduardo J. Lynch

LITERATURA DE CIENCIA FICCION

LAS ARENAS DE MARTE, de Arthur Clarke. Nebulae, Sudamericana, 204 páginas.

Arthur Clarke es uno de los autores más importantes de la ciencia ficción. Hombre de ciencia y narrador eximio, ha obtenido el premio Hugo y otros galardones que lo señalan a la consideración universal por su agudeza y capacidad de urdir historias. El fue quien atacó a los críticos que por inercia se volvían contra esta clase de relatos porque, según decía, todavía no se había hecho en ellos la revolución copernicana. Aún permanecían llenos de prejuicios.

En esta novela sobre el planeta Marte, que tanto ha fascinado a los escritores, incluido Holmberg entre nosotros, Clarke trata un asunto que en algún momento de la historia del cosmos será un imperativo ineludible. Poblar la superficie de Marte, modificar su estructura e instalar en ella una civilización avanzada. Los protagonistas de *Las arenas*

de Marte deben enfrentar toda clase de obstáculos, incluso monstruos esféricos que de alguna manera arrasan la superficie rojiza de este planeta misterioso. La lucha es denodada, lleva el sello de un gigantismo que sólo el autor inglés es capaz de llevar a cabo. Atrapa de una manera inusitada y va mucho más allá de la simple serie de aventuras como sucede, por ejemplo, en Heinlein, Kuttner y otros escritores que cuando tratan de los planetas lo hacen en función de impactar solamente, pero no con miras a eso que ya es ineludible en el caso: el cambio. Aquí está precisamente la importancia de esta obra. El cambio y la invención, que le dan un valor insustituible.

LA ESTRELLA IMPOSIBLE, de Brian Aldiss. Nebulae, Sudamericana, 227 páginas.

Durante mucho tiempo Brian Aldiss se negó a coleccionar los cuentos que había escrito a través de dos décadas de constante batalla contra los negadores de la cien-

cia ficción. Un día, otorgado ya el galardón adjudicado por el *The Observer*, decidió reunirlos. Entendía que se debía a los lectores y que debía deponer su proverbial reticencia. De esta manera surgió, en 1965, la antología de sus mejores relatos, que lleva el título de *La estrella imposible*, publicada primitivamente como *Las mejores historias de ciencia ficción*.

Del rigor que se impuso en esta brillante selección lanzada por Sudamericana da cuenta esta frase del mismo Aldiss: "En el futuro los escritores deberán sobresalir más y más por sí mismos, ofreciendo algo original, en vez de acogerse a la protección de la vieja bandera hecha jirones. Parecería que la ciencia ficción ha crecido bastante para alcanzar el punto logrado hace ya mucho por la ficción común". En otras palabras: la ciencia ficción debe estar por encima del relato vulgar, en el punto culminante en que la inteligencia sea el elemento principal del narrador y el lector.

De los cuentos que integran esta valiosa antología debemos destacar dos de ellos, entre los tantos otros que también merecen los halagos: *Psicopos* y *Espectáculo mudo*, en los cuales es posible hallar las características que combinan lo fantástico con la ciencia ficción. En suma, un libro

valioso para el lector argentino.

PARAISO II, de Robert Sheckley. Nebulae, 189 páginas.

Robert Sheckley se fue de Estados Unidos por no estar de acuerdo con su forma de vida. Halló en Europa otra clase de valores: más humanos, menos sofisticados. Pero sus obras siguieron siendo las mismas, con igual acidez, con ese dejo de ironía que siempre lo caracterizó. Cultor de la socioficción, trató de ubicar al hombre en su contorno preciso. En *Paraíso II*, lanzado por Sudamericana en su colección Nebulae, trata de reubicar al hombre, de observar sus reacciones. Son cuentos donde, además de esta preocupación social, se hallan el absurdo y lo insólito, la calidad que siempre lo distinguió entre los nuevos escritores de la ficción científica. Sus temas abarcan un espectro demasiado amplio, desde la espasa que recibe las radiaciones del Sol, en *La sanguijuela*, hasta el relato que le da título, en esta edición, a la obra, donde una máquina espacial que multiplica los seres humanos, multiplicación por duplicación, se convierte, al mismo tiempo, en instrumento triturador. Es una manera de aprovechar el "original", la víctima propiciatoria, para crear alimentos. No más

hambrientos en *Paraíso II*, pensará el protagonista. El planeta no tendrá ya de qué preocuparse. El hombre del mundo tiene solución. La tesis, indudablemente, es demasiado cruel. Pero en la medida en que el autor de ciencia ficción ironiza sobre el futuro, advierte a los hombres que deben prevenirse.

SIRAGUSA, mensajero de los extraterrestres. Edaf, 262 páginas.

Eugenio Siragusa, el fundador del Centro Studi Fratellanza Cosmica, que cuenta actualmente con más de veinte delegaciones esparcidas por todo el mundo, es el enigmático protagonista de una serie de interrogatorios (conducidos por Victorino del Pozo), que abarcan temas que podríamos definir como "insólitos". Desde las primeras páginas, las declaraciones de Siragusa se convierten en una suerte de juego entre la realidad y la irrealdad, sumergiéndonos en un mundo donde la Atlántida, la ovniología, la alquimia, el contacto directo con los seres extraterrestres, el estudio de los poderes paranormales y de las técnicas reencarnatorias, todo, parece resultar simple y accesible.

¿Existe vida en el planeta Marte? ¿Y en Venus? ¿Acaso

hay seres inteligentes en otros planetas del Universo? ¿Cuándo llegará el fin del mundo? Estos son algunos de los interrogantes que plantea el periodista a través de 262 páginas que, por lunáticas que resulten, no dejan de tener interés. Para todas las preguntas habrá una respuesta. Siragusa, que dice ser uno de los primeros hombres que están en contacto con los extraterrestres (a la par de aclarar que tuvo el privilegio, en encarnaciones anteriores, de conocer la Atlántida, a Hermes Trimegisto, a Giordano Bruno y a Cagliostro, entre otros), salva las situaciones con habilidad, dejándonos sumergidos en una suerte de confusión, de grata incompreensión. ¿A quién no le gustaría escuchar el relato de un hombre que dice haber viajado a la Luna? ¿Podría alguien resistirse a la idea de tener un diálogo con Adoniesis, Asthar Sheran, Woodok o Link, algunos de los extraterrestres que hablan a través de Siragusa? En síntesis: un libro para combatir el escepticismo, convertirse en un aficionado a la ciencia ficción o, simplemente, para pasar un buen rato imaginando mundos habitados y Señores Protectores que nos salvarán de nuestra irremediable destrucción.

LOS EXTRATERRESTRES EXISTEN

von Däniken
El mensaje de los dioses

von Däniken
La respuesta de los dioses
Evidencias y comprobaciones en 5 continentes

Erich von Däniken
Las apariciones

¿Quién puede negarlo ante la evidencia de "las pruebas" aportadas por VON DÄNIKEN?

ediciones EL CABALLITO SRL

REPORTAJES JUAN-JACOBO BAJARLIA

Juan-Jacobo Bajarlia

No es tarea fácil la de frecuentar un género casi "maldito" para la mayoría de la crítica. Más difícil aún es frecuentarlo con acierto y poder superar los escollos y el silencio. La clave, tal vez, la podemos encontrar en el epígrafe de uno de sus Robotpoemas: "El mundo se pobló de hormigas sabias que dictaron sus leyes. Una de éstas decía: 'No comer los huesos del hombre'".

Juan-Jacobo Bajarlia es uno de los principales cultores en nuestro país de un género considerado "menor" —no sin envidia— por el *establishment* literario: la Ciencia Ficción.

De ahí que en Bajarlia, escritor y periodista de profundas raíces, podamos encontrar al apasionado por la novela policial y la ciencia ficción como también al polemista agudo... y camorrero. Pero es difícil descubrir en este hombre menudo, impecablemente atildado, al creador de fantasmagorías y horrores, salvo que nos adentremos hasta el brillo casi fáunico de la mirada.

Lo encontramos para charlar sobre literatura, pero de inmediato el tema derivó hacia lo fantástico, y de allí —casi estábamos a un paso—, a la ciencia ficción.

UMBRALES TIEMPO FUTURO:
—¿Cómo se llega —cómo llegó Ud., escritor de formación clásica— al relato de ciencia ficción?

JUAN-JACOBO BAJARLIA:
—Mi vuelco a la ciencia ficción es de prever en todo no-

velista que se dedique a lo fantástico. En el relato de ciencia ficción actual el elemento fantástico es fundamental. Ya no se trata de describir un invento, como sucedía en la primera época, o de condicionar el invento a una supuesta necesidad, como se hizo luego, sino de crear una situación límite entre el pasado, ya perimido, y el futuro a través del cambio. A través de esta relación lo fantástico adquiere una dimensión ineludible. Prepara al hombre para su imposterable transfiguración. Recordemos lo que decía Teilhard de Chardin: "Dentro de la escala cósmica, toda la física moderna nos demuestra que sólo lo fantástico tiene posibilidades de convertirse en verdad". Este es el fundamento, por lo tanto, de la ciencia ficción.

UTF: —Ud. habla de fundamento, pero mi interés era más anecdótico. Le preguntaba cómo descubrió la ciencia ficción.

JJB: —La descubrí como cualquiera de nosotros, por la lectura de los clásicos y los

no tanto, pero siempre fui permeable a todo lo nuevo, lo que es futuro, así que de lector pasé pronto a escritor. Hay dos fechas que recuerdo, que pueden tomarse como los dos momentos en que se modifica mi escritura.

En 1963 dirigí en Radio Nacional y Radio Municipal una serie que llevó el título de *Los seres espaciales*. Llovían las cartas. Los trabajos integraron mucho después mi libro *Historias de monstruos y El día cero*. También antes, en 1955, escribí una obra teatral: *Los robots*, tragedia mecánica, que luego fue irradiada por Radio Nacional.

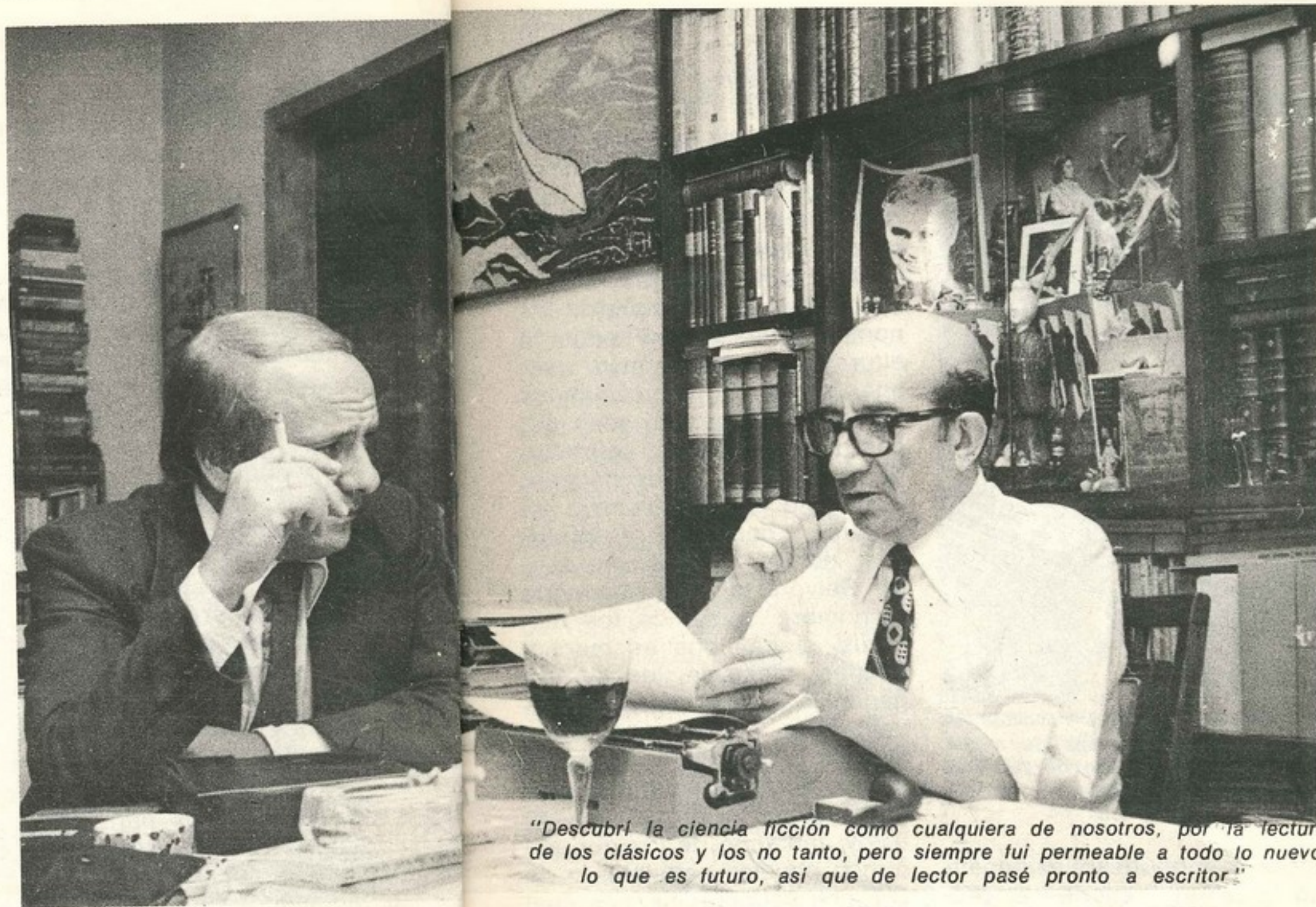
UTF: —¿Había en la época de su descubrimiento un C-F escrito por autores argentinos, digamos una tradición en el género?

JJB: —No podemos hablar de tradición, pero sí de una cronología que comienza en 1875, fecha en que Eduardo L. Holmberg, entre los argentinos, publica su *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac*.

Es una novela. Trataba de un viaje al planeta Marte por el espíritu de Nic-Nac. Holmberg describe el planeta, su gravedad, su estructura, las ciudades que lo pueblan. De alguna manera se anticipa a Arthur Clarke, cuya novela *Las arenas de Marte* trata de inducir la idea de la posibilidad de

una civilización a crear por el hombre.

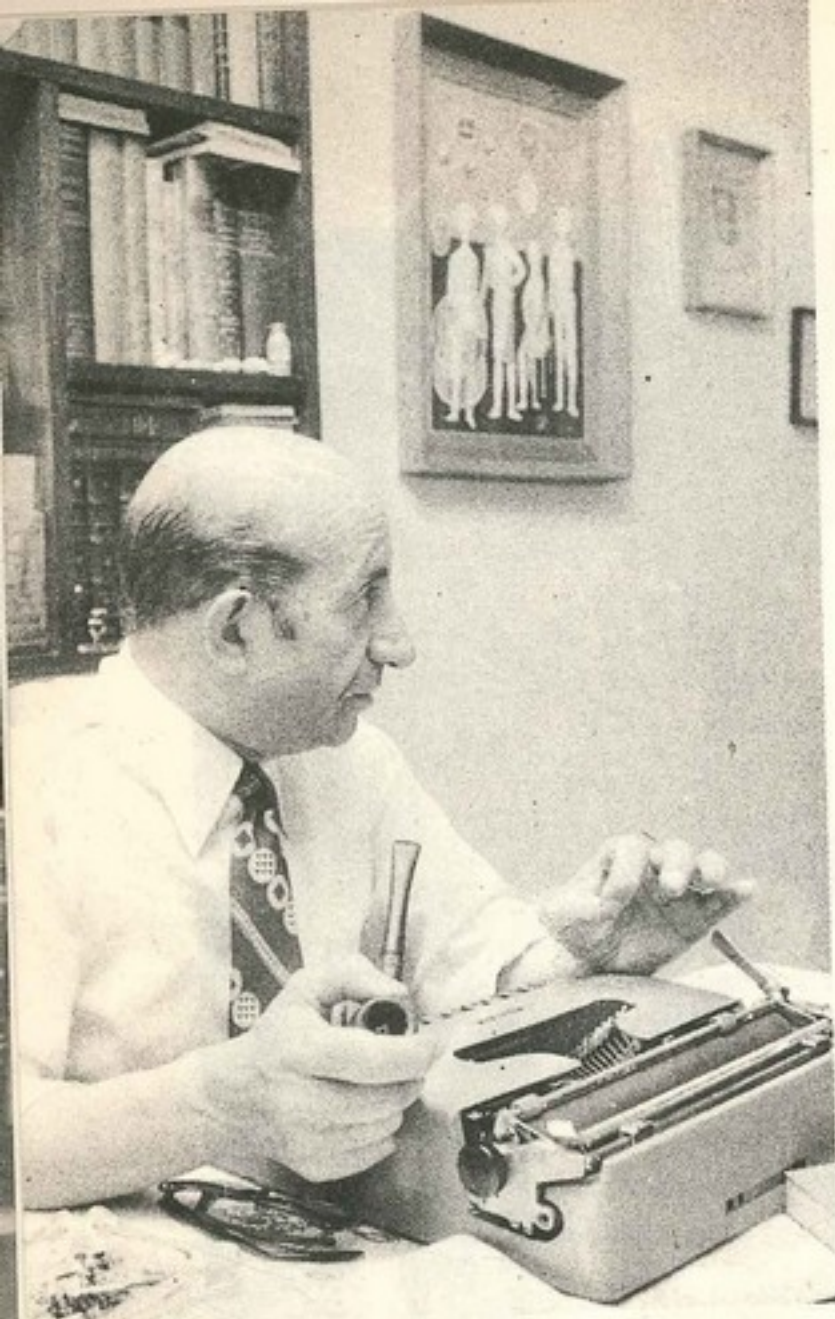
Podría mencionarse también a Alfonsina Storni, quien escribió un soneto a los supuestos habitantes de Marte. Pero en realidad, en los tiempos modernos, siempre entre nosotros, será Adolfo Bioy Casares el autor de una buena



"Descubrí la ciencia ficción como cualquiera de nosotros, por la lectura de los clásicos y los no tanto, pero siempre fui permeable a todo lo nuevo, lo que es futuro, así que de lector pasé pronto a escritor."

novela de ciencia ficción que lleva el título de *La invención de Morel*, basada en la reproducción perenne de la imagen de los humanos por medio de un mecanismo que succiona el ser para proyectarlo. La máquina funciona mediante las mareas. Esta novela, publicada en 1940, fue considerada

dentro del género fantástico. Entonces no se había divulgado en el país la ciencia ficción. Jorge Luis Borges, que prologó la obra, sólo pensó que se trataba de algo nuevo, pero no pudo definir su estructura. Indudablemente, creo yo, no estaba al tanto de la ciencia ficción. Esto va a su-



"Existen, inclusive, los que se ganan la vida escribiendo novelitas de ciencia ficción, de esas de a kilo, pero después reniegan de sus criaturas en cuanto reportaje les sale al cruce."

ceder tiempo después, cuando le piden y escribe el prólogo de las *Crónicas marcianas*.

El mismo Borges lo ha intentado con *Tlön, Uqbar Orbis Tertium*. De alguna manera, y a su modo, lo han hecho Marco Denevi, Manuel Mujica Lainez y otros.

UTF: —En la actualidad, y en nuestro país, ¿puede ha-

blarse de la existencia de una literatura de C-F; o, por lo menos, de autores "convictos y confesos" de C-F?

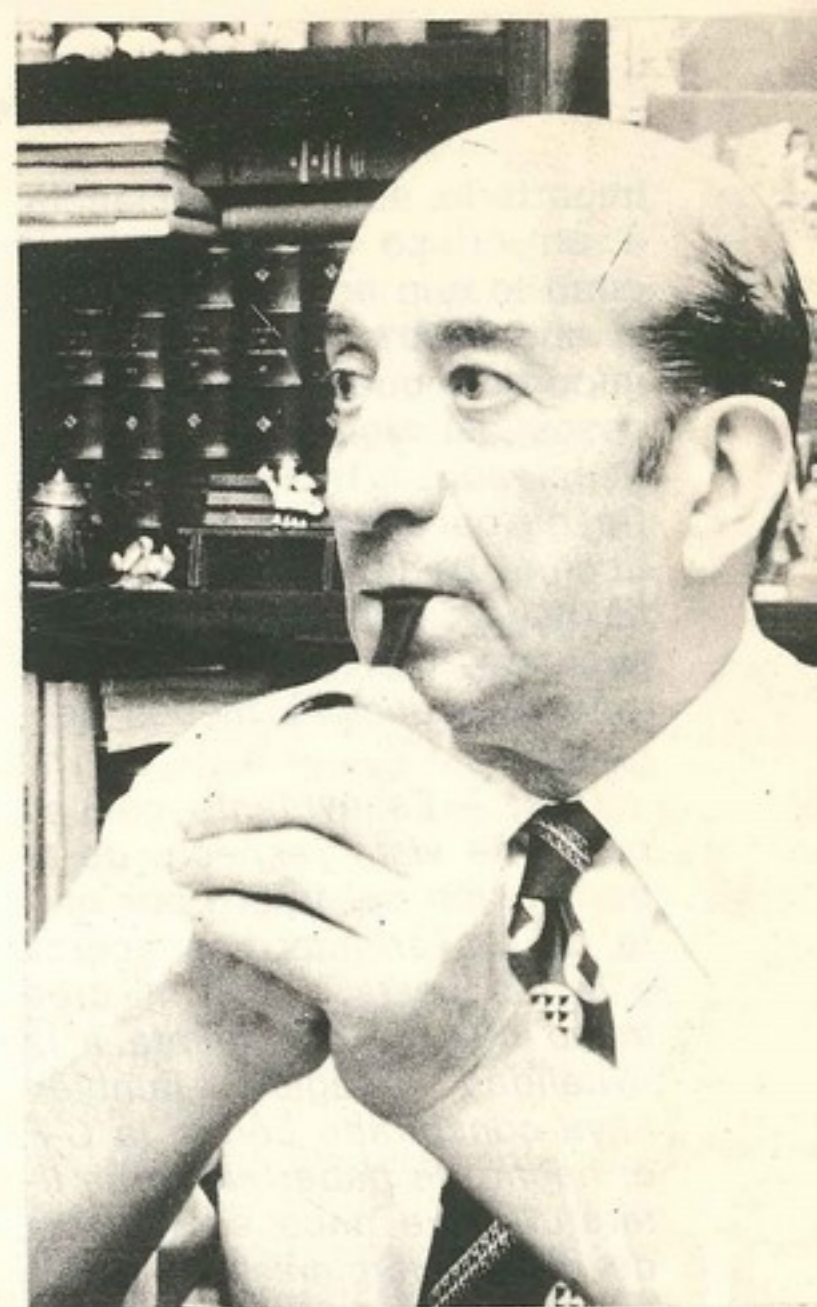
JJB: —Puede hablarse de jóvenes que hacen C-F. Norma Viti, Elvio Gandolfo o Hermes Gosso son ejemplo de esta sangre nueva, que están haciendo sus primeras cosas. Hay otros que no recuerdo los nombres. Nuestra C-F está a la altura de cualquier otra, aunque los escritores argentinos dedicados al género sean pocos. Pero existimos, sobre todo al lado de países de gran desarrollo. Ahora, que haya escritores "convictos y confesos" de C-F, eso es otro cantar. Salvo esta gente joven que le nombré antes, de los mayores, si hay dos es mucho. Existen, inclusive, los que se ganan la vida escribiendo novelitas de C-F, de esas de a kilo, pero después reniegan de sus criaturas en cuanto reportaje les sale al cruce. Ojo, no estoy hablando de los que escriben novelas policiales o de C-F con seudónimos, sea cual fuere la razón de su uso. Me refiero a los que dicen por ahí que la C-F es "escapismo puro" o es literatura "reaccionaria", pero que llenan carillas tras carillas, sin cuidarse mucho en lo que escriben. Esos son los peores, pues en lugar de estar en el banquillo de los "convictos y confesos" que

escriben una buena literatura de C-F, cuidando la forma, con contenidos realmente buenos, se enarbolan en fiscales y acusadores.

UTF: —Podríamos decir que la C-F no goza de las palmas académicas, pero una aseveración de ese calibre nos lleva a la pregunta: ¿Por qué no se acepta la C-F, cuál es la causa de que se la menosprecie como género literario?

JJB: —Recién hablábamos de los "convictos y confesos", pero eso no es más que un efecto. La causa yo la buscaría en la predisposición que manifiestan los hombres que hacen la cultura, con respecto a un tema simple pero arduo de resolver: el futuro. Y aquí me permito una digresión: en todos los medios periodísticos cuyos críticos literarios son jóvenes, las obras de ciencia ficción son comentadas y criticadas en un plano de igualdad con respecto al resto de la literatura. Lo fundamental es en esos medios el hecho literario en sí. Si es buena, regular o mala la obra en cuestión. En los diarios y revistas que tienen críticos más "maduros" podríamos decir, la ciencia ficción no existe; la literatura llega hasta lo *fantástico*, de ahí en más no interesa.

Y Bajarla continúa no sin cierta ironía:



"Mezclo lo fantástico, la ciencia ficción, la erudición y lo histórico y trato de obtener una estructura distinta en cuyo centro la preocupación es el hombre."

—Este fenómeno que le refiero puede tenerse en cuenta para extraer algunas conclusiones. En principio, yo diría que el hombre grande, "maduro" —y conste que yo tengo la edad de algunos de ellos, pero la mente abierta a todo lo que sea nuevo—, el hombre maduro, decía, es un ser más cercano a la muerte que al descubrimiento. ¿Qué puede

importarle, en última instancia, a un crítico de 50 años de edad lo que llegue a pasar en el año 2000? Y mucho menos importarle que los posibles sucesos del siglo XXI ya estén anticipados a través de un sinfín de narraciones de ciencia ficción. La literatura que puede llegar a gustarle tiene que ser, por fuerza, más calma, más introspectiva, menos riesgosa.

UTF: —Es evidente que su punto de vista respecto de la percepción del futuro por parte de los críticos nos acerca a la respuesta, ¿pero no cree usted que, paralelamente a la "vitalidad" apagada, también haya conspirado contra la C-F el hecho de haber sido una literatura que nace en revistas de circulación masiva? Sobre todo, ¿no cree Ud. que el género ha sido bastante bastardeado desde su nacimiento?

JJB: —Es cierto el bastarismo de muchas obras de C-F, pero no lo es más que el resto de la literatura. También las novelas de amor, o las llamadas góticas, saben de la escritura por encargo, a tantos pesos el kilo, multiplicada como los panes. En la C-F también existen esos *escribidores*, como yo los llamo, que suplantán el caballo de las novelas del Oeste por una cosmonave y el Colt por una pistola de rayos laser, sin modificar

ni las comas. Pero no creo que los críticos literarios hayan tenido muy en cuenta toda esa literatura de "pulp". No, porque de lo contrario les hubiese ocurrido lo mismo que a nosotros, que devoramos toda esa literatura, donde convivían los monstruos verdes y de ojos saltones, los cowboys espaciales y los grandes escritores, pero que supimos separar lo bueno de lo malo. No, a esa gente no le interesa el futuro; para ellos todo lo nuevo es malo, o no existe.

UTF: —Antes usted habló de fundamentos y ahora de futuro. Sería preciso, creo, arriesgar una definición, o por lo menos una aproximación a lo que es ciencia ficción.

JJB: —En esto hay que ser cauto y tratar de ver el contexto donde nace la C-F. Vivimos en un siglo donde el hombre, por una parte, encuentra que los temas están agotados o poco menos, y por la otra, presencia una vorágine de acontecimientos científicos sin precedentes en la historia de la Humanidad. Ante la revelación de los secretos de la materia, gran parte del mundo que le servía está envejeciendo. Y ahora como en todas las épocas —y memoro lo que puede haber sido el Renacimiento—, el hombre se aboca en la búsqueda de la verdad, del conocimiento. Así como la

revolución industrial trajo, entre otras novedades, el posterior florecimiento del naturalismo como escuela literaria, la ciencia o el cientificismo de nuestro siglo debe por fuerza determinar un cambio de mentalidad, e inscripta en ese cambio, una nueva literatura. De ahí que la ciencia ficción sea uno de los hallazgos más extraordinarios del escritor en el mundo contemporáneo. Cuando ya se estaban agotando todas las formas tradicionales del relato, la C-F inyecta a la creación con algo nuevo. Ahora bien, fuera de esta descripción del nacimiento de este género, intentar definirlo, bueno... ya hay tantas definiciones... Podríamos, desde otro punto de vista, decir cuáles son las notas principales de la ciencia ficción.

En mi libro de cuentos *Fórmula al antimundo*, afirmé la existencia de tres categorías: las máquinas del tiempo, la pluralidad de los mundos y el tema de la destrucción. La enumeración no es taxativa. Caben otras categorías: la referida, por ejemplo, a la *mutación*, tema éste que sostiene, de modo imbatible, Norman Spinrad en el *Sueño de hierro*, novela aún no traducida entre nosotros y fundamental en esta significación.

UTF: —Ya que hablamos de definir la ciencia ficción, sería

conveniente, desde otro punto de vista, en este caso el individual, que usted nos delimitara cuál es su enfoque de la ciencia ficción.

JJB: —Por empezar, no sigo el trámite corriente. Mezclo lo fantástico, la ciencia ficción, la erudición y lo histórico y trato de obtener una estructura distinta en cuyo centro la preocupación por el hombre, sin realizar *socio-ficción*, se instala como significación principal.

UTF: —Hay toda una corriente de autores norteamericanos para quienes también el hombre es el tema más importante del relato.

JJB: —Indudablemente. Esto sucede con Robert Silverberg, Robert Sheckley, Brian Aldiss y otros. Pero ninguno de ellos descuida la invención. Lo mismo sucede con Raphael A. Lafferty. Primero la invención (no el invento), la originalidad, y después, en el centro, el hombre. Yo sigo o trato de seguir estas instancias. Recuerdo que H. P. Lovecraft en *Supernatural Horror in Literature* declaró que el hombre es el centro y el terror el ambiente.

UTF: —Usted ha hablado de *socio-ficción*, y de estos escritores norteamericanos. Al respecto cabe una pregunta: Teniendo en cuenta que la gran

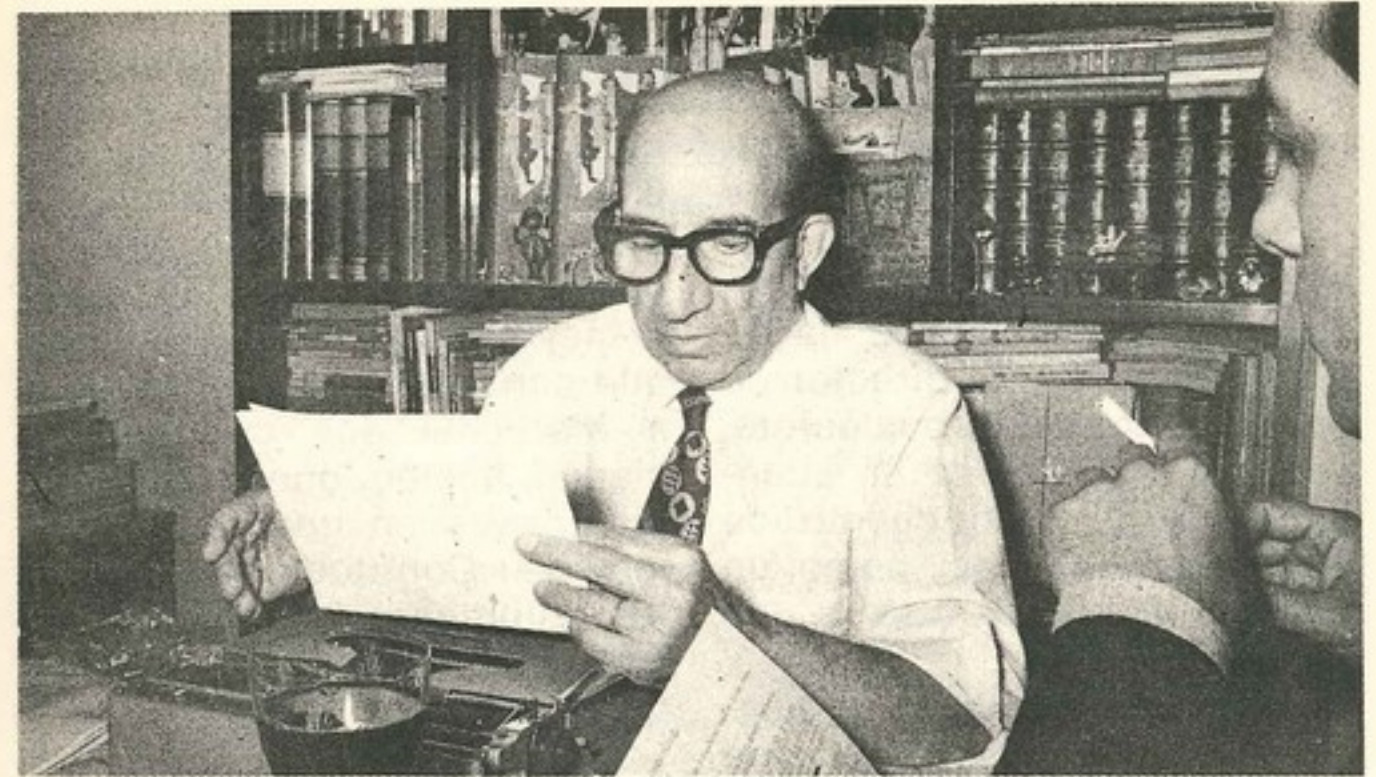
literatura en muchos casos ha sido política —y nos podemos referir a La Divina Comedia tanto como al Facundo cuando decimos política—, ¿puede hablarse en C-F de una preocupación ideológica en sus temas?

JJB: —Así como las grandes obras se distinguen por la grandeza de su realización expresiva, la ciencia ficción no puede estar desconectada de determinadas preocupaciones. Esta literatura que podríamos llamar de la ciencia aplicada, es en definitiva una literatura moral. Al no diferir del resto de la literatura, en su seno la C-F cobijará escritores de avanzada o reaccionarios sin que el género se desvirtúe por ello. Por otra parte, hay que tener en cuenta que junto a la socio-ficción conviven otras orientaciones dentro de esta literatura. Lo más novedoso, lo que en estos últimos cinco años —pienso que en C-F hay ciclos “revolucionarios” cada cinco años en las temáticas parciales— conviven con la socio-ficción son el estructuralismo y la teo-ficción. El estructuralismo, a través de una C-F casi especulativa, donde se mezclan la necesidad de modificar el lenguaje con la introducción de elementos superfantásticos. Anthony Boucher es uno de los exponentes de esta línea, Ro-

bert Sheckley podría ser otro. Esta búsqueda lingüística aparece en temas más tratados por los escritores tradicionales de C-F, pero con un concepto semántico diferente. El problema del éxito de esta línea —casi filosófica— está acondicionado por los lectores, y no es de extrañar un paso atrás en los escritores que la han intentado. En cuanto a la denominada teo-ficción, cuyo máximo exponente puede considerarse a Raphael Lafferty, es un intento de búsqueda por el lado del esoterismo, de lo místico, con creaciones de nuevas teogonías. Estas dos modalidades, que acompañan en cuanto a “moda” a la socio-ficción, no creo que duren, pues éste es un género que agota muy rápidamente las “novedades”.

UTF: —Bueno, Bajarlia, ahora lo vamos a sacar un poco del tema de la C-F. Usted escribe en esta publicación una serie titulada “Los asesinos de la historia”. Nos interesaría saber cómo pueden convivir el escritor policial, el criminólogo y el escritor de ciencia ficción, siendo, aparentemente, tan dispares ambas temáticas.

JJB: —No es extraño ni novedoso. En EE. UU., Frederic Brown escribe cuentos fantásticos, policiales y de ciencia ficción, con público considerable en las tres variantes. A



“En nuestro país no hay suficientes escritores de C-F, pues no hay suficiente desarrollo científico por una parte, y por la otra no hay publicaciones que se ocupen del desarrollo científico en sí ni de la ciencia ficción.”

mí me interesó, por razones de estudio, la criminología, rama del Derecho que más puede acercarse al hombre, a las profundidades del ser humano. De ahí a escribir cuentos y narraciones policiales y sobre crímenes, hubo poco trecho. En general, para la narrativa policial caben parecidas circunstancias que para la C-F. Es una literatura considerada, pero siempre y cuando venga del exterior. Parecería que solamente los ingleses y los norteamericanos pudiesen escribir bien estos relatos. A mí, como a tantos otros escritores policiales, las exigencias editoriales nos llevaron a publicar con seudónimos sajones y ambientando nuestros relatos

en pueblos y calles con nombres extraños. Donald Yeats uso de seudónimo. Le tuve que explicar que a mí no me avergonzaba reconocer estas historias policiales, pero que el editor me las exigía de esa forma. Lo que pasa es sencillo de explicar: la crítica no acepta el género escrito por argentinos.

UTF: —¿Puede ser ésta la razón por la que existen pocos escritores de novelas policiales?

JJB: —Claro, imagínese un muchacho joven que comienza a escribir. En las editoriales le pueden aceptar —si es que se lo aceptan— muy de vez en cuando un cuento po-
cierta vez me reprochaba el

licial o de ciencia ficción, más como una rareza que como una obra literaria. ¿Qué muchacho, entonces, se puede decidir por este tipo de género? Preferirá, sin duda, recorrer el camino de la narración tradicional. El director de una publicación cualquiera, por ahí, muy de vez en cuando recurrirá a un cuento de C-F o policial, casi como un suplemento dedicado a los "raros".

UTF: —*El problema radicaría, por lo visto, en la falta de estímulos.*

JJB: —Exactamente. En nuestro país no hay suficientes escritores de C-F, pues no hay suficiente desarrollo científico por una parte, y por la otra no hay publicaciones que se ocupen del desarrollo científico en sí. No es de extrañar, entonces, que la C-F esté más avanzada en países con gran desarrollo industrial y científico que en los países con escaso desarrollo.

Por otra parte, en nuestro país, hasta hace poco tiempo, las publicaciones y editoriales dedicadas a la C-F eran escasas. Ahora se ve un mayor auge. Al no haber contacto de este género con el gran público, no puede pedirse que la C-F sea gustada. Y es un poco como el huevo y la gallina. No hay lectores porque no hay escritores; no hay escritores

porque no hay publicaciones que los alberguen y no hay publicaciones específicas de C-F porque no hay lectores. Inclusive, yo recuerdo que en cierta oportunidad le pedí —mejor dicho, lo asedié hasta que conseguí que escribiera— a Marechal dos cuentos de ciencia ficción, que terminaron publicados en una revista femenina. Con toda seguridad, los estudiosos de la obra de Marechal no tendrán idea de que existen.

Lo extraño de todo esto es que el fenómeno de rechazo y marginalidad es exclusivo de nuestro país. En el exterior, sobre todo en EE. UU. y en Europa, los escritores de C-F son como cualquier otro creador: bienvenidos si sus obras son buenas. Aquí tiene prioridad un cuento tradicional regularcito sobre una muy buena narración policial o de ciencia ficción.

Concluimos la charla. Atrás quedaba la acogedora casa de Bajarlia y vacía la copa de vino que había facilitado el entendimiento y apasionado las respuestas. Afuera se abría oscura Plaza Irlanda. Pensamos en fantasmas, gnomos y todo el aquelarre mitológico de la vieja Eire. No era para menos: en ese momento sonaban las campanadas de la medianoche.

CORREO LASER DE LECTORES

Señor Director:

He leído el volumen Nº 3 y me ha parecido mejor que los anteriores; un solo pero: ¿Qué tiene que ver la vida de Charles Manson y sus acólitos con la ciencia-ficción? Veo que anuncian "El asesino de la luz roja". Para este artículo es válido lo que le digo anteriormente. ¿Cuál es la relación de estos episodios policiales con la fantasía o la ciencia-ficción? Como buen lector de ambos géneros, preferiría que no los incluyeran en la revista. Por otra parte, los artículos, informaciones, cine, etc., están bastante "jugosos" y puedo decirles al respecto que jadeante! ¡No quedarse en el camino es la consigna del presente! ¡La numerosa "colonia" fantacientífica de la Argentina se merece lo mejor! ¡Adelante y mucha suerte!

Daniel Luján Heredia,
9 de Julio 43, Médanos,
Prov. de Buenos Aires.

N. D.: Agradecemos sus augurios y su interés. Con respecto a las notas sobre "Asesinos de la historia", debemos aclararle que además de estar brillantemente escritos por Juan-Jacobo Bajarlia, los hemos incluido porque muchas veces, la realidad supera la ficción. Y en estas notas, está la prueba. Hasta pronto.

Señor Director:

Llegó a mis manos, un poco por casualidad, el número 2 de vuestra revista (ahora estoy tratando de conseguir el número 1). En realidad, me trajo a la memoria la casi mítica Más Allá, que lamentablemente desapareció cuando yo aún no sabía leer (aunque pude obtener a precios astronómicos algunos ejemplares).

Con respecto a UTF, lo que más me impresionó es la idea de transformar

parte de ella en un fanzine, haciendo realidad el sueño de miles de amantes de la ciencia-ficción. En términos generales, la revista me pareció buena, tal vez si no fuese que a mi criterio, la calidad de los cuentos es muy despareja. Pero repito, eso, a mi criterio.

Y basado en ese criterio muy personal, quizás voy a hacerles alguna crítica, o mejor llamémosla observación. Creo que las historias (todas ellas) son antiguas (sin ser peyorativo). Hacen recordar a la ciencia-ficción de los años cincuenta (como ejemplo, observen la similitud en tema, estilo y tratamiento entre GOLPEEN ANTES DE LLEGAR y la prisión terminal de VAN-TEE en la obra de Jack Williamson y James E. Gunn, PUENTE ENTRE ESTRELLAS, circa 1958).

De todos modos los felicito, mezclen un poco más de "new thing" con la "old wave" y tendremos los aficionados a la revista que durante tanto tiempo anhelamos, ya que UTF viene a llenar un espacio que estuvo demasiado tiempo vacío. Bienvenidos y hasta la próxima.

Luis Enrique Mora,
C. I. 5365810.

N. D.: Esperamos ser cada vez más bienvenidos. Creemos que UTF ha cambiado, accediendo —en parte— a los pedidos de lectores, y en gran parte al plan editorial ya previsto. ¿Qué le parece ahora?

Señor Director:

No les escribo para alabar o criticar vuestra revista. Me encuentro sí, en condiciones de felicitarles, no solamente por el material y la presentación, ambas posibles de mejorar eso sí, sino por la idea, ya que si bien existieron similares, ésta es la primera en nuestro país.

Digo no nueva, porque encontramos sus predecesores en la famosa **Astounding - Magazine - Galaxie - Future**, todas ellas norteamericanas, que lanzaron a la fama a escritores como I. Asimov, R. Bradbury, J. Wyndham, entre los más conocidos.

Que UTr sea su igual argentina, pero con las mismas ganas que aquellas, con el mismo estímulo para escritores noveles.

Tengan siempre presente la gran diferencia que los separa de sus predecesores argentinos: **HOMBRES DEL FUTURO** (1947), **MAS ALLA** (1953-1957), **PISTAS DEL ESPACIO** (1957), **MINOTAURO** (1964) y **GEMINIS** (1965), casi todas reimpresiones de escritores extranjeros, con excepción de **MAS ALLA**, que amén de ser la que más duró (45 números), nos hizo conocer a escritores argentinos como Ignacio Cobarrubias, Abel Asquini, Pablo Capanna, Juan Fernández y Héctor Oesterhel.

Surge con ella además una generación de cuentistas y narradores como Juan-Jacobo Bajarlia, Alberto Varnasco, Marie Langer, Angélica Gorodischer, Emilio Rodríguez, Eduardo Stilma, Eduardo Goligorsky, etc.

Pero no quiero prolongarme con una crónica de revistas argentinas. Quiero eso sí reiterarles mis felicitaciones por la idea. Es única. Sigán adelante y traten por favor de no editar lo estrictamente imprescindible como para no desaparecer. No hagan lo que las otras, que por tratar de no desaparecer, no llegaron siquiera a despegar.

Como final, me gustaría dejarles una idea: hay una gran cantidad de escritores de literatura fantástica (algunos totalmente desconocidos por la mayoría), cuyas obras son prácticamente imposibles de conseguir, salvo en bibliotecas muy importantes, como Santiago Dabove, Pilar de Lusarreta, Arturo Cancela, José Bianco, H. A. Muerena, Carlos Monsalve y muchísimos otros. Por eso sería buenísimo si

dedicasen una sección para reeditar cuentos de todos esos famosos desconocidos.

Ahora sí. El fin de todo esto. Disculpen la chachara, pero voy a repetir algo ya dicho por ustedes, pero esta vez para vuestra revista. **GRACIAS POR ESTAR.**

Daniel Edgardo Aradas,
J. V. González 1434, Capital.

N. D.: Agradecemos todos los augurios y esperamos complacerlo de a poco con sus aportes. Lo único que queremos aclararle es que muchos de los autores que usted menciona, no son desconocidos por la mayoría. No obstante, los creemos sumamente importantes para volver a editarlos.

Señor Director:

Les escribo esta carta por los artículos publicados en UTF N° 3 sobre la familia Manson.

En un párrafo se lee que Sharon Tate, "tenía un seno seccionado y 16 puñaladas", y eso no es correcto, dado que, en realidad, tenía 18 puñaladas debajo del seno izquierdo.

El cadáver de Sharon no estaba "colgado de una viga", en realidad se encontraba tendido cerca de la cocina. Por otro lado, Voyteck Freykovsky presentaba 57 puñaladas; la mayoría eran tajos en los brazos y antebrazos. Además, Manson no adopta la palabra "Pigs" de los Panteras Negras, sino que debido a que él era un fanático de Los Beatles, consiguió el álbum doble de Los logos "Get Back", aquí conocido como el álbum blanco, donde una de las bandas es precisamente "Pigs", de G. Harrison. El disco fue editado en noviembre de 1968 y por supuesto Charly, por intermedio de los "Beach Boys" (quienes le grabaron un tema) lo consiguió antes que apareciera en el mercado americano.

También del mismo álbum extrajo el famosísimo "Desorden y desconcierto", que en inglés realmente significa tobogán (Helter Skelter), que en el 10050

de Cielo Drive, aparecía pintado en la puerta del refrigerador, pero con un error que lo dejaba como "Salud y desconcierto".

Además, Charles Watson dejó en la puerta que da al jardín, una huella digital con 16 puntos de identificación. Eso fue lo que realmente los condenó.

Con respecto a Leno y Rosemary La Bianca, lo que pasó fue... que hallaron a Rosemary tendida boca abajo junto a la cama en su dormitorio. En la cabeza, cubriéndola, tenía la funda de una almohada. Leno estaba en la sala con un tenedor de asado incrustado en la garganta y vistiendo sólo los pantalones de su pijama. Además, el "gran Chingon", otro de los nombres del "Diablo" (Charly), odiaba a los negros (y, por supuesto, también a los blancos), por esa razón y por esa sola razón, mandó a masacrar a la Sra. Tate y flia. La Bianca, porque ése era el "Helter Skelter" y la idea era culpar a los negros, que en esa época y lugar, también hacían de las de ellos. (Y si no, vea la película Tío Tom.)

Ah... otra cosa. Charly está fuera de acción..., pero quedan sus seguidores, y por qué no... algún otro Charles Manson, y no hay que olvidar que Charly pronosticó para el 79 el apogeo del "Helter Skelter". Quizás la historia no terminó...

También sobre la "Star Wars" hay algunos errores como que Zoke Skywalker intercepta un llamado que viene del espacio..., sino que su tío compra dos robots que en realidad no colaboran con Darth Vader como ustedes dicen, sino que luchan contra él.

Y en realidad sus nombres son See Threepio y Ar-too-de-too. Uno es unidad complementaria del otro. Skywalker se entera por Ar-too-de-too, quien tiene una imagen tridimensional (grabada por supu), de la cautiva princesa Leia, que va dirigida a un ex general rebelde, Obi-Wab Kenobi, quien le enseña al héroe de la película el secreto de la fuerza. Por último, ustedes po-

nen que "el hombre sobrevive para cimentar su inmortalidad"... No estén tan seguros; miren que Darth Vader se



salvó por un pelo, y seguro que Hollywood no se va a perder la segunda parte.

Chau. Gracias... Se me acaba la hoja... si no, seguía.

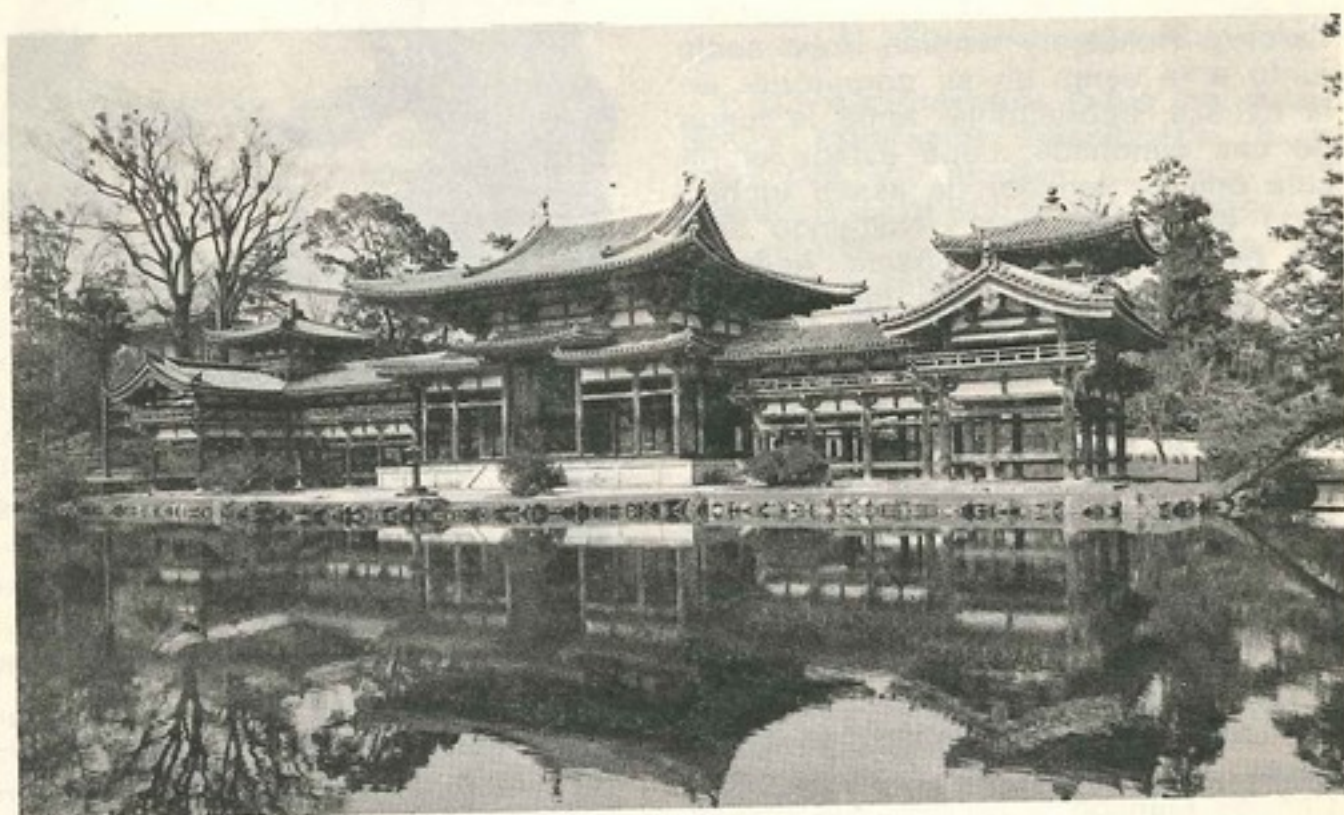
Jorge Darío Rivero.

N. D.: Queremos aclarar que suponemos que es real... Si no se le acababa la hoja, Jorge Darío Rivero seguía escribiendo. Bueno, vayamos a los hechos. Indudablemente, el lector está muy bien informado acerca de Charles Manson. Sin embargo, sus datos también están sujetos a variaciones. Juan-Jacobo Bajarlia, cuando se refiere al vocablo despectivo "Pigs", expresa que éste había sido prohijado por las Black Panthers, en su lucha contra los blancos. De aquí lo tomaron Los Beatles, los hippies y el clan Manson. En cuanto al número de puñaladas, Bajarlia ha seguido la mejor información en inglés sobre el monstruoso crimen. La prensa, en general, ya se sabe, suele exagerar lo que sucede. Igualmente el problema de las vigas es como lo dice Bajarlia y no como aparece por error en algunas informaciones.

De todos modos, señor lector, agradecemos su enciclopedismo y erudición en estos temas.

INMORTALES DE LA LITERATURA HISTORIA DE KIANG-SU

por J. BATHARLY-STYLLER



PRIMERA VERSION

Esta es la historia de Kiang Su el Poeta, hijo bastardo del emperador Hen y de Wu-Ten'n, la hechicera de la colina. Comienza en palacio, una noche de otoño, mientras los magos fracasan en su intento de incendiar las sombras en la Colina del Diablo.

El emperador, envuelto en su quimono de seda, hábilmente desabrochado por una mano de niebla, contempla la torturante imagen que danza en

la fuente de jade. En su aposento, ársutos dragones ornamentan los muros: balbuceantes como luciérnagas de oro aprisionan su mirada y lo distraen, por un instante, de la forma fantasmagórica inducida por la hechicera.

Inmóvil, las sábanas calientes percutiendo su cuerpo, siente repentinamente que su sangre, el torrente de lava que agitan los ojos de Wu-Ten'n, desborda sus fuerzas y lo sumerge en un sueño de bruma. No pudo impedirlo, sin embar-

go. Cayó en un abismo de hielo y fuego, donde el placer horadó sus carnes y las convirtió en una mezcla sin sentido de pecado y de luz. El súcubo de Wu-Ten'n había cumplido su designio.

De esta cópula demoníaca nació el que luego sería conocido como Kiang Su el Poeta, que vivió abandonado y errante al pie de la inabordable, imprevisible, Colina del Diablo.

Kiang Su se arrastró famélico, debilitado, entre monstruos que lo acechaban. Pero una noche, perdida ya la esperanza de sobrevivir, fue amamantado por dos seres enigmáticos, surgidos de una fantasmal planicie de nieve y desolación. Se llamaban Yuang y Feng Tse. Y fueron los que, junto a Hu, el Pájaro de la Danza, introdujeron el alimento en su boca y lamieron sus heridas. Yuang, el gato, y Feng Tse, la perra, le enseñaron las primeras palabras, mientras Hu, el faisán, diseñaba el arco iris y construía la flauta de colores para entretener al niño.

Las venas del Poeta se llenaron de fuerza y de una extraña maldición: dar muerte al emperador Hen y destruir para siempre a la hechicera Wu-Ten'n. Remontó entonces la Colina del Diablo, se hundió en la llanura, y otra noche no me-

nos infernal llamó a las puertas silenciosas del palacio.

Cuando fue introducido en las habitaciones de su padre, éste, aterrorizado, observó una imagen que se le parecía. "¿A qué has venido, viajero?". Y Kiang Su respondió: "He venido por mandato de los dioses a vengar tus pecados".

Hen se estremeció. Había algo en la voz del Poeta que le resultaba familiar, algo que parecía surgir de un oscuro recuerdo, como si aquella figura desgarrada y musculosa formara parte de su propio ser.

Kiang Su avanzó unos pasos, con la solemnidad de quien lleva los designios de la muerte, y extrajo un pequeño cuchillo de sus ropas. El emperador retrocedió. La lámina refulgió en inusitado relámpago, y la mirada del emperador se cubrió de finas, opacas estrías. Era la noche insomne que lo devoraba para siempre.

Victorioso, Kiang Su el Poeta invocó a sus Padres Adoptivos, y éstos le señalaron la Colina del Diablo, en cuyos infranqueables subterráneos moraba poderosa la hechicera. Kiang Su interpretó el consejo. El final está sugerido por el *Agutawani* (siglo IX antes de J.C.), según el cual, la Colina del Súcubo fue destruida por



Kiang Su, y junto con la mole,
la hechicera Wu-Ten'n, una
noche en que la luna estaba
cubierta de sangre.

Fue entonces cuando Kiang
Su el Poeta, amamantado por
un gato y una perra, pronun-
ció estos versos:

*Hundido en las aguas del lago
respirando el sueño de las al-
/gas*

*y de la muerte
entonaré con mi flauta la últi-
/ma enseñanza:*

*"prefiere un corazón muerto
a un corazón extraviado".*

SEGUNDA VERSION

Esta historia de Kiang Su tiene una variante que vamos a transcribir. Pero antes debemos aclarar que J. Batharly-Styller es el seudónimo de John J. Batharly y Hermes G. Styller. Este último, siguiendo a Murata Sakai (siglo XVI), y la "History of the Low" (1835), de Edna Tomkinson, recogió algunos rasgos líricos del personaje y concibió un relato autónomo en el que privan el sentimiento poético y la piedad. No se aparta de sus raíces esenciales. Las enriquece para que el lector trate de agotar el carácter del protagonista. Se completa así la historia de quien fue, según Batharly (reportaje en el "The New York World", del 5/1/1965), el hombre que introdujo la "crueldad poética en el hombre".

Esta es la historia de Kiang Su el Poeta, el hijo bastardo del emperador y de Wu-Ten'n, la hechicera de la colina. La historia que comienza en el palacio y la que se inicia en el bosque de cerezos, hace mucho tiempo, cuando las lenguas del invierno devoraban los últimos latidos verdes y sembraban sus fantasmas de brazos retorcidos. Es, también, la historia de sus padres adoptivos: Yuang, el gato, y Feng

Tse, la perra. Y la de Hu, el Pájaro de la Danza, el faisán que construyó la primera flauta y enseñó al niño las notas del arco iris.

Pero, poco importan los acontecimientos, porque ya han sido sugeridos y ahora pertenecen a la imaginación, al dolor o a la maravilla que encierra cada mente, dispuesta ahora a escuchar la historia. Diré, entonces que lo más importante del relato, lo que

merece nuestra atención, es casi ínfimo, porque ha dejado de pertenecer a su escenario y está atrapado en los rayos de la rueda. Hay un detalle, sin embargo, que suele pasar desapercibido. Un pequeño detalle, que los narradores de la desgracia ajena omiten, y que es la clave de todas las historias: el silencio. Nada se puede decir sobre Kiang Su el Poeta porque así lo ha querido él, a pesar de sí mismo y de sus padres adoptivos. Sólo algunas palabras permanecen dándole sustancia a nuestra historia. Palabras que deben ser pronunciadas cuando llegue el final y el relator olvide todas sus enseñanzas, todas sus promesas, para poder entregarles la inmensa magia de la flauta. Porque, es la flauta nuestro único indicio, todo lo que queda del amor vulgar de un emperador y una hechicera. ¿Qué puede importarnos la vida de Hu, el constructor de la flauta? ¿Qué puede importarnos el vientre tibio de Yuang o la lengua cariñosa de Feng Tse? Diré, entonces, que aún existe el arco iris y que la flauta no ha sido olvidada por los hombres. Diré que el poeta, algunos minutos antes, cuando golpeaba las puertas del palacio con sus manos fuertes y acostumbradas al rocío de la hierba, ni siquiera pensaba que no obtendría res-



puesta. Diré que no hay nada peor para un hombre (aunque no sea un poeta) que estrellar sus nudillos contra lo que no contesta. Diré... diré que el joven, aún lleno de amor (del amor de un gato y una perra), pertenecía al mundo que ahora, inexorablemente, sigue entornando sus puertas. Y agregaré, aunque mi lengua me maldiga, que Kiang Su, el pequeño poeta, se asfixió en las aguas del lago, por su propia voluntad, luego de entonar las melodías de su flauta y elevar el arco iris por sobre su cabeza. Aún más, me atreveré a desenterrar sus palabras, allí, en el lecho de algas, bajo la mirada extraña de un faisán y una confusión de colores.

Pero dejaré un silencio, luego de recordar su enseñanza.

Una pausa, tal vez, para que sea escuchada por los emperadores y los mendigos, por

los dioses y por las hechiceras, por los hombres y por sus puertas.

Allí, ante el mundo, la flauta entona el arco iris.

Allí, sobre los colores que se mezclan y trazan un arco iris hacia la vasija de oro; las palabras son claras.

—¿De qué sirve entonces relatar una historia que aún no ha terminado? —me digo.

—¿Para qué referir lo que sigue el camino de la rueda? —me digo.

Luego, aquí, en la quietud de la choza, levanto mi cuerpo viejo y cansado, mientras abandono el libro del poeta y clavo los ojos sobre el arco iris.

Así dijo Kiang Su el Poeta, lo menos importante de nuestra historia:

"Prefiero un corazón muerto a un corazón extraviado".

LICANTROPOS Y EDITORIALES

Un especialista en literatura fantástica, Robert F. Cedul, de Inglaterra, autor de un ensayo sobre licantrópia ("The History and Drama of the Werewolves", Penguin Books, 1972) y de varios volúmenes de cuentos relacionados con el tema, acaba de publicar un nuevo estudio sobre su especialidad. Se trata de "The Complete Werewolfe" (El hombre-lobo completo), una antología que, a la par de ofrecer valiosísimas notas, reúne textos de escritores de renombre, tales como Walter de la Mare, William Sansom, Oliver Onions, y Jean Bodin, entre otros.

El tratado, que fue lanzado al mercado por dos editoriales inglesas, Ruppert & Hall (en su versión de tapa dura) y Penguin Books (en rústica), está profusamente ilustrado y cuenta con una extensa bibliografía sobre el tema.

CINE DE CIENCIA FICCION EL GENIO CREADOR DE GEORGE LUCAS

por EDUARDO S. AQUILA

La última vez que lo vimos —ustedes recordarán—, Darth Vader, el villano de la película, escapaba hacia una estrella segura, mientras el poderoso Imperio Galáctico, neutralizado transitoriamente por la "Fuerza", trataba de recuperarse de sus heridas y se aprestaba para... Star Wars II, por supuesto, y para las nuevas aventuras de Luke Skywalker.

Exploradores profesionales están tratando de localizar lugares exóticos en el globo, extendiéndose desde las tenebrosas junglas de Africa central hasta las vastedades árticas de Laponia, con el objeto de establecer nuevos escenarios. Si todo marcha bien, la secuela de Star Wars estará lista para la Navidad del año 1979.

Junto con Luke Skywalker, Darth Vader regresará, más amenazante que nunca, así como también la princesa Leia,

Han Solo, el Wookie Chewbacca (tan velludo como siempre), y los divertidos robots: Artoo Detoo y Threepio. Habrá, asimismo, nuevos personajes, "de varios géneros", según su creador G. Lucas, "extraterrestres, robots y otros, incluyendo seres humanos".

Pero, ¿qué sucederá con Obi-wan-Kenobi, el personaje que le valió una nominación de la Academia al veterano actor Alec Guinness? Lucas se vuelve súbitamente circunspecto. "El aura de Obi-wan estará allí", dice cautelosamente, "su esencia, si lo prefieren".

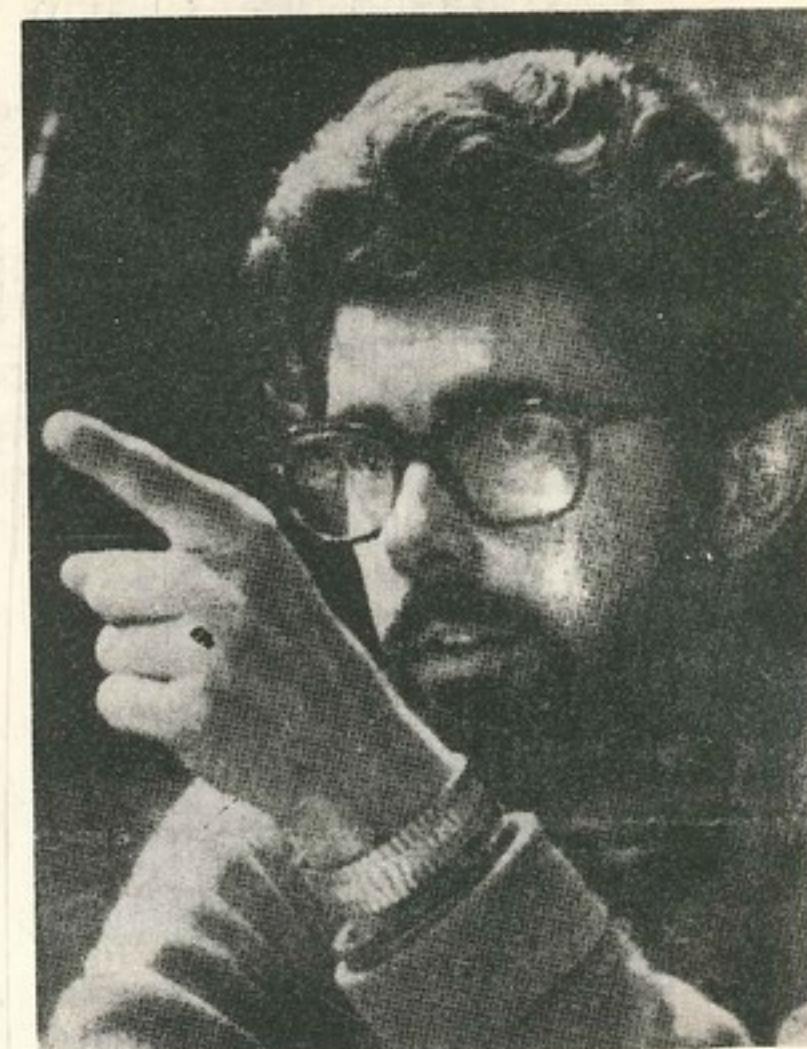
Star Wars I ya ha producido cifras que oscilan entre los 300 y los 400 millones de dólares en todo el mundo, convirtiéndose en una de las películas más taquilleras en toda la historia del cine. Unos 200 millones adicionales, aproximadamente, surgirán de los juguetes, discos, remeras, y de la mi-

riada de nuevas invenciones que aportarán los genios del mercado norteamericano.

Anticipando su cuota, y estimando unos 80 millones de dólares, Lucas ha formado cuatro corporaciones. La primera de ellas, STAR WARS CORP., tendrá a su cargo la producción de Star Wars II y de las diez (tomen en cuenta el número) secuelas restantes. MEDWAY PRODUCTIONS se dedicará a producir toda clase de filmes, incluyendo una secuela a **American Graffiti**, uno de los primeros éxitos de George Lucas, que fue lanzado al mercado en el año 1973. SPROCKET SYSTEMS INC. proveerá los efectos especiales para la serie de Star Wars y para cualquier otro tipo de film que los requiera. Y, finalmente, BLACK FALCON LTD., que abarcará como un pulpo el mercado del libro y otras resultantes de las películas de George Lucas.

El principal objetivo de este conglomerado cósmico es, al decir de Lucas, hacer dinero, de manera que él y sus colaboradores puedan escapar a la tiranía de los estudios cinematográficos y hacer buenas películas o, simplemente, el tipo de películas que ellos deseen.

Lucas está traumatizado con su experiencia con **American**



George Lucas.

Graffiti, donde la compañía Universal se tomó el atrevimiento de cortar —arbitrariamente— cinco minutos de la versión final del film. El desea que esto no vuelva a ocurrir. "No era una película de Lucas", dice él con amargura, "era un film hecho por mí con los cambios que impuso el estudio". Uno de los primeros trabajos de MEDWAY PRODUCTIONS será poner nuevamente en distribución la versión **completa** de **American Graffiti**. La misma sería lanza-

da en el mes de mayo del corriente año.

"Yo estoy tratando de convertirme en un hombre libre", dice George Lucas. "Estoy tratando de encontrar los medios necesarios para hacer las películas que deseo y disfrutar de absoluta libertad". Y agrega: "Quiero hacer una compañía que respete la personalidad y la individualidad de los directores de cine. Parte de mi buena suerte es haber progresado en ese sentido".

La vida de George Lucas no ha cambiado. Desde aquel 25 de mayo en que Star Wars irrumpía en las pantallas, sus bolsillos se han llenado de dinero y de nuevas ideas, pero el éxito no lo ha afectado. Todavía conduce su Camaro modelo 1967, no ha abandonado sus pantalones vaqueros y sus

viejos zapatos, ni sus antiguos hábitos.

El único cambio real es que él ha terminado, definitivamente, su casa en San Francisco, donde junto a su esposa Marcia suele pasar unas cortas vacaciones.

Lucas dijo, mientras realizaba la filmación de Star Wars, que él estaba abandonando la dirección... y cumplió su palabra, sin lugar a dudas. Star Wars II será dirigida por Irvin Kershner (director de *The Flim Flam Man* y *Raid on Entebbe*).

"Pero yo siempre pienso", dice él, "que dentro de poco tiempo, en algún instante de mi vida muy particular, yo regresaré y haré otra película. Pero esto no será sino al final del ciclo, dentro de veinte años".

LOS SOBREVIVIENTES DE LA TIERRA

LA GUERRA TERMONUCLEAR ESTA POR DESATARSE. CINCO MUJERES Y CINCO HOMBRES SON LLEVADOS AL INTERIOR DE UN "BUNKER", PARA QUE SOBREVIVAN. Y ALLÍ ES CUANDO COMIENZAN A EXPERIMENTAR EL TERROR ANIMAL... UNA EXCELENTE MUESTRA DE SUTTON ROLLEY, PREMIADA EN EL FESTIVAL DE CINE FANTASTICO EN SITGES, ESPAÑA.



TITULO ORIGINAL: SURVIVENS! **TITULO EN CASTELLANO:** "LOS SOBREVIVIENTES DE LA TIERRA". **DIRECCION:** SUTTON ROLLEY. **INTERPRETES:** JACKIE COOPER, ALEX CORD, RICHARD JAECKEL, DIANA MULDAUR, PEDRO ARMENDARIZ Jr., BARBARA BABCOCK. **FOTOGRAFIA:** GABRIEL TORRES. **MUSICA:** FRED KARLIM. **DISTRIBUYE:** GAMO PRODUCCIONES.

La idea, tal como relata el afiche publicitario, sobre una guerra termonuclear, y que es el hipotético comienzo del film, ha sido tema para varios relatos y algunas películas.

Pero encerrar en un "bunker" de seiscientos sesenta

metros de profundidad a cinco hombres y cinco mujeres, entre los que se destacan un adinerado, un talentoso escritor y un atleta, da un clima totalmente distinto a la trama inicial.

Reducidos a un gran espacio, pero sin la más remota posibilidad de conocer qué les deparará el futuro y cuándo podrán abandonar el refugio, los "sobrevivientes" comienzan a experimentar algunas alteraciones nerviosas. Parte del grupo consigue contenerlas hasta un límite razonable. El resto se deja llevar por ese temor ancestral del género humano, que los acosará, impidiéndoles hallar las soluciones



deseadas y arrastrando al grupo en sí hacia un callejón con la más pequeña posibilidad de escape.

Además de sus diferencias, los diez "elegidos" enfrentan una verdadera invasión de vampiros-murciélagos, que por un error desconocido se infiltran en busca de alimentos.

Y allí es cuando la tensión se acrecienta paulatinamente. No en vano, tanto el realizador como su argumentista explotan la psicología del espectador a través de imágenes que se tornan alucinantes.

También en manos del adinerado se evidencia la ambición desmedida del hombre, que se niega a perder sus bie-

nes materiales, aunque sobrevenga el "final" que todos esperan.

La duración del film (noventa minutos) es exacta. No se desperdició ninguna de las secuencias. Incluso la que muestra someramente por primera vez la cueva en donde habitan los vampiros, que no aparecen sino que solamente se ve caer una pequeña piedra al charco subterráneo, contribuye a intrigar más al espectador.

Pero lo que es más aplaudible es su irónico camino hacia el desenlace y, sobre todo, el final resultará terrible, aplastante.

Resumiendo en sí, no se puede calificar a "Los Sobrevivientes de la Tierra" como una realización de "ciencia ficción". Es una hipotética historia de algo que puede suceder. Tiene una gran dosis de terror psicológico, excelentemente acondicionado, dándole

la posibilidad al espectador de "vivir" ampliamente el drama.

Cabe destacar que la película obtuvo la "Mención de Honor" en el 9º Festival de Cine Fantástico llevado a cabo en Sitges, España.

Alfredo Ernesto Grassi

2001: ODISEA DEL ESPACIO

por EDUARDO J. LYNCH

En 1967, dirigido por Stanley Kubrick, se filmó **2001, A Space Odyssey (2001, Odisea del Espacio)**, la obra cinematográfica más memorable de la ciencia ficción. El guión había sido escrito por éste y Arthur C. Clarke, notable escritor y hombre de ciencia que ya se había destacado en física astronómica. Al año siguiente, aprovechando parcialmente el guión, Clarke escribió la novela que luego fue traducida por Antonio Ribera al castellano, con prólogo de Román Gubern para las ediciones Salvat (Navarra, 1970). El reparto del film estaba integrado por Keir Dullea, Gary Lockwood, Leonard Rossiter, William Sylvester y Daniel Richter.

La inteligencia del Universo

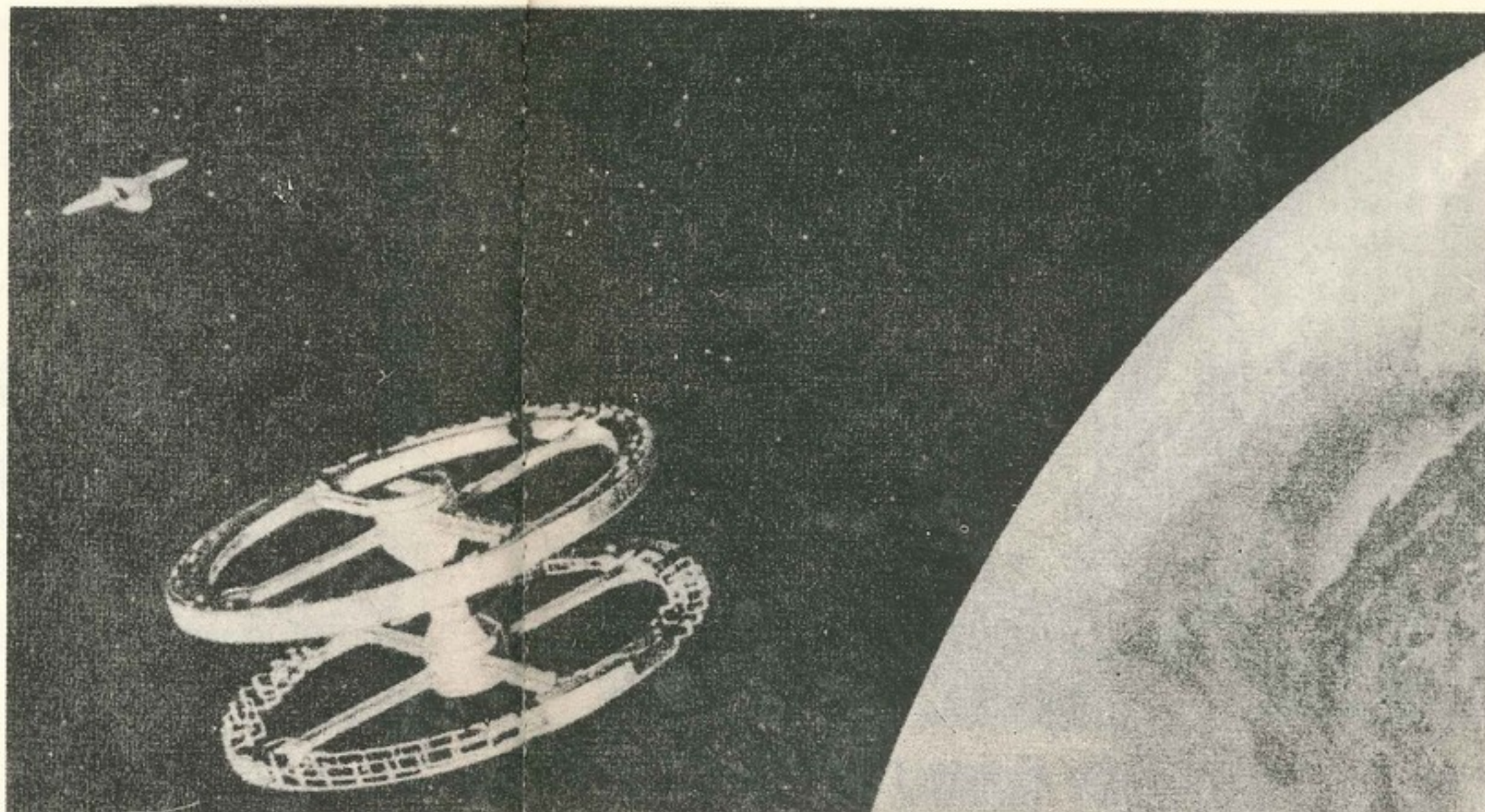
Gubern resumió la película de esta manera: "Clarke y Kubrick compusieron una historia que abarca la evolución completa de la Humanidad, desde el proceso de hominización de los primates en algún lugar del Africa hasta el estadio posthumano que alcanza David Bowman al cruzar la **Puerta de las Estrellas** y que lo conduce, por mutación biológica, a un estadio superior de la evolución".

El film lleva implícitas dos hipótesis: la de los **extraterrestres** y aquella que considera que **el Universo está habitado por la inteligencia**. Las

verificamos en seguida con ese monolito que repentinamente observan los primates (ni monos ni hombres, sino una mezcla de ambos). Este monolito, llegado del espacio exterior, que aparecerá dos veces más, una en un satélite del planeta y otra cuando David Bowman flota ya transfigurado en su mutación biológica, expresa, de alguna manera, que la civilización de la Tierra se debió a extraños signos manipulados por seres que en nada se parecían al hombre primitivo. Es la hipótesis extraterrestre de Robert Charroux (**Historia desconocida de los hombres**) y Erich von Däniken (**El regreso de las estrellas**).

Una novela corta del mismo Clarke, **The Sentinel** (1951), que se incluye en el argumento del film, está vinculada con el monolito arrojado desde la Luna para que el hombre-mono tome conciencia de su evolución.

La otra tesis está expresada por el mismo Kubrick en el reportaje de la revista **Positif** (dic.-enero 1968-1969): "Lo que me ha llevado a elegir este asunto es que muchos sabios y astrónomos creen que el Universo está habitado por la Inteligencia. Lo piensan porque el número de estrellas, en nuestra galaxia, es de cien mil millones, y el número de galaxias, en el Universo visible,



es de otros cien mil millones, lo que hace que el número de Soles en este Universo Visible sea de unos cien mil millones de veces cien mil millones".

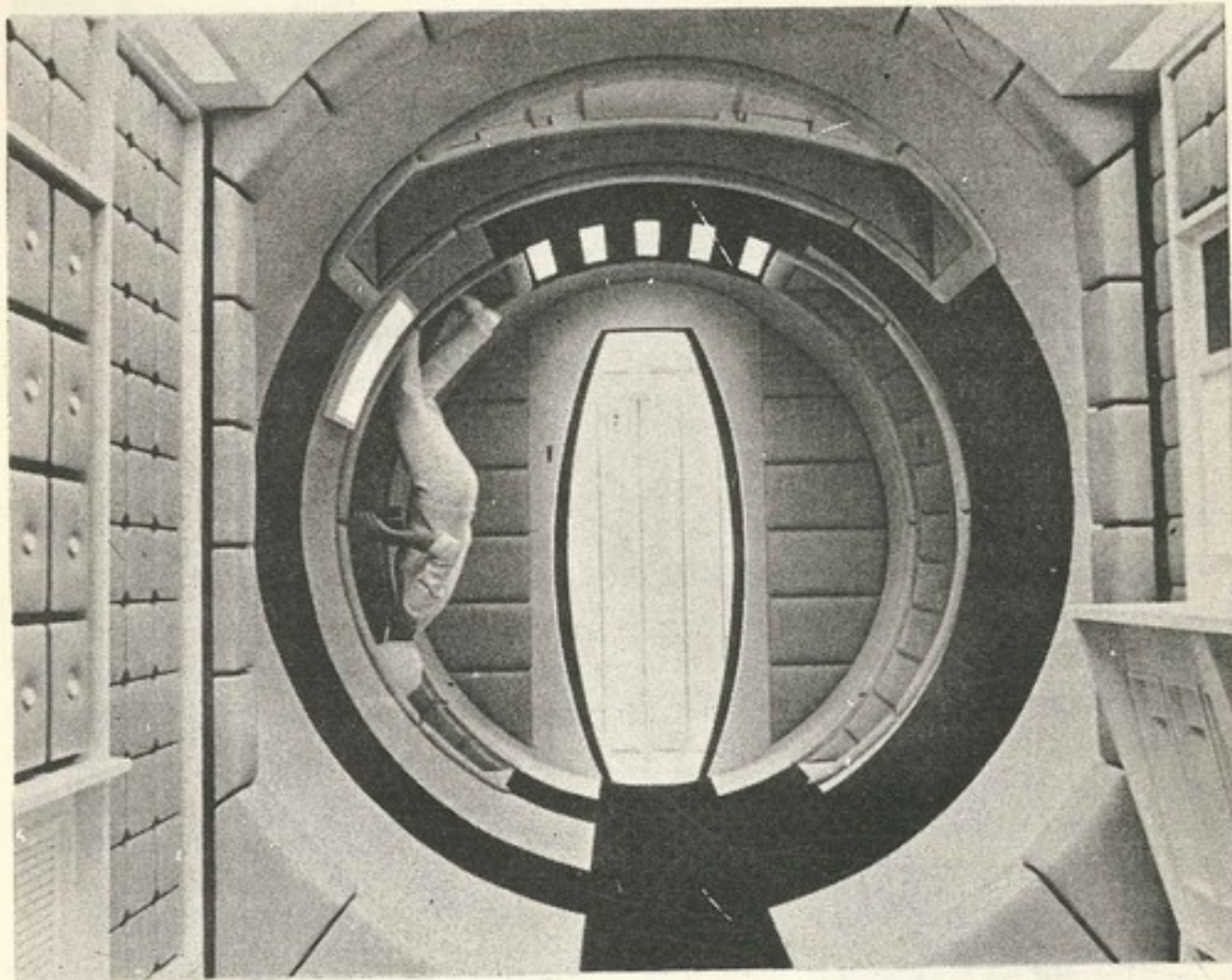
También agrega: "En diez o cincuenta mil años las **Máquinas - Inteligencias** desempeñarán (...) todas las experiencias que las criaturas biológicas puedan conocer (...). En una etapa final se llegará a entidades que tendrán un co-

nocimiento total: podrán convertirse en **seres de energía pura**, en una especie de espíritus (...) con capacidad para realizar los hechos que se atribuyen a Dios".

El computador HAL 9.000

El tema principal de **2001, Odisea del Espacio** está centrado sobre el viaje de los cos-

monautas a Júpiter. Y aquí es donde David Bowman debe enfrentarse con otro protagonista fundamental: el computador **HAL 9.000**, cuya idea pasa al film y a la novela de otro relato de Clarke: **The nine billion names of God** (1955), (**Los nueve mil millones de nombres de Dios**). El argumento incluye la destrucción de la Humanidad. Una empresa norteamericana fabrica para los



lomas del Tibet una calculadora electrónica sobre la base de 10 signos que formarían todas las combinaciones del verdadero nombre de Dios. La consecuencia es previsible. Pronunciados los nueve mil millones de nombres de Dios, el hombre paga su soberbia con la desintegración del mundo.

HAL 9.000 es una máquina inteligente. Se autodetermina y puede prever un error de cálculo o el peligro de los tripulantes que conduce la cosmonave a través de los espacios siderales. Es como un ser

humano, con sus reacciones peculiares, que dialoga con David Bowman y hasta se enfurece. Pero su acción será siempre providencial. Su inteligencia, casi absoluta, está hecha para proteger al hombre. Clarke, en la novela, la describe así (III, 16):

"Sea como fuere, el resultado final fue una máquina-inteligencia que podía reproducir (...) la mayoría de las actividades del cerebro humano, y con mucha mayor velocidad y seguridad.

"HAL había sido entrenado para aquella misión tan esme-

radamente como sus colegas humanos... Y a un grado de potencia mucho mayor, pues además de su velocidad intrínseca, no dormía nunca. Su primera tarea era mantener en su punto los sistemas de subsistencia, comprobando continuamente la presión del oxígeno, la temperatura, el ajuste del casco, la radiación y todos los demás factores inherentes de los que dependían las vidas del frágil cargamento humano. Podía efectuar las intrincadas correcciones de navegación y ejecutar las necesarias maniobras de vuelo cuando era el momento de cambiar de rumbo. Y podía atender a los hibernadores, verificando cual-

quier ajuste necesario a su ambiente, y distribuyendo las minúsculas cantidades de fluidos intravenosos que los mantenían con vida.

"Pool y Bowman podían hablar a HAL como si fuese un ser humano".

El final ya lo conocemos. David Bowman y los suyos han ganado el espacio. El ha cumplido su conquista. Pero no muere en la suite del hotel en que se aloja después de la odisea. Regresa en el tiempo. Ve el monolito de los extraterrestres. Cuando cierra los ojos para sumirse en el sueño, se transfigura biológicamente.

ESTERILIDAD Y RAYOS X

La Administración para la Investigación y el Desarrollo de la Energía (ERDA), de Washington, acaba de informar que durante la década del sesenta, 131 prisioneros de derecho común habían sido sometidos a un bombardeo de rayos X sobre los testículos a fin de determinar si este tipo de radiaciones producía esterilidad.

Esos individuos —reclusos de las penitenciarías de Oregón y Walla-Walla— se habían ofrecido como voluntarios para el experimento a cambio de la reducción de su pena. Una gran parte de ellos estaban condenados a cadena perpetua. Los prisioneros católicos, sin embargo, fueron excluidos de la investigación, debido a la posición que mantiene la Iglesia con respecto a la *contraconcepción*.

Los resultados fueron aterradores: muchos de los reclusos permanecieron estériles por un período de cinco años. La información suministrada por la ERDA ha originado malestar en la opinión pública de los Estados Unidos. Tanto la prensa, como el norteamericano de clase media, sostienen que no es posible que en pleno siglo veinte se siga utilizando a los seres humanos como cobayos.

LA TRISTE SOMBRA DEL VIEJO FARO

por NAHUEL VILLEGAS

Luego de enviar mi correspondencia, la última que posiblemente dirigirá al periódico que desde hace quince años publica mis relatos y poemas, subí por el pedregoso camino hacia la cabaña del acantilado. Desde lejos contemplé aquella casa que alguna vez nos cobijó a Margaret y a mí, y sentí nuevamente la extraña sensación de algo quebrándose lenta y paulatinamente dentro de mi ser. Es una manera de rotura, de continuo desgarramiento que no cesa. Pienso en lo que me separa de la felicidad, y me parece increíble que tan sólo sean días. Hace menos de una semana éramos felices; **ELLA** estaba aún a mi lado; después, todo ocurrió repentina-

mente y yo me quedé apenas con un recuerdo; con un frío maniquí de cera que pronto llevarían lejos, y un espantoso aroma a flores... porque el perfume de las flores no es siempre el mismo; no es igual el aroma de un jardín agresivo de naturaleza y color, que el de marchitos ramos de honras fúnebres. ¡Sólo ahora comprendo la pena que inundaba los ojos de ella cuando yo le ofrecía una rosa recién cortada de la planta! ¡Ahora sé que una flor que permanece y se marchita en la rama materna no muere nunca, se asimila, se funde, vuelve y se eterniza de alguna forma, en la planta, en el suelo... quizá en el tiempo!

"Margaret ha muerto, y con ella se marchó la parte mía que se fundió al compartir una vida juntos.

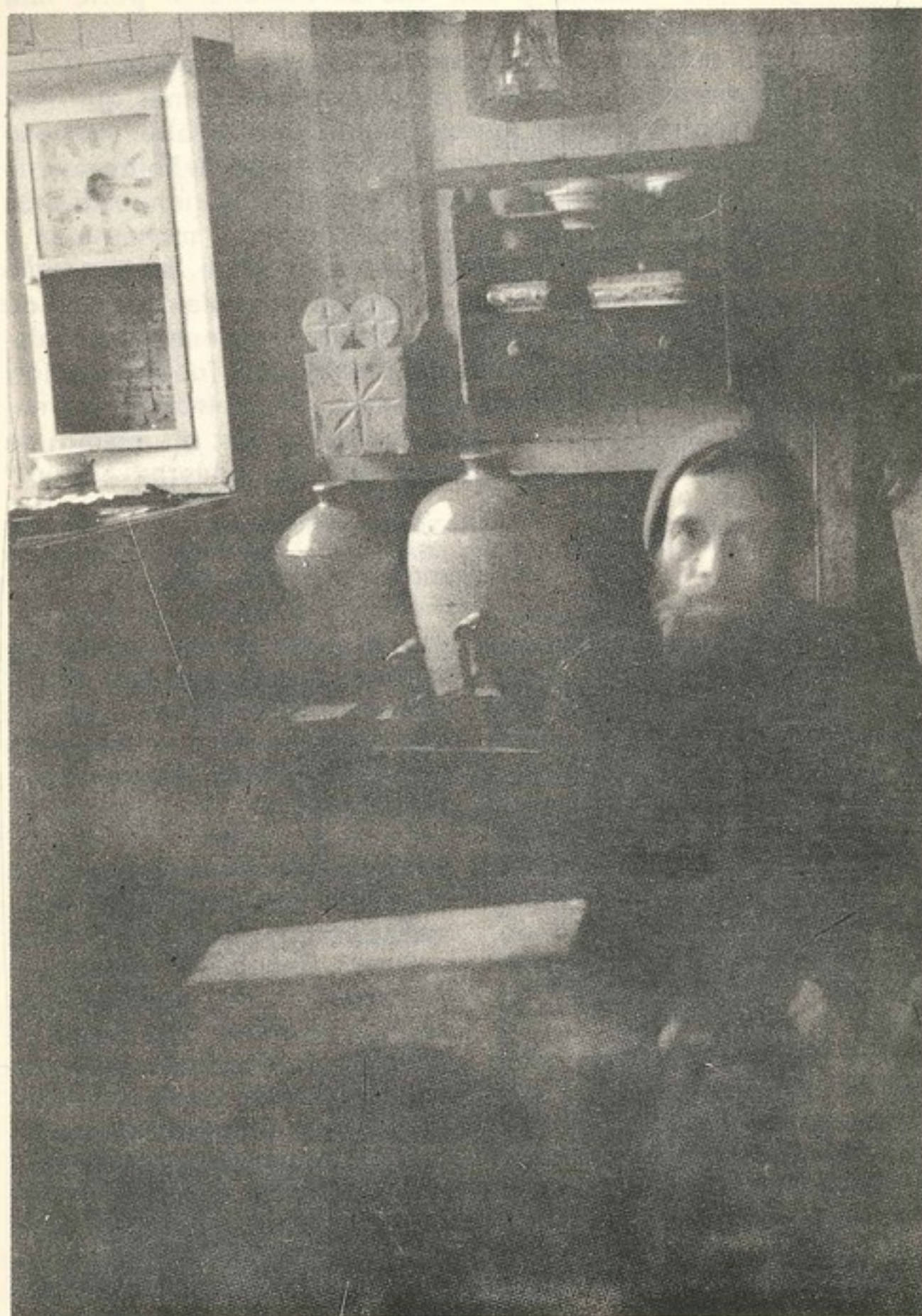
"Paseo mi mirada por los acantilados, veo el planeo suave de las aves marinas, y escucho el susurro de un mar que muchas veces contemplamos juntos. Siento que el aire salitroso trata en vano de infundirme vigor, un vigor que definitivamente me va abandonando minuto a minuto, pues ya no tengo deseos de continuar; sin embargo esa criatura extraña, monstruosa y tierna a la vez, me insta a vivir; casi me lo exige, metiéndome parte de su agua convertida en mínimas partículas, dentro de mi cuerpo. Percibo el aroma vital, cáustico y agresivo pero ple-tórico de vida, penetra por mi nariz, y se adueña de mi interior; trata de mover mis músculos y tendones, de acelerar el torrente de mi sangre... quiere que vuelva a ser el mismo de antes... ¡Pobre amigo mío, parece que me tuvieras cariño!"

(Último poema recibido en la redacción del Times, antes de la misteriosa desaparición del famoso escritor Arthur Wilde.)

Y ella me fue arrebatada por manos piadosas, me palmearon los hombros, me estrecharon las manos..., pero se la llevaron lejos..., ¡tan lejos que hasta mi recuerdo resulta insuficientemente fuerte e intenso para alcanzarla! Sí, porque aunque me consumo de dolor y nostalgia por Margaret, debo mirar continuamente su retrato para renovar en mí la imagen de su rostro dulce y sonriente. Algo se mueve dentro de mi memoria y hace vacilar la imagen; tambalea; se mezcla con otros rostros, continúa sonriente, pero se esfuma..., ¡y no quiero que me abandone hasta que llegue mi propio final!

¡La culpa es de ese empa-lagoso, ofensivo y casi repul-sivo aroma a flores..., a flores de muerte!... ¡Malditas sean las flores fúnebres..., malditas!

El crujido de la grava bajo mis pies me volvió a la realidad, y descubrí que había gritado. Sacudí la cabeza al recordar mi casi blasfemia de segundos antes, miré hacia el cielo, y pedí perdón. Las flores —pobres flores llevadas por manos humanas— no tenían la culpa. Somos nosotros los humanos quienes transformamos su intención vital en miles de propósitos para las que quizá no fueron creadas.



Mi mente derivó el pensamiento hacia otro tema que se repetía constantemente y yo deseaba evitar. Tampoco los automóviles fueron creados para matar; sin embargo alguien llega a convertirlos en verdugos mecánicos, como aquel que había hecho trizas a mi esposa. ¡No..., no me importa que alegaran que el pavimento mojado tenía la culpa! ¡Nada de lo que dijeron me importa! Margaret murió y eso es lo que cuenta; era feliz y estaba viva; disfrutaba de nuestros momentos, hasta que un choque de autos la alejó definitivamente.

¡Otra vez! —murmuré apretando los dientes—. ¿Es que deberé soportar este infierno hasta mi propia muerte?

La noche se insinuaba en el horizonte y el graznido de un ave me ensombreció aún más el alma. Apreté el paso y pronto llegué a la cabaña.

Cené frugalmente un poco de tocino y huevos; bebí una copa de vino espeso y rojo, y el cosquilleo y calor que sentí me indujeron a llevar la botella y colocarla en la pequeña mesa frente al sillón contiguo a la chimenea. Los leños crepitaban felices; mirando las llamas advertí la reconfortante luz que, cambiante y calidoscópica, llenaba el hueco del hogar, calmando un

tanto mi desasosiego. Luego decidí oír algo de música, y dejé que las melodías invadieran la sala.

Por primera vez en muchos días el sueño me fue llevando dulcemente a lo largo de una playa muy extensa.

No sé si fueron los acordes fuertes y vigorosos de las Walkirias de Wagner, o el viento que rugía en el exterior lo que me despertó sobresaltado. Miré mi reloj y comprobé que había pasado casi una hora desde que me dejara caer en aquel sillón. Ante mí, la aflautada botella de vino parecía un monolito ambarino. Sin apuro me puse de pie, y bebí una copa. Luego agregué algunos leños a los casi extinguidos de la chimenea, y decidí asegurar las puertas y ventanas, ya que las tempestades de BLACK ROARER suelen ser depredadoras de pestillos y todo lo que quede librado a su furia.

Llegué hasta el ventanal que da a la pequeña terraza sobre el acantilado cortado a pico y me detuve indeciso. Por un momento me sentí tentado de abrir puertas y ventanas y dejar que el viento lo arrasara todo, inclusive a mí, pero el condicionado cerebro y comportamiento humano, regido por esquemas durante tantos años, me lo impidió. Sin embargo decidí que salir al exte-

rior y dejarme acariciar por el viento, que aún no había alcanzado su máxima intensidad, resultaría un buen paliativo para mi espíritu tenso y agobiado.

Siempre me produjo una multitud de sensaciones disímiles el contemplar una tempestad sobre el mar. Desde mi atalaya observé la espuma de las encrespadas crestas de las olas. Percibí la vibración transmitida desde las rompientes a setenta metros bajo el acantilado, a todo lo largo y ancho del peñón en cuya cúspide está la cabaña.

Los ramalazos fríos del viento me obligaban a cerrar los ojos por momentos. Una sinfonía natural y milenaria cantaba furiosamente; voces lejanas decían, reían, y por momentos parecían maldecir al ser humano por haber resistido a los avatares de la naturaleza, y permanecido de pie sobre el mundo, al cabo de tanto tiempo.

Mi mente se sintió contagiada, invitada, o contaminada por aquella explosión titánica de los elementos. ¡Por un instante..., sólo por un instante me sentí un poco Dios! Estuve a punto de elevar mis brazos extendidos como abarcándolo todo, y sumar mi voz en cánticos increíbles y atroces, a aquella música pavorosa.

Fue entonces cuando oí la pulsación. En algún lugar de la costa un sonido similar al de un enorme diapasón se agudizó primero, para lentamente fundirse con el del viento. Fue sólo un instante, un fugaz momento, pero bastó para advertir una dulzura monacorde y cálida en aquella nota emitida, quizás, por efectos del mismo viento filtrándose en las oquedades de la roca. Dirigí mi mirada hacia el lugar desde donde me pareció que había procedido; entonces descubrí la larga, desamparada y patética silueta del viejo y abandonado **FARO DE BLACK ROARER**.

Aquella noche, por primera vez en cinco días, dormí profundamente. No sé si el contacto con el furioso viento o el vino me sumergieron en una paz que, suponía, no llegaría nunca.

La mañana —como suele ocurrir luego de las tempestades— me sorprendió agradablemente con su luminosidad diáfana y perfumada de mar. Tomé mi libreta de apuntes y coloqué en un maletín algo de comida; también tomé una linterna, ya que en mi mente bullía la idea de examinar el viejo faro y, de ser posible, trepar hasta su plataforma y pasar allí gran parte

del día escribiendo, SI SE ME OCURRIA ALGO.

El perro de los Masters se me sumó alegremente, al cruzar por su propiedad. A lo lejos descubrí la figura de su dueño, y advirtiéndolo la intención del animal de acompañarme en mi paseo, le pregunté a gritos si podía llevar a **Fido**. El hombre elevó su cabeza dejando momentáneamente su tarea, y sonriendo replicó afirmativamente, al tiempo que sin dejar de reír advertía:

—¡Tenga usted cuidado, señor Wilde, ese granuja es capaz de comerse toda su ración! ¡Es un pedigüeño inveterado!

No pude menos que reír a mi vez, contemplando los rápidos giros y movimientos de cola del perro.

Masters levantó una mano a manera de saludo.

Fido correteaba alegremente; cuando algún conejo salía disparado a nuestro paso, el can intentaba en vano darle alcance, para luego de una breve carrera volver hacia mí, jadeando agitado, lo que me indujo a comentarle:

—Estás demasiado gordo y mal acostumbrado, amiguito. Si debieras procurarte el alimento, seguramente te morirías de hambre —el animalito,

sin dejar de resoplar, parecía asentir jocosamente a mis palabras.

Alrededor de las once llegamos al faro. **Fido** pareció dudar unos minutos antes de decidirse a seguirme. La escalera de caracol, aunque herrumbrosa, parecía lo suficientemente segura como para iniciar un ascenso. **Fido** gimoteaba tratando de no resbalar en los húmedos escalones; frecuentemente debí aguardarlo, ya que por su conformación cuadrúpeda, la estrechez de la escalinata, le hacía difícil el trepar por ella. Mientras tanto, durante las eventuales detenciones, mis ojos recorrían palmo a palmo la estructura interior de la torre. Evoqué un tanto nostálgicamente la época en que aquella edificación significaba una luz de vida para los pescadores y navegantes, antes que se instalara uno eléctrico en otro lugar de la isla y éste fuese abandonado. Pensé en las frecuentes veladas compartidas por los hombres encargados de mantenerlo encendido, y nuevamente me atrajo esa atávica sensación de bienestar que suele asaltarnos al pensar en un lugar caliente y hospitalario, cuando la tempestad arrecia en el exterior. Me pareció ver caras y figuras de hombres toscos y fuertes; mi imaginación de es-

criter pintó cuadros dentro de mi mente, que bien podrían haberse traducido en pinturas, de haber tenido yo tal habilidad plástica.

Llegamos por fin a la plataforma superior y terminal, y debí dar una orden al perro, ya que estuvo a punto de precipitarse por debajo de los barrotes, hacia el vacío. Temblando, **Fido** se dejó acariciar por mí y acabó por tranquilizarse; luego, con más precaución, comenzó a investigar el lugar olfateándolo todo; palmo a palmo su hocico de "dálmeta" registraba olores y aromas quizá dejados decenas de años atrás por los antiguos ocupantes del faro.

Lo más cómodamente sentado en una saliente, tomé mi libreta de apuntes y contemplé el horizonte azul y tranquilo del mar, esperando alguna inspiración creadora para comenzar con mi tarea. Hacía va demasiado que mi mente no concebía algo más extenso que la última poesía enviada al **Times**; además pensé que era el momento de guardarme para mí mismo la amargura que me embargaba, y no transmitírsela a los lectores, ya que ellos no tenían por qué sufrir mi pena. Al recordar el poema me arrepentí de haberlo enviado a Londres el día anterior.

Pasé la mayor parte del día contemplando el panorama, distraído por los giros de las aves y la actividad lejana de algunas barcas de pesca. El papel de mi libreta de apuntes sólo tenía una o dos líneas, y el resto eran monigotes y garabatos sin sentido; evidentemente, aún faltaba mucho para que pudiera retomar el hilo de mi profesión de escritor.

Fido y yo compartimos la vianda que había colocado en el bolso de mano, y coincidí con la aseveración del señor Masters, sobre la voracidad de mi compañero. Apenas le daba un bocado lo tragaba precipitadamente, para luego mirarme con cara de desdichado muerto de hambre. Reí de buena gana al contemplar aquellos ojos transparentes, y no pude evitar atraerlo contra mi pecho y acariciarlo. **Fido** aprovechó la oportunidad y metió parte de su morro dentro del bolso; no me importó que se comiera los dos emparedados que había reservado para la hora del té. Viendo cómo devoraba los sandwiches, con mi mano libre me serví del termo un poco de té caliente. Creyendo ver en el pocillo una fuente de nuevas golosinas, **Fido** intentó meter el hocico en él, y debió retroceder a riesgo de recibir una

escaldadura. Nuevamente reí de buena gana.

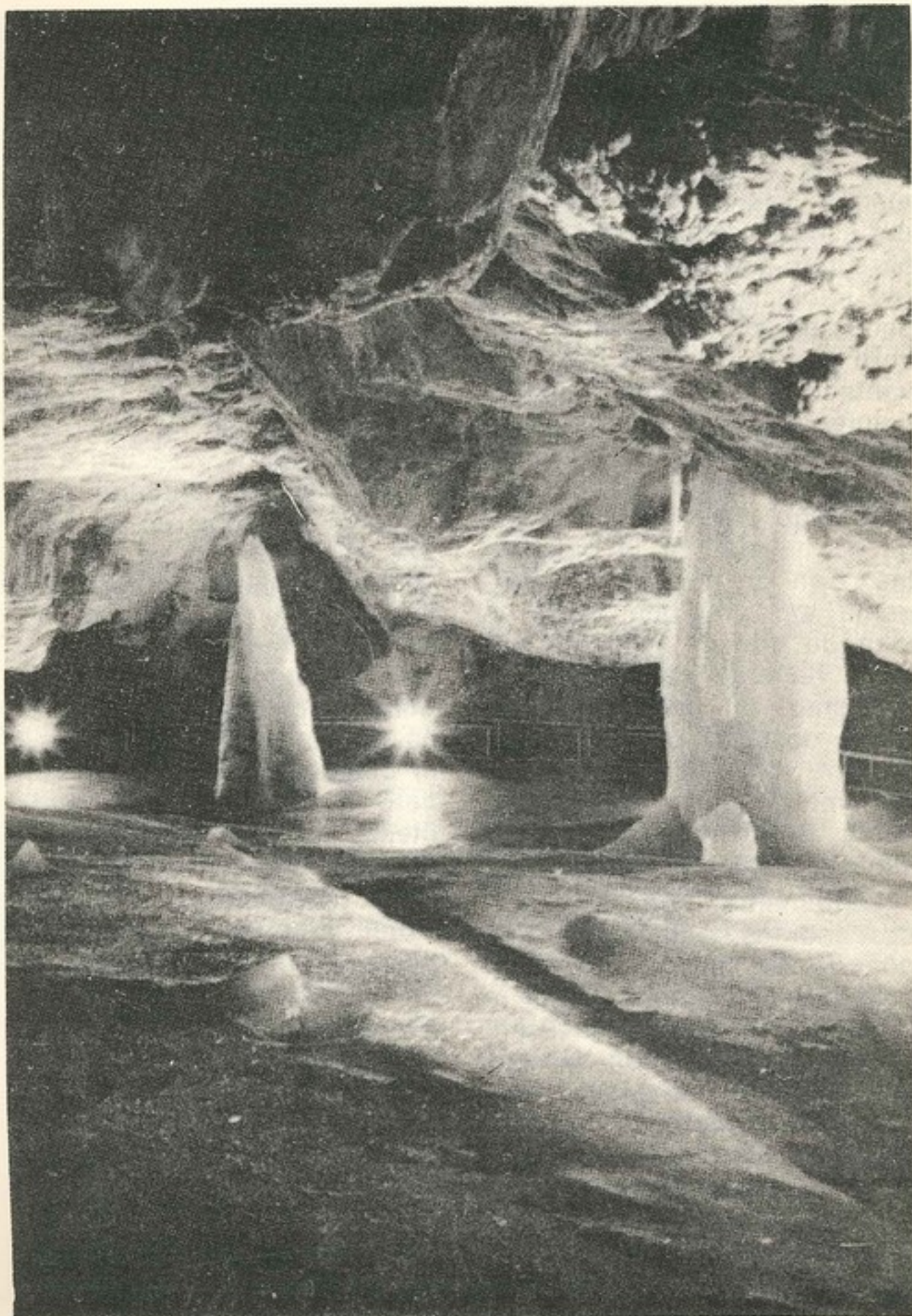
Luego de unos minutos, algo pareció germinar dentro de mi mente, y comencé a escribir más o menos coherentemente; durante casi tres horas esboqué conceptos y bases para una novela corta que se me había ocurrido. Fue alrededor de las seis cuando advertí que la brisa se había levantado y ello me impedía mantener quietas las hojas de mi libreta; llamé a **Fido** dispuesto a iniciar el regreso, pero algo alarmado noté que no se hallaba en la plataforma. Con un nudo en la garganta me precipité hacia la idea de que el animalito pudiera haberse caído. En ese momento un ladrido proveniente desde la parte baja del faro me volvió el alma al cuerpo; mi inquieto compañero había bajado mientras me hallaba absorto escribiendo.

Lentamente, con cuidado, descendí los peldaños, al tiempo que los ladridos parecían urgirme. Finalmente llegué a la habitación inferior, y vi que el perro arañaba con sus patas una parte del piso oxidado. Entonces advertí algo que al llegar no notara: era una sección rectangular del suelo que seguramente ocultaba la entrada a una estancia subterránea, un sótano, o simplemente una comunicación me-

dante un foso con el mar, cosa usual en aquel tipo de construcciones.

Mientras tanto **Fido** giraba a mi alrededor, indicándome premura. No sin dificultad logré introducir en el intersticio de la compuerta la hoja de mi cuchillo de monte; lentamente comencé a elevar la lámina herrumbrada, al tiempo que las bisagras emitían un desagradable chirrido. Recordé entonces que en mi bolso tenía una linterna y recurrí a su luz para iluminar el lugar. Unos peldaños tallados en la roca viva se convertían en una escalinata cubierta por verdín y algas, lo que me indujo a pensar que durante las mareas el agua del océano inundaba el recinto. Con prudencia me tomé del borde, y dejé deslizar mi cuerpo hasta tocar el primero de los escalones. **Fido** intentó seguirme, pero temiendo que sufriera algún percance ocasionado por su proverbial vehemencia lo insté a que permaneciera afuera; el animal dio uno o dos resoplidos de contrariedad y se sentó resignado.

El haz de mi linterna recorrió lo que sin duda originalmente había sido destinado a despensa o depósito de enseres, combustible y víveres. Unas cuantas botellas opacas por el salitre y sin duda por la acción del agua permane-



cían desparramadas en lo que debió haber sido un anaquel o estantería. Adiviné mediante la luz que algunas de ellas aún contenían bebida en su interior. Recorrí las paredes húmedas, y cuando estaba a punto de retomar el camino hacia la salida, vi el hueco. ¡Allí estaba la razón por la cual el agua llegaba con la creciente! Una parte del muro había sucumbido a la erosión y dejaba al descubierto un boquete por donde sin duda penetraba el mar. Me aproximé con cautela, y un vaho de aire salitroso me bañó el rostro. Sentí un involuntario escalofrío. Siempre guiado por la luz de mi linterna me agaché un tanto, y penetré en aquel estrecho túnel natural. Las paredes evidenciaban siglos de lento roer marino; lapas y crustáceos permanecían adheridos a ellas, mientras que el suelo dejaba ver charcos verdosos; en lugar de estrecharse, la gruta se ensanchaba a medida que avanzaba, lo que confirmaba mi primera deducción, ya que la forma de embudo es característica en los tubos con que el mar termina por conectarse bajo las rocas de la costa. La diferencia de grosor era indicio de que el derrumbamiento de la pared de la supuesta despensa sólo se remontaba a algunos años, quizá unos cinco o

tal vez diez, ya que aún el mar no había completado su tarea.

Escuché un ladrido distante, y comprendí que **Fido** me esperaba inquieto y demandaba mi presencia. Dudé un momento en continuar con mi exploración y finalmente me decidí a regresar, ya que un murmullo lejano me indicaba que las mareas comenzaban con su lento avance y que muy pronto el recinto se hallaría sumergido bajo las aguas.

Fue en el instante mismo en que mi cabeza emergía en el extremo del hueco y salía a través del muro derrumbado, cuando mis oídos parecieron descubrir junto al rumor lejano del mar, un sonido que me recordó algo ya escuchado..., parecía una nota muy profunda y dulce..., como emitida por un enorme diapasón. ¡Era el mismo que oyerá la noche anterior, entre el fragor del viento! Giré la cabeza sorprendido, y al hacerlo me herí la cara con el borde de la pared. Con los oídos zumbándome, y mareado, decidí salir del hueco temiendo un desmayo. Antes de lograr emerger del todo escuché nuevamente el sonido, al tiempo que al aroma salitroso del mar se sumaba otro, que pese a no poder individualizar, me trajo recónditas y no muy agradables re-

miniscencias. Sin dejar de avanzar llegué a la escalinata, y al tiempo que algo tibio y espeso se escurría por mi rostro y mojaba el cuello de mi camisa, vi recortada en el rectángulo de luz la figura de **Fido**, que estaba de pie aguardándome.

No sé cuánto tardé en llegar a la granja de los Masters; sólo recuerdo vagamente que tropecé repetidas veces, y que **Fido**, sin dejar de ladrar, tironeaba de mis ropas instándome a proseguir. Fue cuando las fuerzas comenzaban a abandonarme que descubrí entre nebulosas la cabaña de mis vecinos, y el perro ladrando desaforadamente. Muy pronto dos pares de manos fuertes me tomaron prácticamente en vilo y me introdujeron en la casa. Aunque no perdí en ningún momento el conocimiento estuve sumido durante unas horas en una especie de mareo, producto del recio golpe en un costado de mi cara.

Los habitantes de aquella confortable cabaña no dejaron de brindarme todo tipo de atenciones, correspondiendo a la proverbial hospitalidad de la gente campesina del norte de Inglaterra. Mientras bebía con algo de dificultad un tazón de caldo, la esposa de mi vecino no dejaba de curarme

con un trozo de paño húmedo en agua y sal, la magulladura de mi rostro.

—¡Debió tener más cuidado, señor Wilde! —recriminó en tono amable y preocupado la matrona.

—Eso mismo —acotó el hombre—. Pudo haberse quedado allí abajo, ¡recuerde que las aguas suben muy rápidamente en esta época del año!

—Supe de un pescador de cangrejos que bajó una vez a la bodega del faro —comentó Donald, un muchacho alto y tosco, hijo de los Masters.

El padre clavó sus ojos en el joven, pero yo le rogué que continuara con lo que había comenzado a decir.

—Fue hace unos años, cinco o seis. Parece ser que el hombre había buscado refugio ante una tormenta repentina en el viejo faro, y posteriormente descubierto que uno de los muros había cedido bajo la presión de las aguas.

—¡Donald, deja para más tarde tus historias! ¿No ves que el señor está muy cansado? —recriminó la mujer.

—Descuide usted, señora Masters; por el contrario, la conversación de su hijo me permite recuperarme del golpe —dije alentando al chico para que prosiguiera.

—Anduvo por la aldea diciendo que dentro de esa gru-

ta estaba sin duda el "rey de los cangrejos".

—¿El rey de los cangrejos? —pregunté sin entender.

Mister Masters se paseó un tanto inquieto y, aproximándose a la chimenea, tomó una astilla con el extremo convertido en una brasa y encendió su vieja y magullada pipa:

—¡Es una costumbre de "esos pescadores"! —comentó sin dejar de apretar la pipa entre sus dientes, lo que alteraba un tanto la pronunciación de sus palabras—. ¡Siempre están poniendo moteles a las cosas: "el rey de los calamares", "el rey de los congrios". "EL REY DE LOS CAMARONES", "LA REINA DE LAS OSTRAS"!... ¡Sueñan..., sueñan! ¡Viejas costumbres monárquicas para catalogar de grande o excelente a las presas que logran cobrar! ¡Desde que nosotros los laboristas triunfamos en las elecciones de primer ministro, podrían llamarlos: DIPUTADO..., Delegado..., o algo así!... ¡Más actual..., más democrático! —el hombre emitió una fuerte carcajada, y yo, aunque un tanto lastimeramente, ya que aún no me hallaba del todo recuperado, festejé su humorada.

—¿Y qué ocurrió con el pescador de cangrejos? —interrogué al joven Donald.

—Pues que, efectivamente, comenzó a obtener muy buenos ejemplares, y realizó buenos negocios en el mercado. ¡Claro que eso de capturar al "rey de los cangrejos" nunca lo logró..., al menos mientras se lo vio por estos parajes.

—¿Es que se marchó?

—Bueno, eso nunca quedó del todo claro. El hombre solía realizar su trabajo durante las noches, pese a que muchos en la aldea le aconsejaban lo contrario; decían algo sobre demonios, y todas esas cosas más propias de viejas que de hombres grandes.

—¿Y el pescador?

—Se reía y burlaba de las supersticiones de los aldeanos. Hasta que un buen día no regresó.

—¿Había ido al faro?

—Eso nunca lo supimos. Claro que lo primero que se le ocurrió al jefe de la delegación de policía fue pensar en un accidente, o que el tipo había quedado atrapado dentro del hueco cuando subió la marea. Fueron muchos hombres y buscaron en vano. Después de aquel día no se lo volvió a ver. Una o dos veces los marinos de barcos de altura aseguraron que el tipo en cuestión había sido visto en alguna taberna de las que abundan junto a los puertos de ultramar..., pero nunca

fue del todo confirmada ninguna de estas suposiciones. Al cabo de un tiempo ya nadie se ocupó más del sujeto en cuestión —el muchachón tomó un trozo de queso con el extremo de su cuchillo y me hizo señas de que lo aceptara.

—¡No, no; gracias de todos modos! —dije, al tiempo que intentaba ponerme de pie.

A coro los dueños de casa insistieron en que yo permaneciera con ellos aquella noche, pero lo más suavemente posible me negué. Viendo mi determinación, los Masters no persistieron en su invitación.

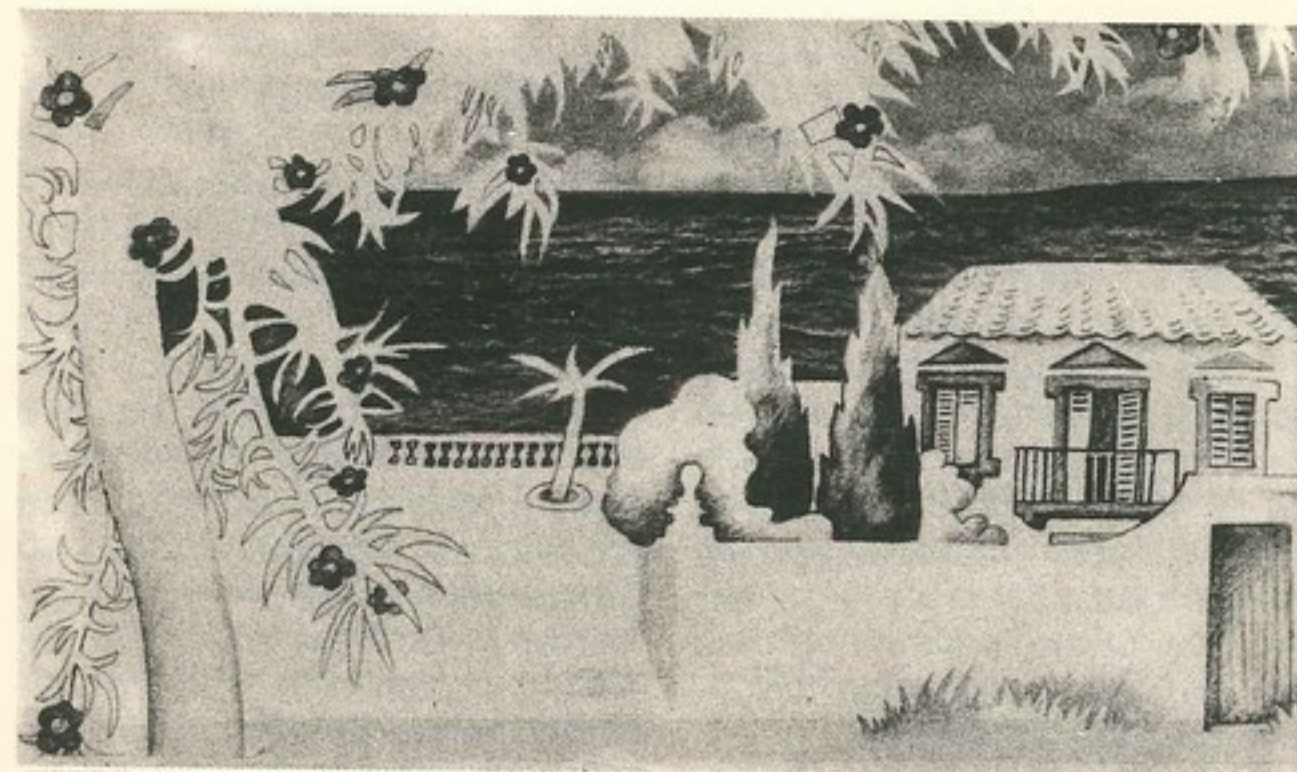
—¡Sólo les rogaría, y si ello no es mucha molestia, que me permitan llevarme a **Fido**! ¿Saben?, creo que hemos simpatizado —el mencionado levantó su hocico y movió la cola.

Mis amables vecinos me cedieron gustosos al perro, y padre e hijo me acompañaron hasta mi cabaña. Luego se retiraron, no sin antes reiterar que cualquier cosa que necesitara no vacilara en enviar al animal con un mensaje en el collar. Asegurándoles que así lo haría, saludé a los dos hombres, que comenzaron a descender nuevamente hacia el valle.

Agotado como estaba, luego de compartir mi cena con

Fido me dejé caer en el diván de la sala sin siquiera quitarme el calzado, y no tardé en quedarme profundamente dormido. Durante mi sopor de aquella noche me pareció escuchar un lejano sonido mezclado con el ahora suave murmullo del mar en calma. Como suele ocurrir en los estados febriles, se confundían en mis sueños la realidad exterior y las ensoñaciones. Me veía nuevamente en el lugar donde había sufrido el accidente, y volvía a percibir el sonido y el aroma del mar junto con aquel otro que me resultaba familiar y un tanto desagradable. ¿Pero qué era? Debo haber dado vueltas en el improvisado lecho durante toda la noche, pues cuando desperté por la mañana advertí que mis ropas estaban en total desorden. **Fido** no daba muestras de estar dentro de la casa, y ello me preocupó, hasta que un ruido en la cocina y el agradable aroma a huevos revueltos con tocino me indicó que alguien se estaba ocupando de mi desayuno.

Un tanto sorprendido, alisé mis ropas y me encaminé hacia el lugar de donde provenía el apetitoso perfume. El joven Masters me recibió con una sonrisa franca, al tiempo que retiraba la cafetera del hornillo.



—¡Hola señor Wilde! ¿Mejor, verdad?

—¿Qué tal, Donald? —respondí un tanto sorprendido por aquella atención del joven.

—¿Supongo que no tomará a mal mi intromisión en su casa? Ocurre que cuando llamé a la puerta no obtuve otra respuesta que los ladridos del “granuja” —el granuja era **Fido**—, y entonces decidí entrar. Lo vi a usted tan profundamente dormido que me pareció mejor dejarlo descansar un poco más y preparar un buen desayuno para ayudarlo a recuperar fuerzas.

Luego de reiterar mi agradecimiento, nos sentamos y disfrutamos juntos de aquello que sabía tan sabroso.

Mientras conversábamos animadamente, en mi cerebro

se fue formando un concepto casi un autorreproche: mi pequeño problema me había hecho olvidar a Margaret. ¡Qué fragilidad embarga nuestros sentimientos humanos!, me dije, y contemplé el mar a través de la ventana, oyendo como lejanas las palabras de mi visitante. Nuevamente yo estaba muy lejos, la figura de “ella” se materializaba segundo a segundo dentro de mi mente y el dolor de su ausencia se hacía sentir como una punzada.

El resto del día lo pasé arreglando algunos apuntes, mientras **Fido**, luego de entrar y salir, de corretear con su habitual vitalidad, había por fin gastado sus energías y permanecía echado en un rincón, emitiendo por momentos breves ronquidos que eviden-

temente le hacían despertar, y entonces resoplando de contrariedad elevaba un párpado y contemplaba mis movimientos para luego volver a su modorra. Reconozco que la cómica actitud del animalito paliaba en algo mi tristeza y soledad. Pensé entonces en lo que lo extrañaría a mi regreso a la **CITY**..., cuando ello ocurriera. Londres me envolvería en su niebla y yo sería una criatura doliente más de las que deambulan perdidas por sus entrañas.

Traté de apartar —con mucho esfuerzo de mi parte— todo tipo de ideas fantásticas o descabelladas con respecto a mi experiencia con aquel sonido como de “diapasón” que escuchara durante la tormenta, y luego volviera a oír en el extremo del túnel en la bodega del faro. Sin duda alguna el viento había incidido en alguna oquedad, convirtiéndola en una especie de “Arpa eólica”. Había llegado el ocaso y decidí beber una taza de té aromatizada con unas gotas de ron. El perro, advertido de mi movimiento, dio un respingo en su lugar y elevó su hocico, clavando en los míos sus ojos color miel; sin duda “el granuja” demandaba su ración de alimento. Le hice un guiño y el animal me siguió a la cocina me-

neando alegremente el rabo, sin dejar de relamerse.

Mis tardes, y más aún mis anocheceres, se tornaban insufribles día a día; daba vueltas por la casa como una fiera enjaulada, y lo que un momento antes consideraba que me brindaría algo de distracción quedaba dejado de lado al minuto siguiente. Rabioso me negaba a recurrir a la cobarde y fácil evasión del alcohol, consciente que de hacerlo iniciaría una marcha inexorable hacia mi destrucción, y aunque mi vida ya no significaba mucho para mí, el continuo recuerdo de mi esposa muerta me impedía declinar de una manera tan poco digna. Parecía que aún desde la extraña dimensión a la que ella había ingresado, llegaba hacia mí su preocupación porque me mantuviera con la suficiente entereza como para sobrellevar mi pena.

Durante muchas noches volví a escuchar, entre el rumor del viento y el mar, aquel extraño sonido. Cada noche se me hacía más dulce y profundo, hasta que comencé —o mejor dicho quizá mi imaginación comenzó— a tener todo tipo de alucinaciones. Me parecía que el sonido se prolongaba más noche a noche, que su duración era mayor. En un primer momento dese-

ché tal idea, pero al cabo de las tres primeras noches decidí comprobar si todo era una mala jugada de mi imaginación. Busqué entre mis pertenencias en una de las maletas, y hallé lo que buscaba; era un viejo pero preciso cronómetro “Longines” heredado de mi padre; tenso y sin ánimo para ingerir otra cosa que un poco de brandy, encendí mi pipa y me recliné en uno de los sillones con el instrumento dispuesto sobre la mesa ratona, aguardando que el extraño cántico se produjera.

Habían pasado unos minutos luego de la medianoche cuando, claro y más elevado que de costumbre, el fenómeno se repitió. De un salto tomé el cronómetro y accioné el mecanismo; la delgada aguja central comenzó su marcha circular sobre la nacarina esfera. Contuve el aliento y cuando el sonido cesó, oprimí el botón para detener la medición: **CUARENTA SEGUNDOS Y DOS DECIMAS** —leí.

Anoté la marca en un cuadernillo, y más tenso que antes aguardé durante otra hora hasta que nuevamente el distante diapasón emitió su canto. Esta vez tenía el “Longines” en mi mano derecha, por lo que inmediatamente repetí la operación de ponerlo en

marcha. No me sorprendió, no tenía por qué hacerlo, ya que el fenómeno, en el caso de depender de la duración de las ráfagas de viento, podría alterar su duración... Pero, lo que sí me inquietó fue que durante las tres noches siguientes cada registro de tiempo se extendía más y más. **AQUELLO SI ERA EXTRAÑO**, ¡nunca menos tiempo, siempre más! Entonces adopté una determinación.

Los Masters se mostraron extrañados por mi visita y más aún por mi decisión de dejarles a **Fido**. Antes que creyeran que el animal se había tornado en un estorbo para mí me apresuré a alegar una momentánea ausencia mía a la aldea, agregando que no deseaba dejar solo al animal en un sitio tan escarpado y peligroso como es el peñón en donde estaba emplazada mi cabaña. La buena gente aceptó mis excusas, pero no quedó del todo convencida y adiviné en los ojos de los tres algo de intranquilidad. Mis sospechas fueron confirmadas cuando, acompañándome hacia el exterior, Donald estrechó fuertemente mi mano al tiempo que clavando en los míos sus ojos francos y nobles, me dijo:

—¡Suerte, señor Wilde!... ¿No estará usted pensando en

cometer alguna locura, verdad?

Sonreí cansadamente y respondí:

—Si usted está pensando en que atentaré contra mi vida, le ruego que descarte tales ideas. De todas maneras, ¡gracias, mi buen amigo!, estimo su preocupación.

Donald volvió a palmearme la espalda y meneando la cabeza regresó al interior de su cabaña.

Mi pretexto había dado resultado, y pronto estaría frente a frente con el enigma.

Había tenido la prevención de dejar oculta entre unas matas una pequeña mochila con todo lo necesario para hacer una inspección en la gruta bajo el faro de **BLACK ROARER**, y por el mismo motivo había decidido dejar en casa de sus amos a **Fido**, ya que el animal por su movediza naturaleza hubiera podido sufrir alguna caída, más aún siendo una noche muy cerrada y con el cielo encapotado, lo que impedía al menos recibir la leve luz de la luna. Confieso que sentí inquietud. Pronto me enfrentaría con aquel orificio en el muro, y quizá con la cosa que emitía el melodioso aunque triste sonido.

Desde lejos la antigua estructura se me antojó similar a la de una de aquellas fan-

tásticas naves que H. G. Wells describiera en su novela "**La guerra de los mundos**", y que habiéndola leído de joven permanecía vívida en mi recuerdo con todos sus detalles. ¡Sí, la torre parecía una de las recordadas y terribles "**MAQUINAS MARCIANAS**". Sonreí al notar que a pesar de los años transcurridos, en mi interior quedaba algo de NIÑO.

Nuevamente me enfrenté a la decrepitud de aquel monumento a la técnica pasada de moda. Las carcomidas barandas atacadas de sal y tiempo no eran ya de confiar, y parecían dedos esqueléticos y devorados por una enfermedad maligna.

Todo permanecía quieto, extrañamente calmo para la época del año —clásica por sus tempestades—, como para la propia región, ya que su mismo nombre, **BLACK ROARER**, precisamente indicaba todo lo contrario. Empero, la oscuridad del cielo encapotado dificultaba la marcha; las tinieblas parecían devorar, beber ansiosamente el delgado haz de luz de mi linterna eléctrica. Por un momento lamenté no haber llevado a **Fido**, ya que aquel lugar era estremecedor y su alegre compañía habría paliado mi sensación de infi-

* NEGRO BRAMADOR o NEGRO RUGIDOR.

nita soledad, pero inmediatamente me alegré de haber hecho lo contrario, ya que estimaba al animalito, que debido a su dinámica torpeza hubiera corrido peligro de caer por el acantilado, que pese a no tener más de seis metros de altura representaba un serio peligro por las puntiagudas rocas del fondo.

Nuevamente levanté la planchuela de hierro oxidado que daba acceso al sótano o despensa, y mientras lo hacía nuevamente me asaltó la sensación de que en aquel lugar faltaba algo. ¡Es extraño! —pensé—, ¡yo nunca antes —salvo mi primera visita días atrás— había estado en el lugar, mal entonces podría notar la falta de **algo** en un sitio desconocido!... Sin dejar de esforzarme por dejar libre la entrada al cuarto subterráneo, mi mente buscó a mi pesar una respuesta, y sorpresivamente la halló justamente en el momento en que luego de deslizar mi cuerpo con cuidado, mis pies tocaron el primer escalón mohoso. "**RATAS**"... **¡NO HABIA NINGUNA RATA!** ¡Era eso lo que no encajaba en un lugar abandonado como aquél; inclusive recordaba las advertencias que siendo pequeño recibiera de mis mayores sobre la peligrosidad de estos auténticos "parásitos" de las naves y casas abando-

nadas! Verdaderas hordas famélicas de esas bestezuelas habían sido las responsables de no pocos ataques a hombres y mujeres, causándoles en algunos casos horribles heridas o la misma muerte.

Tragué saliva pensando en que si bien no las había visto, ello no indicaba a ciencia cierta que no las hubiere.

Me sentí tentado de retomar mi camino y volverme atrás, pero un detalle alentador me detuvo: **NO SE PERCIBIA EL CARACTERISTICO Y DESAGRADABLE OLOR QUE IMPREGNA LOS LUGARES FRECUENTADOS POR ESOS REPULSIVOS ANIMALES.**

Iluminé el camino delante de mí, y mi presunción fue confirmada: ningún movimiento de pequeños pies; ningún hocico puntiagudo y palpitante; ningunos ojillos rojos y ansiosos. "**ALLI NO HABIA RATAS, Y NO LAS HABIA HABIDO DESDE MUCHO TIEMPO ATRAS**".

La explicación podría estar en las mareas que indudablemente invadían el sitio en los momentos de pleamar... ¡Pero, no, no era válida, ya que ese tipo de animales sólo abandonaba los lugares anegados mientras el agua los invadía, para retornar cuando desaparecía el peligro; además es sabido que son hábiles nadadoras! Sin dejar de



pensar en la posible causa de aquel detalle insólito, noté que las mareas altas no coincidían, como días atrás, con las horas nocturnas, ya que apenas se advertía su rumor. Me aproximé al hueco en el muro derrumbado, y dirigí mi linterna hacia su interior: efectivamente, había apenas unos centímetros de agua, lo que confirmó mi presunción de que el horario para la pleamar estaba variando.

Improvise un asiento mediante unas tablas que arranqué del anaquel desvencijado y endurecido por acción del mar, y aguardé. Permanecí atento esperando comenzara el sonido que desde que llegara a la región pareciera susurrar lastimera y dulcemente, mezclándose con el rumor del mar y el viento.

Nunca fui muy valiente ni osado, pero tampoco de aquellos temerosos de lo sobrena-

tural. Desde pequeño mis temores habían sido materiales, físicos; temía a las víboras, a las arañas, a los incendios. habiendo sido quizá mi infancia templada en el estruendo y la destrucción de los bombardeos sobre Londres, mis **MIEDOS** se reducían sólo a lo material, cosa que por otra parte ocurría con frecuencia en aquellos que, como yo, habían pasado la mayor parte de la niñez sin otros "cucos" que los reales, tangibles y letales.

Sólo los cementerios me producían algo que podría calificarse como "**LEVE RESQUEMOR**", pero la cosa no iba más allá de la relación que inmediatamente hacemos con el lugar de tristeza y soledad para nuestros seres queridos. De manera que el mundo de lo **IRREAL** no existía para mí, o al menos estaba muy distante de inquietarme.

La oscuridad de un primer momento, luego que mis ojos se acostumbraron, se tornó en una leve penumbra que permitía al menos determinar el contorno de los objetos. Fugazmente, la brasa del hornillo de mi pipa, ante cada aspiración mía, se intensificaba y confería mayor nitidez al ámbito.

Dormirme no me dormí; no lo hubiese podido hacer en aquel lugar, no sólo por la incomodidad de mi asiento improvisado sino también por el temor de que las aguas invadieran, sin que yo lo percibiese, la habitación.

Fue como si desde muy lejos un suspiro se fuese transformando en un reclamo lastimero. Era dulce y terrible a la vez. Presté atención pero no descubrí nada que me indicara que el viento se había alzado; por lo mismo debí descartar mi primera hipótesis sobre el origen de aquel sonido. Sólo quedaba la posibilidad de que fuesen las aguas que al penetrar por los intersticios conectados con el mar hicieran tañer vigas metálicas, o entrechocar planchuelas de metal, parte de la estructura del faro. Sin embargo el vaho de agua salada, y aquel otro aroma que no lograba individualizar del todo, pero que me producía tristeza a la par que algo similar a la repugnancia,

aumentó en mí la presunción de que el sonido, el cántico, procedía de una criatura extraña pero viva. Recordé viejas leyendas que se remontan a los albores de la civilización, y que hablan de sirenas y seres mitad humanidad y mitad pez. Rememoré los comentarios de **ULISES** en la **Odisea**, referido al pasaje sobre su encuentro con las **SIRENAS**, y su afán por llevarlo a la destrucción junto con sus hombres, atrayéndolos con seductores cantos. Sacudí la cabeza desechando tonterías, pero en mi interior se repitió aquello de que: **TODAS LAS LEYENDAS PARTEN DE HECHOS REALES, DEFORMADOS POR LA SUPERSTICION POPULAR.**

Temiendo que "aquello" se asustase con mi presencia, me aproximé al hueco y agucé mi oído; escuché un suave sonido un tanto lejano de algo que se desplazaba en el interior. Algo así como un jadeo o respiración algo agitada fue repentinamente reemplazado por el cántico. Mis oídos se extasiaron con aquel sonido cálido y melancólico a la vez; sin quererlo ni intentar tampoco evitarlo, fue posesionándose de mí ser un sentimiento de embelesamiento, de paz y descanso; aquella voz era plañidera y humana. No había muchas inflexiones ni cambios de tono, pero indudablemente

procedía de una garganta humana; el aroma ya no se me hacía tan odioso como antes; mi mente recorría ensoñaciones; volvía hacia momentos felices del pasado. Transportado por la melodía me encontré sorprendido en un estado de felicidad y éxtasis; ya no me importaba nada más que continuar oyendo aquel sonido. ¡No, no era ningún fenómeno acústico!... ¡ERA UNA VOZ DULCE, SUGESTIVA Y DOLIENTE!

Creo que perdí momentáneamente la noción de las cosas; poseído siempre por aquella sensación de bienestar inefable, dirigí mi linterna hacia el interior del túnel y accioné el mecanismo. En el mismo momento en que el haz de luz serpenteó por las húmedas paredes, me arrepentí de mi acción, pues el cántico cesó y sólo pude observar un movimiento de algo que se ocultó rápidamente en el recodo del pasadizo, donde éste comenzaba a ensancharse. Me pareció descubrir una sombra etérea, o envuelta en tules y gasas, y bajo ellas la silueta de una mujer...

Como un poseso, sintiendo que mis ropas se desgarraban en los bordes filosos del túnel, intenté introducirme lo más rápidamente posible y alcanzar a la SOMBRA, pero mi prudencia pudo más al notar,

vuelto a la realidad, que el agua comenzaba a invadir el lugar. La marea estaba recomenzando su rito milenario y muy pronto todo quedaría sumergido. Retrocedí lentamente, al tiempo que sin saber por qué mis ojos se llenaron de lágrimas y me alejé llorando como un niño, porque ahora que había cesado el encanto en que me había hallado inmerso, sentía que, sin saber cómo, aquella "criatura" me había acercado a MARGARET. También tenía la certeza de que aquel aroma que tanto me afectara, aquel perfume mezclado con el del agua de mar era **EL PERFUME DE FLORES MARCHITAS** que había acompañado a mi esposa a su última morada.

Más que caminar, deambulé rumbo a mi cabaña con el alma llena de dolor; más que nunca los recuerdos de mi dicha pasada invadían mis sentimientos. Llegué como un borracho y me dejé caer en un sillón. Luego me tomé la cara con ambas manos y rompí en un llanto profundo que en un momento no preciso se convirtió en piadoso sueño.

Mi primera intención al despertar fue retornar al lugar e iniciar una minuciosa investigación en busca de algún indicio que definitivamente aclarara mis pensamientos.

Nunca había creído en otra cosa que lo que mis sentidos pudieran captar y discernir. Para mí el mundo irreal de espíritus, fantasmas y dimensiones extrañas, habían sido sólo fábulas y pueriles infantilismos creados por mentes fértiles o ansiosas de hallar, en la creencia de una vida posterior a la física, un consuelo a sus pérdidas, dolores o simplemente al temor humano, de la **extinción total y definitiva**. Pero ahora todo vacilaba en torno de mí; un universo materialista tambaleaba y amenazaba con ser reemplazado por otro preñado de misticismo y superstición.

Miré hacia el mar; con desasosiego comprendí que la marea aún no había bajado, y que yo no podría emprender la ansiada revisión del túnel.

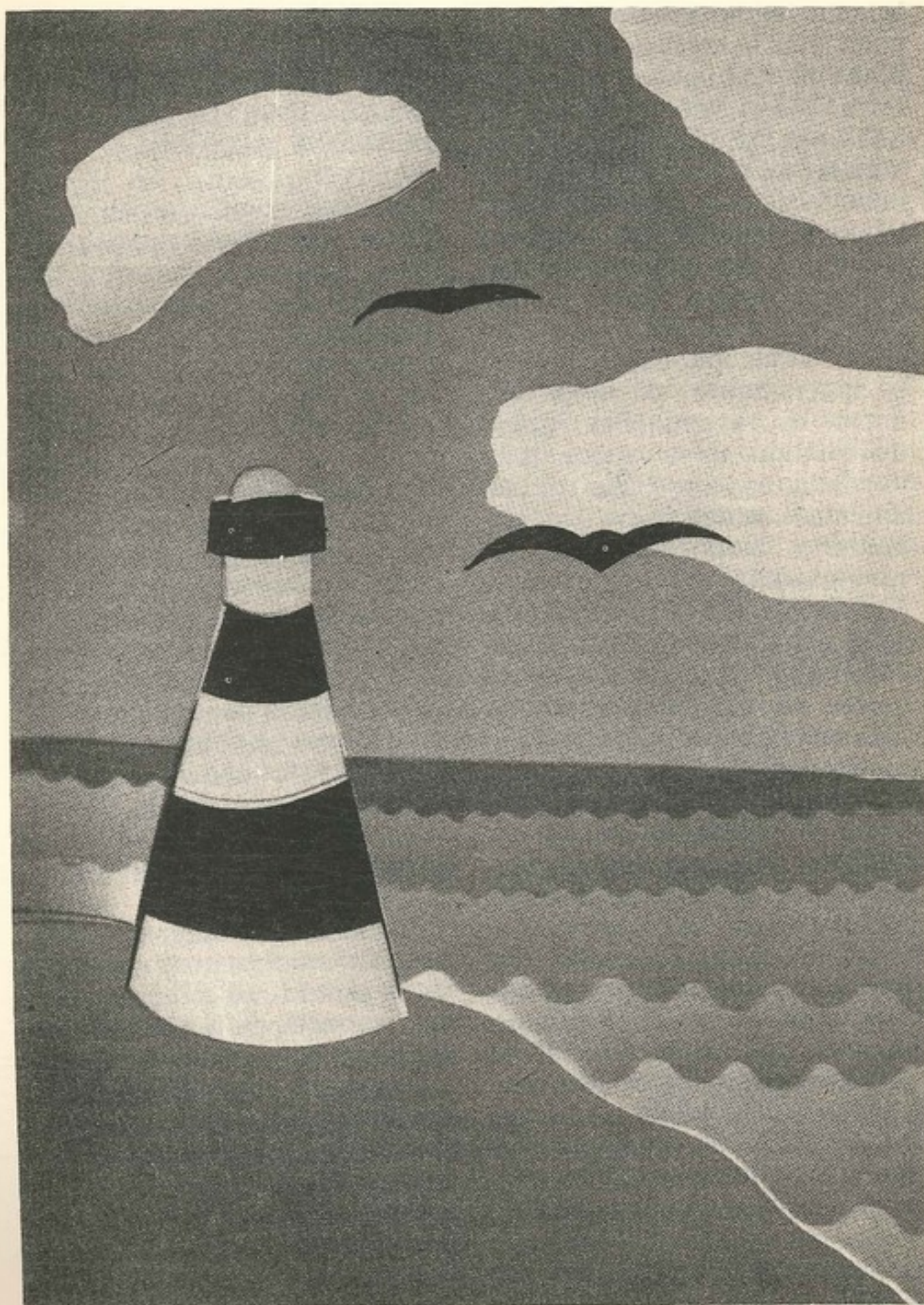
Hasta algunas horas después del mediodía permanecí sentado frente a la ventana, sin lograr concentrarme en la lectura de un libro tomado al azar. A cada momento mis ojos saltaban de la **retomada línea** para observar el mar; alrededor de las cuatro de la tarde noté que los postes indicativos de la playa acusaban bajante en el nivel de las aguas.

Con el ánimo tenso, y sintiéndome alocado por una premura desconocida en mí, me dispuse a volver al lugar

de la noche anterior. ¡Debía..., necesitaba saber qué era, quién, o de quién era, LA TRISTE SOMBRA DEL FARO DE **BLACK ROARER**!

No me costó mucho recorrer el tramo ya conocido del túnel, luego llegué a otro que ascendía y que finalizaba abruptamente en una pared de escombros, pero que a la vez se bifurcaba en otro túnel descendente, presumiblemente hacia el mar que escuchaba a lo lejos. Mis ojos recorrían palmo a palmo el piso húmedo y resbaloso, intentando descubrir algún rastro dejado por "la sombra". Pero tan sólo pequeñas depresiones en el manto de algas indicaban que algo un tanto pesado acostumbraba caminar por el lugar. De todas formas la cotidiana entrada del mar hacía imposible precisar con exactitud si aquello no era producto de las corrientes.

El sonido del mar se acentuaba a medida que avanzaba, y de pronto me hallé frente a una especie de habitación natural en cuyo extremo se observaba un hoyo de unos cinco metros de diámetro. Con las sienes laténdome, me aproximé al lugar y se me anudó la garganta al comprobar que daba directamente al mar. Allí terminaba todo. A sólo dos metros se podía con-



templar el mar que dejaba pasar algo de la luz que recibía sin duda del sol, tras el muro formado por la pared exterior del breve acantilado donde estaba sustentado el faro. Allí, en aquella pequeña laguna en la roca horadada, terminaba todo; recordé lo referido por los Masters acerca del pescador de cangrejos y concluí que sin duda era ése el lugar donde procuraba sus **notables** ejemplares. Era algo así como un vivero o criadero natural donde aún no habían llegado los pescadores, por lo que a no dudar alguna contendría realmente especímenes bien desarrollados.

Desalentado por aquel imprevisto final de mi búsqueda retomé el camino hacia la salida; nuevamente llegué al lugar donde el túnel se bifurcaba; una de las aberturas se veía obstruida por un presunto desmoronamiento. Sin mayor entusiasmo se me ocurrió tomar algunas rocas y quitarlas del lugar, presumiendo de antemano que sería inútil, ya que sin duda serían demasiadas como para lograr despejar el pasaje. Puedo jurar que no sentí miedo, pero sí me tomó de sorpresa y no pude evitar una exclamación... Luego de haber quitado cinco o seis piedras, la oquedad se despejó lo suficiente como para descubrir en su interior una

osamenta humana que parecía contemplarme irónicamente desde su posición ridículamente contorsionada, como un tragicómico títere abandonado. Luego del sobresalto contemplé, no sin algo de repugnancia, el macabro hallazgo. No se advertían restos de ropa, o señales de violencia. ¡Claro que yo distaba mucho de poder afirmarlo, ya que ello correspondería determinarlo a un forense y no a mí! Lo único de lo que sí estaba completamente seguro es que aquellos restos deberían llevar mucho tiempo en aquel lugar, ya que su aspecto era el de porcelana muy blanca, sin duda debido a la continua acción del agua salada. De inmediato vino a mi recuerdo la referencia al pescador de cangrejos, repentinamente desaparecido años atrás, y no logré evitar pensar que allí estaba la explicación, y que aquel esqueleto era todo lo que quedaba del desdichado que fuera atrapado por el derrumbe, o alcanzado por la marea antes de lograr ponerse a cubierto. Un sarcástico pensamiento inmediatamente me estremeció: **el desgraciado había obtenido su comida mediante los cangrejos y, sin duda alguna, luego de su muerte, éstos se habían alimentado de él.**

Más apenado y frustrado por mi inútil búsqueda de una acla-

ración sobre la sombra que me fascinara con su cántico la noche anterior que por el tétrico hallazgo, decidí dirigirme a la aldea y comunicar la novedad al delegado de la policía.

Quizá por mi conocimiento del sitio, o por especial consideración, se me permitió integrar el grupo de hombres que penetró y despejó completamente el lugar, para finalmente extraer los restos humanos. Brevemente realizamos una revisión en el presunto túnel donde se encontrara el esqueleto, pero era simplemente un hueco de sólo unas yardas, que finalizaba en una sólida pared de roca. Luego reconocimos la bóveda terminal en la que el mar había horadado un hueco en el piso, y donde todo hacía presumir obtenía sus presas el pescador.

El médico forense sólo pudo establecer que el resto óseo no presentaba señales de fracturas o violencia, y sólo se pudieron elaborar tres posibilidades: **que el hombre había sido sorprendido por la marea, sin posibilidad de llegar a la salida; que se había dormido o emborrachado cuando esto le sucedió; o que el desmoronamiento no le había permitido huir antes de perecer ahogado, aunque la caída de**

las rocas bien podría haber ocurrido mucho después, detalle imposible de precisar debido al tiempo transcurrido.

Debo haber puesto cara de estúpido y sorprendido a la vez, porque todos se volvieron a contemplarme, cuando el delegado de policía dijo aquello:

—¡Bueno, al fin y al cabo hemos resuelto el problema sobre la extraña desaparición del pescador de cangrejos...! ¡Pero nunca sabremos del todo cómo sucedió! Lo importante es evitar que se repita. Mañana mismo ordenaré que se tapie este lugar; que se rellene con piedras si ello es posible o, de lo contrario, dispondré que se dinamite el faro mismo.

—¡Pe... pero! —alcancé a balbucear.

—¿Qué le ocurre, señor Wilde? ¿Supongo que no hallará objeción a ello? ¡A usted mismo pudo ocurrirle algo parecido! ¡Además tengamos en cuenta que a algún turista o a un niño se le puede ocurrir meterse ahí!

El grupo de hombres coincidió con un general asentimiento de cabeza seguido de un murmullo. En cambio yo sentí que aquello me privaría de descubrir definitivamente a la criatura cantora. Mi mente era un torbellino de ideas y sentimientos encontrados. Por



un lado mi cordura me indicaba que todo aquello quizá era producto de mi imaginación, y de todas formas no debía necesariamente relacionarlo con Margaret. ¡Margaret! —estuve a punto de gritar, pero me detuvo el vestigio de prejuicio que me restaba, y permanecí callado contemplando cómo los hombres comenzaban a ascender la escalinata.

El delegado de la policía advirtió mi estado, y tomándome cordialmente por un brazo me invitó a subir.

—¡Y no vuelva usted por aquí... es peligroso! —casi rogó amablemente.

Hace unos minutos estuve en casa de los Masters; bebí junto a ellos una copa de vino, admiré la dulzura de la tosca mujer, acaricié la cabeza de **Fido**, y, finalmente decidido, me encaminé al faro. Descendí la escalinata y esperé pacientemente a que se repitiera la extraña presencia de la triste sombra que canta, que susurra casi lastimeramente en la oquedad. Esta vez no he traído conmigo la linterna eléctrica; no quiero repetir mi error de ayer noche..., en esta ocasión dejaré que quien canta tan dulcemente se acerque; trataré de ir a su encuentro y saber definitivamente si es —de alguna forma ca-



si mágica— mi Margaret, o simplemente un producto de mi imaginación..., de mi pena que quiere convencerme de ello... ¡Sin embargo..., ese aroma, el aroma a flores marchitas, es el mismo que se marchó con ella...!

En mi mente bailotean mil ideas; he dejado tras de mí toda una vida de cordura para dejarme llevar por fantasías que tal vez sean sólo el producto de mi sufrimiento, de la dolorosa pérdida de mi esposa... De todas formas ya no puedo echarme atrás. Mañana muy temprano destruirán mi última ilusión. Cubrirán todo el hueco, y hasta quizá vuelen el lugar..., y yo no quiero continuar vacío por

dentro como hasta ahora. Es posible que **“la sombra que canta tan dulcemente en la noche”** reaparezca en algún otro lugar de la costa, pero para mí significa demasiado arriesgada tal posibilidad.

¡Ya llega...! ¡De nuevo percibo el aroma mezcla de flores y mar! ¡Ya comienza a cantar dulcemente! ¡Me canta a mí! ¡A mi alma...!, ¡nuevamente me inunda de paz y dicha...! ¡Y esta vez se aproxima sin temor hacia mí..., lo presiento, me lo indica la proximidad de su voz...!

Se me ocurre la idea de que algo no encaja en lo del esqueleto del presunto pescador de cangrejos: **¿qué hacía el desdichado en el breve túnel**



de la bifurcación, si no lleva a ningún lado...? ¡Tendría que haber estado junto a la pequeña laguna que da al mar...! ¡No es lógico! ¡Ni siquiera para descansar necesitaba estar en ese lugar...! ¿Y con respecto a esa TRISTE SOMBRA QUE ME SEDUCE CON SU CANTICO sin dejar de aproximarse...? ¿Por qué ha de ser algo bueno, y en cambio no algo monstruoso que sólo desea apoderarse de mí...? ¡No lo sé..., no estoy seguro de nada...! Además ya es demasiado tarde..., está casi junto a mí..., algo extrañamente tibio me roza una mano, me recorre el brazo y llega a mi rostro... y canta..., canta y me envuel-

ve en su perfume, siendo su respirar, su jadeo... Mi recuerdo vuela a casa de los Masters. Los veo rodeando el hogar de leños crepitantes y alegres. Dudo. Pienso si no debería haberme quedado allí junto a ellos, junto a **Fido**... Recuerdo al perro y siento pena... y temor, un temor creciente de haberme equivocado..., de dejarme envolver tan fácilmente en algo desconocido... **Algo** que continúa cantando y tocándome el rostro..., el cuello, el torso..., los brazos... ¿Será...? ¡Oh, Dios, si tan sólo alguien elevara por mí una oración..., si alguien elevara una plegaria por mí...!

FIN

TODOS VOSOTROS ZOMBIES...

por ROBERT A. HEINLEIN

Cuando Robert A. Heinlein publicó sus cuentos de 6 x H, Pierre Versins, uno de los descubridores de Defontenay, expresó que el autor poseía el arte de hacer posible el futuro. Estos cuentos circularán con el título de LA DESAGRADABLE PROFESION DE JONATHAN HOAG, que corresponde al primero del volumen, editados por Ediciones Martínez Roca, distribuidos en la Argentina por El Caballito. Uno de ellos, "Todos vosotros zombies...", cedido gentilmente por los editores, es el que se reproduce a continuación:

2217 ZONA DE TIEMPO V (ESTE) 7 noviembre 1970. Nueva York. «Café de Papá».

Estaba yo sacándole brillo a una copa de coñac cuando entró Madre Soltera. Observé la hora: 10.17 de la noche, zona cinco, o bien tiempo este, 7 de noviembre de 1970. Los agentes temporales siempre observan la hora y la fecha. Tenemos la obligación de hacerlo.

Madre Soltera era un hombre de veinticinco años, no más alto que yo, de rasgos inmaduros y temperamento irritable. No me gustó su aspecto —nunca me había gustado— pero yo estaba aquí para reclutarle; era mi muchacho. Le ofrecí mi mejor sonrisa de camarero.

Tal vez yo sea demasiado exigente. No es que fuera desagradable; le habían dado ese apodo por lo que él contestaba siempre que algún curioso le preguntaba por su trabajo.

—Soy una madre soltera —y, si no es que sentía deseos de estrangularle, añadía—: ...a cuatro centavos la palabra. Escribo historias del corazón.

Si se sentía realmente asesino esperaba a que el otro hiciera alguna observación al respecto. Su estilo de lucha era criminal y bajo, como el de una mujer policía..., una de las razones por las que yo le buscara. Pero no la única.

Ahora estaba muy cargado y en su rostro se leía claramente que despreciaba a todos más de lo acostumbrado.



Silenciosamente le servi una copa doble del Viejo Curaloto y dejé la botella. Se la bebió y se sirvió otra.

Sequé la superficie de la barra.

—¿Cómo va el negocio de Madre Soltera?

Sus dedos se engarfiaron en torno a la copa y pareció a punto de tirármela. Busqué el garrote bajo la barra. En las manipulaciones temporales, uno trata de calcularlo todo, pero los factores son tantos que la experiencia aconseja no correr riesgos inútiles.

Le vi relajarse, al menos ese mínimo que uno aprende a observar en la escuela de adiestramiento del Departamento.

—Lo siento —dije—. Sólo preguntaba cómo le iba el ne-

gocio. Si quiere tradúzcalo por cómo está el tiempo.

Parecía amargado.

—El negocio va bien. Escribo esas cosas, ellos las imprimen y yo como.

Me serví una copa y me incliné hacia él.

—En realidad usted escribe muy bien —dije—. He leído unas cuantas historias. Tiene una intuición sorprendente, con un punto de vista femenino.

Era una metedura de pata pero había que arriesgarse, porque él no admitía nunca los seudónimos que utilizaba. Pero estaba lo bastante cargado para pescar sólo mis últimas palabras.

—¡Punto de vista femenino! —repitió con un gruñido—. Sí,

yo conozco muy bien ese punto de vista. A la fuerza.

—¡Ah!, ¿sí? —dije, confuso—. ¿Por sus hermanas?

—No. No me creería aunque se lo contara.

—Vamos, vamos —contesté suavemente—, los camareros y los psiquiatras llegan a saber que no hay nada más extraño que la verdad. Mire, hijo, si usted oyera tantas historias como yo..., bueno, se haría rico. Cosas increíbles.

—Usted no sabe ni lo que significa «increíble».

—¿Que no? Nada me asombra ya. Siempre he oído algo peor.

Gruñó de nuevo.

—¿Quiere apostar el resto de la botella?

—Le apostaré una botella llena.

Y coloqué una sobre la barra.

—Bien...

Hice señas al otro camarero para que se encargara del servicio. Estábamos en el extremo más lejano de la barra, un espacio con un solo taburete que yo me reservaba siempre llenando el mostrador de botellas de huevos en salmuera y botellas. Algunos clientes se hallaban en el otro extremo observando el televisor, y alguien andaba buscando en la máquina de discos. El lugar que ocupábamos resultaba tan privado como una cama.

—De acuerdo —empezó—. En primer lugar, soy un bastardo... Y lo digo en serio; mis padres no estaban casados.

—Sigue sin haber distinción —insistí—. Tampoco lo estaban los míos.

—Cuando...

Se cortó de pronto y me lanzó la primera mirada cálida que había visto en sus ojos.

—¿Lo dice usted en serio?

—Ya lo creo. Ciento por ciento bastardo. En realidad —añadí—, nadie de mi familia se ha casado jamás. Todos bastardos.

—No intente tomarme el pelo. Usted está casado —y señalaba mi anillo.

—¡Oh, eso! —se lo enseñé—. Parece un anillo de boda, pero sólo lo llevo para alejar a las mujeres. Ese anillo es una antigüedad que le compré en 1985 a un compañero de operaciones; él lo obtuvo de la Creta precristiana. El gusano Uroboros..., la Serpiente del Mundo que se muerde su propia cola, por siempre sin fin. Un símbolo de la Gran Paradoja.

Apenas la miró.

—Si realmente es usted bastardo, ya sabe cómo se siente uno. Cuando yo era una niña pequeña...

—¿Cómo? —chillé—. ¿Le he oído bien?

—¿Quién está contando esta historia? Cuando yo era una niña pequeña... Oiga, ¿es que nunca ha oído hablar de Christine Jorgenson? ¿O de Roberta Cowell?

—Ya, casos de cambio de sexo. ¿Está tratando de decirme...?

—No me interrumpa ni me haga preguntas, de lo contrario no hablaré. Fui una niña abandonada. En mil novecientos cuarenta y cinco, contando apenas un mes, me dejaron en un orfanato de Cleveland. De pequeña envidiaba a los que tenían padres. Luego, cuando aprendí acerca del sexo, y créame, Papá, en un orfanato se aprende muy aprisa.

—Lo sé.

—...hice el juramento solemne de que mis hijos tendrían papá y mamá. Eso me mantuvo pura, toda una hazaña en aquel ambiente. Tuve que aprender a luchar para conseguirlo. Luego fui creciendo y comprendí que tenía muy pocas oportunidades de casarme..., por la misma razón por la que no había sido adoptada —gruñó—. Tenía cara de caballo, dientes torcidos, el pecho plano y el pelo liso.

—No parece más feo que yo.

—¿Y a quién le importa el aspecto de un camarero? ¿O de un escritor? Pero la gente que quiere adoptar a una niña

elige a las idiotas de ojos azules y rizos dorados. Más tarde los chicos quieren unos buenos pechos y una cara bonita que sepa decir, «¡Oh, eres maravilloso!». —se encogió de hombros—. No podía competir. Así que decidí unirme a las C.N.E.F.S.H.E.

—¿Qué?

—Cuerpo Nacional de Emergencia Femenino, Sección de Hospitalidad y Entretenimiento, lo que ahora llaman «Ángeles del Espacio» Grupo Auxiliar, Legiones Extraterrestres.

Conocía ambos términos, una vez los hube sincronizado. Aunque ahora utilizamos un tercer nombre. Es ese cuerpo *élite* dentro del servicio militar: Orden de Hospitalidad Femenina para Confortar y Animar a los Astronautas. Las diferencias de vocabulario son uno de los mayores problemas para los saltos en el tiempo. ¿Saben ustedes que «estación de servicio» significaba en otro tiempo un lugar donde vendían pequeñas cantidades de gasolina? Una vez que me enviaron a la era de Churchill, una mujer me dijo: «Reúnete conmigo en la siguiente estación de servicio», y *no* es lo que parece, ya que en esa época no había camas en las estaciones de servicio.

El seguía hablando.

—Era en aquellos momentos en que por vez primera confe-

saron que no era posible enviar a los hombres al espacio durante meses y años sin aliviarles esa tensión. ¿Se acuerda de cómo chillaron los puritanos? Eso mejoró mis oportunidades, pues las voluntarias eran escasas. Una chica tenía que ser respetable, preferentemente virgen (les gustaba enseñarles desde el principio), de una inteligencia superior a lo normal y emocionalmente estable. Pero la mayoría de las voluntarias eran viejas busconas, o neuróticas, que se desmoronaban a los diez días de estar lejos de la Tierra. De modo que no necesitaba ser guapa. Si me aceptaban, me arreglarían los dientes, me ondulaban el pelo, me enseñarían a caminar, bailar, a saber escuchar a un hombre de modo que le agradara y todo lo demás, aparte de entrenarme para los deberes principales. Incluso utilizarían la cirugía estética si fuese necesario. Nada resultaba demasiado bueno para Nuestros Muchachos.

»Más aún: se aseguraban de que una no se quedara embarazada durante el entrenamiento, y una tenía casi la certeza de que se casaría al fin del servicio. Es lo mismo que ocurre hoy, las "Ángeles" se casan con los hombres del espacio..., hablan el mismo lenguaje.

»Cuando tenía dieciocho años me colocaron en una casa como "ayuda de la madre". Esta familia sólo quería una sirvienta barata, pero a mí no me importaba, ya que no podía alistarme hasta que no tuviera veintiún años. Hacía los trabajos de la casa e iba a la escuela nocturna, es decir, simulaba que me iba a continuar los estudios de escuela superior, taquigrafía, etcétera, pero en cambio asistía a unas clases de Belleza y Encanto a fin de mejorar mis oportunidades para el alistamiento.

»Allí conocí a un rufián de la ciudad con sus billetes de cien dólares —hizo un gesto despectivo—. Le aseguro que aquel inútil tenía un montón de

billetes de cien dólares. Me los enseñó una noche y me dijo que tomase los que quisiera.

»Pero no lo hice. Me gustaba. Era el primer hombre que había conocido y que se mostraba amable conmigo sin tratar de quitarme los pantalones. Pronto dejé de asistir a las clases para verle más a menudo. Fue la época más feliz de mi vida.

»Y luego, una noche, en el parque, sí me quitó los pantalones.

Se detuvo. Yo pregunté:

—¿Y entonces?

—¡Entonces, nada! Ya no volví a verle. Me acompañó a casa, me dijo que me amaba, me dio un besito de despedi-

da... y ya no volvió —su rostro era muy grave—: ¡Si le encontrara, le mataría!

—Bien —le dije con aire comprensivo—: Sé cómo se siente. Pero matarle..., sólo por hacer algo que es tan natural, hum... ¿Luchó usted?

—¿Cómo? ¿Qué tiene eso que ver?

—Bastante. Tal vez él se merezca un par de brazos rotos por forzarla, pero...

—Se merece algo peor que eso. Espere hasta haber oído el final. En realidad evité las sospechas de todos y decidí que en el fondo había sido mejor. Realmente no le había amado, y probablemente jamás amaría a nadie, y ahora estaba más ansiosa que nunca de



Umbral Tiempo Futuro

unirme a las C.N.E.F.S.H.E. No estaba descalificada, porque no insistían en que fuéramos vírgenes. Me alegré.

»Pero cuando las faldas empezaron a quedárame estrechas, lo comprendí.

—¿Embarazada?

—¡El muy bastardo me había dejado así! Las personas con quienes vivía no hicieron el menor caso mientras pude trabajar; luego me echaron y el orfanato no quiso aceptarme de nuevo. Aterricé en un hogar de caridad, rodeada por otras chicas con barriga, y limpié orinales hasta que me llegó la hora.

»Una noche me encontré en la mesa de operaciones con una enfermera al lado que me decía:

«—Relájese. Ahora, inspire profundamente.

»Me desperté en la cama, sin sentir nada del pecho para abajo. Entró el cirujano.

«—¿Cómo se encuentra? —me preguntó alegremente.

«—Como una momia.

«—Naturalmente, está tan envuelta en vendas como una de ellas, y llena de drogas para que no sienta nada. Está bien..., pero una cesárea no es cosa de broma.

«—¿Cesárea? —dije—. Doctor, ¿perdí al bebé?

«—¡Oh, no! El bebé está muy bien.

«—Ya. ¿Niño o niña?

«—Una niña muy sana. Dos kilos cuatrocientos gramos.

»Me relajé. Ya era algo, el haber tenido una hija. Me dije a mí misma que me iría a algún otro lugar. Me pondría "señora", delante del nombre y convencería a la nena de que su papá había muerto... ¡Nada de orfanatos para *mi* niña!

»Pero el cirujano seguía hablando.

«—Dígame..., eh... —evitaba decir mi nombre—. ¿Ha pensado alguna vez que había algo raro en sus glándulas?

»Le dije:

«—¿Cómo? Claro que no. ¿Qué se propone decirme?

»Vaciló.

«—Se lo diré todo; luego le daré una inyección para que se le pase el ataque de nervios. Porque va a tener uno.

«—¿Por qué? —pregunté.

«—¿Ha oído hablar de ese doctor escocés que fue mujer hasta los treinta y cinco años? Luego sufrió una operación y se convirtió legalmente y médicamente en hombre. Y se casó. Y todo fue bien.

«—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

«—Eso es lo que yo digo. Usted es un hombre.

»Traté de incorporarme:

«—¿Cómo?

«—Tómeselo con calma. Cuando la abrí me encontré con un lío. Hice venir al jefe de cirugía mientras sacaba a

la niña, y celebramos consulta mientras usted estaba en la mesa de operaciones... Trabajamos durante horas para salvar lo que pudiéramos. Usted tenía dos juegos completos de órganos, ambos inmaduros, aunque el femenino estaba lo suficientemente desarrollado como para haber tenido un bebé. Ya no le serviría de nada en el futuro, así que se lo sacamos y arreglamos las cosas para que usted pudiera desarrollarse de modo adecuado como hombre —me puso la mano en la cabeza—. No se preocupe. Usted es joven, sus huesos se reajustarán, observaremos su equilibrio glandular y haremos de usted un magnífico muchacho.

»Yo empecé a llorar.

«—¿Y mi nena?

«—Bien, no puede darle el pecho, no tiene bastante leche ni para un gatito. Si yo estuviera en su lugar no volvería a verla..., la entregaría para que la adoptaran.

«—¡No!

»Se encogió de hombros.

«—La elección es suya, usted es su madre..., o mejor dicho, su padre. Pero no se preocupe ahora de eso; primero le pondremos bien a usted.

»Al día siguiente me dejaron ver a la niña y la vi a diario..., tratando de acostumbrarme a ella. Nunca había visto un bebé recién nacido, y no tenía

idea de lo feísimos que son... Mi hija parecía un monito. Mis sentimientos pasaron a la fría decisión de conservarla. Pero cuatro semanas más tarde eso ya no tuvo importancia.

—¿Por qué?

—Me la robaron.

—¿Se la robaron?

Madre Soltera casi derribó la botella que habíamos apostado.

—¡Secuestrada..., robada de la sala de niños del hospital! —respiraba con dificultad—. ¿Qué le parece, quitarle a un hombre lo único por lo que tiene interés de seguir viviendo?

—Repugnante —dije—. Permítame que le sirva una copa. ¿No hubo pistas?

—Nada que la policía pudiera encontrar. Alguien vino a verla afirmando ser su tío. Mientras la enfermera volvía la espalda, se largó con ella.

—¿Y la descripción?

—Sólo un hombre, con una cara vulgar, como la suya o la mía —frunció el ceño—. Yo creo que era el padre de la niña. La enfermera juró que era más viejo, pero probablemente iba caracterizado. ¿Quién más querría llevarse a mi nena? Las mujeres sin hijos suelen hacer a veces esos disparates... pero, ¿quién supo jamás que lo hiciera un hombre?

—¿Y qué fue de usted entonces?

—Once meses y tres operaciones más en aquel lugar horrible. A los cuatro meses empezó a salirme la barba, antes de salir de allí ya me afeitaba con regularidad... y no me cabían dudas de que era un hombre —sonrió amargamente—, porque ya les miraba los escotes a las enfermeras.

—Bueno —le dije—, me parece que salió bastante bien librado. Aquí está, un hombre normal, ganando buen dinero y sin problemas. Y la vida de una mujer no es tan fácil.

Me miró.

—¡Sí que sabrá usted mucho de eso!

—¿Por qué lo dice?

—¿Ha oído alguna vez esa expresión «una mujer arruinada»?

—Hum..., hace años. Actualmente no significa gran cosa.

—Pues a mí sí me arruinaron por completo como mujer. Aquel bastardo sí fue mi ruina, porque ya no era una mujer... y no sabía cómo ser hombre.

—Supongo que hay que acostumbrarse.

—¡Y que lo diga! Y no me refiero al hecho de aprender a vestirse, o a no meterse en los lavabos de señoras. Todo eso lo aprendí en el hospital. Pero, ¿de qué iba a vivir? ¿Qué trabajo podría conseguir? ¡Diablos, si ni siquiera



sabía conducir un coche! No sabía nada de negocios, no podía hacer un trabajo manual, mi piel era demasiado delicada.

»Le odié también porque me había impedido unirme a las C.N.E.F.S.H.E., pero no llegué a comprender cuánto le odiaba hasta que traté de entrar en el Cuerpo Especial. Una mirada a mi vientre y me declaraban no apto para el servicio militar. El oficial médico me dedicó largo rato por pura curiosidad; había leído acerca de mi caso.

»De modo que cambié de nombre y me vine a Nueva York. Primero trabajé de cocinero; luego alquilé una máquina de escribir y traté de trabajar como estenógrafo público..., ¡qué risa! A los cuatro meses sólo había escrito a máquina cuatro cartas y un manuscrito. El manuscrito era *Cuentos de la vida real*, y no valía ni el papel que se utilizó, pero el tipo que lo escribiera consiguió venderlo. Lo cual me dio una idea. Compré un montón de revistas del corazón y las estudié —su gesto era cínico ahora—. Ya sabe, pues, de dónde saqué el auténtico punto de vista femenino para una historia de madres solteras... A través de la única versión que no he vendido: la verdadera. ¿Me he ganado la botella?

La empujé hacia él. También yo estaba trastornado, pero había trabajo que hacer. Le dije:

—¿Todavía quiere ponerle las manos encima a aquel hijo de perra?

Sus ojos se iluminaron con un brillo salvaje.

—¡Cuidado! —le dije—. ¡No se pondrá matarlo!

Rió de modo muy desagradable.

—Póngame a prueba.

—Calma. Sé más al respecto de lo que usted cree. Puedo ayudarlo. Porque sé dónde está.

Me agarró por encima de la barra.

—¿Dónde está?

Le dije suavemente:

—Suélteme la camisa, hijito..., o aterrizará en el callejón y les diremos a los policías que se desmayó —y le mostré el garrote.

Me soltó.

—Lo siento. Pero, ¿dónde está? —me miró—. Y ¿cómo sabe usted tanto?

—Todo a su tiempo. Hay informes: informes del hospital, informes del orfanato, informes médicos. La matrona de su orfanato era la señora Fetherage, ¿no es cierto? A ésta sucedió la señora Gruenstein, ¿verdad? ¿No se llamaba usted «Jane» de niña? Y de todas estas cosas no me dijo nada, ¿verdad?

Lo había desconcertado, incluso asustado un poco.

—¿Qué es esto? ¿Trata de buscarme problemas?

—Desde luego que no. Sólo deseo su propio interés. Puedo ponerle a ese tipo en las manos. Haga con él lo que le parezca..., y le garantizo que saldrá adelante con ello. Pero no creo que lo mate. Estaría chalado si lo hiciera..., y usted no está chiflado. No del todo.

Rechazó la idea.

—No me venga con ésas. ¿Dónde está?

Le serví una copa. Estaba borracho, pero la cólera le disipaba la borrachera.

—No tan aprisa. Yo hago algo por usted..., y usted hace algo por mí.

—Ya..., ¿qué?

—A usted no le gusta su trabajo. ¿Qué le parece una paga mejor, un trabajo seguro, una cuenta de gastos ilimitada, ser su propio jefe y disfrutar de numerosas y variadas aventuras?

Me miró fijamente.

—Pues le diría: ¡no me venga con cuentos chinos! Vamos, Papá..., que ese trabajo no existe.

—De acuerdo, enfoquémoslo de este modo: yo le entrego a ese hombre, usted arregla sus cuentas con él y luego prueba mi trabajo. Si no es tan bue-

no como yo afirmo..., bien, queda libre.

Estaba tambaleándose, la última copa había acabado con él.

—¿Cuándo me lo entregaría? —preguntó con voz estropeada.

—Si hacemos el trato..., ¡ahora mismo!

Extendió la mano:

—¡De acuerdo!

Hice una seña a mi ayudante para que vigilara los dos extremos de la barra, anoté la hora —las 23.00— y empecé a pasar bajo la barra cuando la máquina de discos estalló con la canción: «¡Yo soy mi propio abuelo!». El camarero de las mesas tenía órdenes de cargarla con viejos discos norteamericanos y clásicos porque yo no podía soportar la «música» de los años setenta, pero ignoraba que ese disco estuviera en ella. Grité:

—¡Paren eso! ¡Quítenlo y devuélvanle el dinero al cliente! —añadí—: Voy al almacén de la parte de atrás, volveré dentro de un minuto.

Y me dirigí allí con Madre Soltera detrás.

Estaba al final del pasillo, enfrente de los lavabos; una puerta de acero cuya llave sólo teníamos el encargado de día y yo. Al fondo había otra puerta a una habitación interior, y de ésta sólo yo tenía la llave. Allí entramos.

Miró cansadamente los muros sin ventanas.

—¿Dónde está?

—En seguida —abrí una caja que era lo único que había en la habitación. Era un equipo de transformación de campo de coordenadas, serie 1992, Mod. II, una preciosidad, sin partes móviles, con un peso de unos 23 kilos completamente cargada, y, por su forma, podría pasar por una maleta. La había ajustado exactamente ese mismo día; todo lo que tenía que hacer era retirar la red metálica que limita el campo de transformación. Cosa que hice.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Una máquina del tiempo —dije. Y arrojé la red sobre nosotros.

—¡Eh! —gritó, echándose atrás. Hay toda una técnica para estos casos: ha de arrojarse la red de modo que el sujeto se eche atrás instintivamente *contra* ella; entonces se cierra la red por completo con los dos dentro, de lo contrario podrían quedar fuera las suelas de los zapatos o un trozo de pie, o llevarse un pedazo del suelo. Y ya no hace falta más habilidad. Algunos agentes engañan a los sujetos para meterlos en la red; yo siempre



digo la verdad y utilizo ese instante de asombro total para darle al conmutador. Cosa que hice.

1030-V-3 abril 1963, Cleveland, Ohio, Edificio Apex.

—¡Eh! —repitió—. ¡Quíteme esta maldita cosa de encima!

—Lo siento —me disculpé. Eso hice, guardé la red en la maleta y cerré—. Usted dijo que quería encontrarle.

—Pero..., ¡me ha dicho que esto es una máquina del tiempo!

Le señalé una ventana.

—¿Y le parece que estamos en noviembre? ¿O que esto es Nueva York?

Mientras él miraba desconcertado los árboles en flor y el tiempo primaveral, volví a abrir la maleta, saqué un paquete de billetes de cien dólares, y comprobé que la numeración y las firmas fueran compatibles con 1963. A los del Departamento Temporal no les importa cuánto dinero te gastes (no cuesta nada), pero les molestan los anacronismos innecesarios. Demasiadas equivocaciones y te hacen un juicio sumarísimo, enviándote por un año a un período desagradable, digamos 1974, con su racionamiento tan estricto y los trabajos forzados. Nunca cometo tales equivocaciones; el dinero estaba bien. El otro se volvió a mirarme y preguntó:

—¿Qué es todo esto?

—Que él está aquí. Salga y búsquelo. Tenga, dinero para

sus gastos —se lo entregué y añadí—: Arréguele las cuentas y luego le recogeré.

Los billetes de cien dólares tienen un efecto hipnótico en la persona que no está acostumbrada a ellos. Los estaba contando con aire de incredulidad cuando le llevé al vestíbulo y le dejé fuera, cerrando la puerta. El salto siguiente era fácil, apenas un pasito en una era.

1700-V-10 marzo 1964, Cleveland. Edificio Apex.

Habían metido una nota bajo la puerta diciendo que mi alquiler expiraba a la semana siguiente; por otra parte la habitación estaba igual que hacía un instante. En el exterior los árboles estaban desnudos y amenazaba la nieve. Me apresuré, deteniéndome únicamente para tomar dinero contemporáneo y una chaqueta, abrigo y sombrero que dejara allí cuando alquilara la habitación. Ahora alquilé un coche, fui al hospital y necesité unos veinte minutos para aburrir a la enfermera hasta el punto de poder llevarme el bebé sin ser notado. Volví con él al Edificio Apex. La manipulación del dial sería ahora más complicada, ya que el edificio no existía aún en 1945. Pero yo ya lo había calculado de antemano.

0100-V-20 septiembre 1945, Cleveland. Motel Skyview.

El equipo de transformación de campo, el bebé y yo llegamos a un motel fuera de la ciudad. Anteriormente me registré como "Gregory Johnson, Warren, Ohio", así que nos hallamos en una habitación con las cortinas corridas, las ventanas cerradas, la puerta con el cerrojo pasado y el suelo libre para que hubiera el espacio necesario por si la máquina se agita al posarse. Porque puedes darte un buen golpe con una silla que esté donde no debiera estar; no por la silla, claro, sino por la vibración del campo.

No hubo problemas. Jane dormía profundamente, la saqué, la metí en una caja de verduras y la dejé en el asiento de un coche que dispuse de antemano. La llevé al orfanato, la dejé en los escalones, corrí dos manzanas hasta una «estación de servicio» (de las que sirven gasolina) y telefoneé al orfanato. Volví a tiempo de verles entrar la caja, puse de nuevo el coche en marcha y luego la abandoné cerca del motel. Entré en la habitación y de nuevo salté en el tiempo hacia el Edificio Apex en 1963.

2200-V-24 abril 1963, Cleveland. Edificio Apex.

Calculé muy justo el tiempo; la exactitud temporal depende

de un pequeño margen, a excepción de cuando se vuelve a cero. Si lo había calculado bien, Jane estaría descubriendo en el parque y en esta noche tranquila de primavera que ser una chica no era tan «bonito» como ella había pensado. Tomé un taxi hasta la casa en que ella vivía, le dije al taxista que esperara en la esquina y me oculté en las sombras.

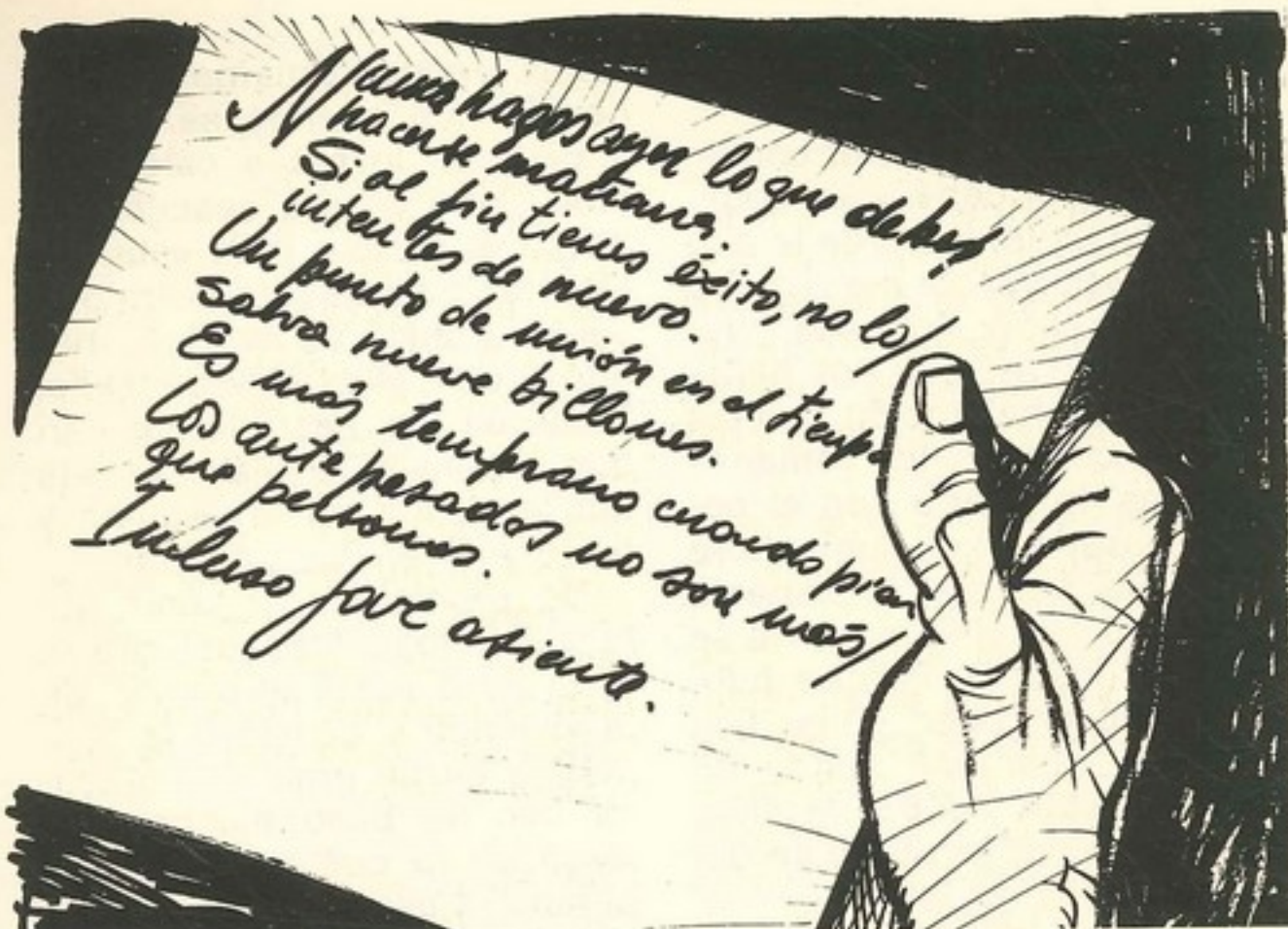
De pronto los vi venir por la calle, tomaditos del brazo. El la llevó hasta el porche de la vivienda y convirtió la despedida en un gran espectáculo, con un beso mucho más largo de lo que yo había esperado. Luego ella entró en la casa y él echó a andar por la acera. Me deslicé hasta ponerme a su lado y enlacé mi brazo con el suyo.

—Esto es todo —anuncié serenamente—. He vuelto para recogerle.

—¡Usted! —dijo sin aliento.

—Yo. Ahora ya sabe quién es él..., y después que lo piense bien comprenderá quién es usted..., y si aún lo medita más a fondo comprenderá quién es el bebé... y quién soy yo.

No contestó. Estaba terriblemente asustado. Es natural que uno sufra una conmoción si le demuestran que no ha podido resistir el seducirse a sí mismo. Le llevé al Edificio Apex y de nuevo dimos el salto.



2300-VII-12 agosto 1985. Base subterránea de las Rocosas.

Desperté al sargento de guardia, le mostré mi carnet de identidad, y le dije al sargento que le diera una píldora para dormir y que lo reclutara por la mañana. El sargento parecía molesto, pero el rango es el rango, sea la era que sea, e hizo lo que le dije, pensando sin duda que la próxima vez que nos encontráramos tal vez fuese él el coronel y yo el sargento. Lo que a veces sucede en nuestro cuerpo.

—¿Qué nombre? —preguntó.

Se lo escribí. El alzó las cejas.

—Conque sí, ¿eh? Vaya...

—Usted límitese a hacer su trabajo, sargento —me volví a mi compañero—. Hijo, sus problemas han terminado. Está a punto de iniciar el mejor trabajo que un hombre tuvo jamás... Y lo hará bien. Lo sé.

—Pero...

—Nada de peros. Que duerma bien. Luego piense en la proposición. Le gustará.

—¡Eso seguro! —asintió el sargento—. Míreme, nacido en mil novecientos diecisiete y todavía en marcha, aún joven y disfrutando de la vida.

Volví a la sala del salto y me dispuse a volver a cero, como estaba seleccionado de antemano.

2301-V-7 noviembre 1970. Nueva York. «Café de Papá».

Salí del almacén con una botella de Drambuie en las manos para explicar el minuto que había estado ausente. Mi ayudante aún seguía discutiendo con el cliente que insistía en escuchar ¡Yo soy mi propio abuelo! Le dije:

—¡Déjale que lo oiga y luego desenchufa la máquina!

Estaba muy cansado.

Es duro pero alguien debe hacerlo, y es muy difícil reclutar a nadie en estos últimos años, desde la Gran Equivocación de 1972. ¿Pueden pensar en algo mejor que seleccionar gentes disgustadas con la época en que viven y darles un trabajo bien pagado e interesante (aunque a veces peligroso) por una causa necesaria? Ahora ya sabe todo el mundo por qué quedó en nada la famosa Guerra Fracasada de 1963, y por qué no estalló la bomba que iba dirigida precisamente contra Nueva York, y por qué no llegaron a realizarse otras mil cosas tal y como estaba planeado..., todo fue arreglado por unos tipos como yo.

Pero no la Gran Equivocación del 72, eso no fue en absoluto culpa nuestra, y no puede remediarse; no hay paradoja que resolver. Una cosa es, o no es, ahora y para siempre, amén. Pero no habrá nada se-

mejante; una orden fechada en «1992» tiene prioridad sobre cualquier otro año.

Cerré cinco minutos más pronto, dejando en la registradora una carta en la que le decía al encargado de día que aceptaba su oferta; de modo que podía hablar con mi abogado. Yo me iba a tomar unas largas vacaciones. Tal vez el Departamento acepte o no estos pagos, pero siempre quieren que las cosas se dejen bien arregladas. Fui a la habitación del fondo del almacén y pasé a 1993.

2200-VII-12 enero 1993. Anexo del Cuartel General Temporal del Subterráneo de las Rocosas.

Me presenté al oficial de guardia y luego me fui a mis habitaciones con el propósito de dormir toda una semana. Llevaba conmigo la botella que apostamos (después de todo yo la había ganado), y me tomé una copa antes de escribir mi informe. Sabía mal y me pregunté por qué me habría gustado alguna vez aquella marca. Pero era mejor que nada. No me gusta estar sobrio en exceso, entonces pienso demasiado. Pero no me tomé toda la botella tampoco; otros ven serpientes..., yo veo personas.

Escribí mi informe: cuarenta reclutamientos y todos apro-

bados por el Departamento de Psicología, contando el mío propio, que sabía sería aprobado también. Porque yo estaba allí, ¿no? Luego escribí una petición para que me asignaran a operaciones. Estaba har- to de reclutar gente. Eché las dos cartas en el buzón y me dirigí a la cama.

Mi vista cayó sobre: Los estatutos del tiempo, que estaba sobre el lecho:

Nunca hagas ayer lo que debe /hacerse mañana.

Si al fin tienes éxito, no lo in- /tentes de nuevo.

Un punto de unión en el tiem- /po salva nueve billones.

Una paradoja puede ser para- /doctorada.

Es más temprano cuando /piensas.

Los antepasados no son más /que personas.

Incluso Jove asiente.

No me inspiraron tanto co- mo me inspiraran cuando me reclutaron a mí. Treinta años

subjetivos de saltos en el tiem- po te dejan terriblemente ago- tado. Me desnudé y, cuando estuve totalmente desnudo, me miré el vientre. La cesárea de- ja una gran cicatriz, pero aho- ra soy tan peludo que no se la ve, a menos que uno la esté buscando.

Luego miré el anillo que lle- vaba en el dedo.

La Serpiente del Mundo que se muerde su propia cola. Pa- ra siempre y siempre... Yo sé de dónde vengo yo... pero ¿de dónde vinieron todos us- tedes, zombies?

Sentí que me amenazaba un dolor de cabeza, pero los pol- vos para el dolor de cabeza es algo que nunca tomo. Lo hice una vez... y todos desapare- cisteis.

Así que me metí en la cama y apagué la luz.

Vosotros no estáis aquí real- mente, en absoluto. No hay na- die más que yo..., Jane..., aquí solo en la oscuridad.

¡Pero os echo terriblemente de menos!

FIN

Europa

UNA EXCURSION
PARA CONOCERLO TODO
POR MUY POCO... SOLO

39 días
Inolvidables

U\$S 25⁶⁵ *
POR
DIA

VIAJANDO POR
Lufthansa

VISITANDO: Frankfurt, Lucerna, Venecia, Florencia, Roma, Pisa, Niza, Marsella, Barcelona, Va- lencia, Granada, Sevilla, Córdo- ba, Madrid, Vitoria, Lourdes, Tours, París, Londres.

INCLUYENDO: Hoteles con ba- ño privado. Media pensión. Tras- lados. Excursiones y recorrido terrestre en autopullman de lujo con guía de habla Española. Ve- ladas especiales en Lucerna, Roma, Madrid y París.

SALIDAS ACOMPAÑADAS:

Junio 11- Julio 2 - 16 - 30
Agosto 13 - 27 - Setiembre 24
Octubre 15



CONSULTE A SU AGENTE DE VIAJES



ORGANIZADOR:

LYAN'S TOURS S.A.

Empresa de Viajes y Turismo
Legajo DNT N° 1105 - Res. N° 657/77

FLORIDA 520 - 4º P. - Oficina 402/404

Tel. 392-6786/1944/1155

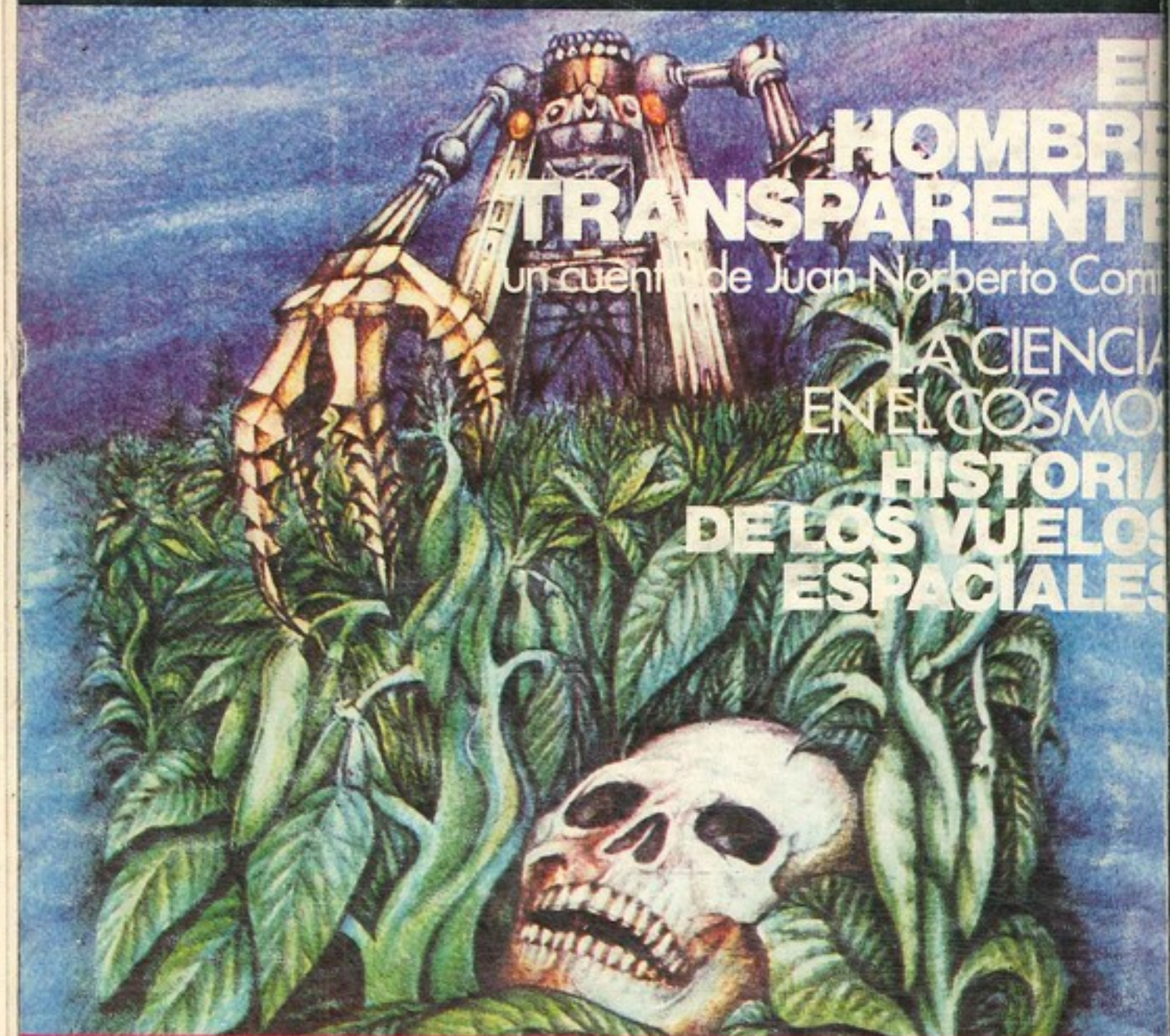
Buenos Aires - Argentina

* Servicios terrestres solamente, total: u\$S 948,50.

Selección de relatos fantásticos
y ciencia ficción

Nº 5

UMBRAL TIEMPO FUTURO



**EL HOMBRE
TRANSPARENTE**

un cuento de Juan Norberto Corina

**LA CIENCIA
EN EL COSMOS
HISTORIA
DE LOS VUELOS
ESPACIALES**

**ROBERT A. HEINLEIN:
TODOS VOSOTROS
ZOMBIES...**